



El séptimo círculo

de

Simon Brett

Tanta sangre



Charles París, el actor-detective de destacada actuación en *Por orden de desaparición* (El Séptimo Círculo N° 328), se presenta otra vez, ahora en el Festival de Edimburgo, junto a una hermosa joven que lo provoca, su tolerante mujer que lo consuela y un sangriento asesinato que lo desafía. Edimburgo y su famoso festival hacen de primer plano y telón de fondo al asesinato de una declinante estrella del género popular, que será la primera víctima. Luego vendrá una amenaza de bomba y un suicidio. Charles hace frente brillantemente al Festival y a una complejísima investigación criminal. Para la solución, la clave vital puede estar en el poema de Thomas Hood *El sueño de Eugene Aram*. De *Por orden de desaparición* el conocido crítico H. R. F. Keating dijo: «Una muy buena primera novela. Charles París tiene que volver a aparecer».

OceanofPDF.com



Simon Brett

Tanta sangre

El séptimo círculo - 360

ePub r1.0

Titivillus 14-07-2022

OceanofPDF.com

Título original: *So Much Blood*

Simon Brett, 1976

Traducción: Martha Aboaf

Foto de cubierta: Javier Parodi

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



OceanofPDF.com

DEDICADO A
LA CIUDAD DE EDIMBURGO

Los encabezamientos de los capítulos pertenecen a

Thomas Hood
(1799-1845)

OceanofPDF.com

CAPÍTULO UNO

«Mi cerebro está embotado, mi vista empañada, no soy capaz de leer ni escribir una línea. Entonces Palas, llévate tu búho, y deja una alondra en su lugar».

Para Minerva - De los griegos

MAURICE SKELLERN, Representantes Artísticos —dijo la voz que contestó al teléfono—.

—Maurice...

—¿De parte de quién?

—Maurice, por Dios, ya sé que eres tú. No entiendo por qué tienes que hacer creer a todos que tienes miles de empleados. Soy yo, Charles.

—Ah, hola. Qué lástima lo de la serie de televisión.

—Sí, hubiera sido lindo.

—Y pagaban bien, Charles.

—Sí. Pero en teoría no han hecho más que posponerlo. Hasta que termine la huelga de los A. P.

—¿Y cuándo ocurrió eso?

—No se sabe.

—¿Y quiénes son estos A. P.? Nunca he podido entender las jerarquías de la BBC. ¿Sabes lo que es un A. P.?

—Vagamente —Charles París suponía que se trataba de un asistente de producción o de un asistente del productor, pero sus conocimientos provenían de una noche erótica en Fulham con una tal Angela después de

grabar un episodio de *Dr. Who*. Y no se habían dedicado precisamente a discutir los problemas laborales que llevarán a los A. P. a la huelga que en agosto de 1974 estaba paralizando el Departamento de Espectáculos de la televisión. ¿Hay alguna otra cosa en vista, Maurice?

—Me llamaron del Haymarket de Leicester. Estarían interesados en que dirigieras una obra... —dudó—... *Head Gabbler* o algo así.

—¿Hedda Gabler^[1]?

—Eso es.

—Puede ser divertido. ¿Cuándo?

—Recién en primavera.

—Fabuloso —el sarcasmo era pesado.

—Podría haber un papelito en una película, mientras tanto. Un entrenador de fútbol alemán.

—¿Ah, sí?

—Pero todavía está en el aire.

—Excelente. Escucha, Maurice, tengo algo.

—Consiguiendo tu propio trabajo, ¿eh?

—Alguien tiene que hacerlo.

—Oye, eso me dolió, Charles. Sabes que hago lo posible.

—Sí. El corazón me sangra, el trabajo de representante no es algo fácil, ¿verdad? y, unos violines fúnebres tocan *Corazones y Flores*. No, eso pertenece a *Tantos chistes, tanta sangre*.

—¿Qué?

—Ya sabes, mi espectáculo unipersonal sobre Thomas Hood. Lo hice en el festival de York y en algunos recitales.

—Ah, sí —el tono de Maurice demostraba a las claras que recordaba las bajas recaudaciones del espectáculo, de las que había obtenido su diez por ciento.

—Un amigo mío que conocí en Oxford y que ahora enseña teatro en la Universidad de Derby, me ofreció una semana en el Festival de Edimburgo. Una de las obras que preparaban los estudiantes falló y quieren algo barato de relleno durante la hora del almuerzo. Nada más que una semana.

—Charles, ¿cuántas veces te he dicho que nunca tienes que aceptar algo barato? No es en el festival oficial, ¿no?

—No, en el paralelo. Me dan el cincuenta por ciento de la recaudación.

—El cincuenta por ciento de la recaudación de un espectáculo a la hora del almuerzo en el festival paralelo de Edimburgo no te alcanzará ni para comprar un par de medias. No tiene sentido hacerlo, Charles. Acá siempre conseguirás algo mejor. Puede aparecer algún aviso comercial, o algo en la radio. Y además la estadía en Edimburgo te va a costar. Pasajes, alojamiento.

—Tengo adonde alojarme.

—Pero Charles, tienes que preguntarte si es algo correcto desde el punto de vista artístico —Maurice siempre recurría a esto cada vez que Charles sugería algo que no era tan lucrativo.

—No sé. Hace mucho que no voy a Edimburgo.

—Sigue mi consejo, Charles. No aceptes.

Al salir de la estación Waverley, Charles París husmeó en el aire aroma a caramelo de las destilerías y sintió la alegría que le inspiraba siempre Edimburgo. Es una ciudad teatral, pensó. El enorme castillo se destacaba desnudo contra el panorama y desde allí bajaban en una larga diagonal los techos de Royal Mile. Había tantos desniveles como en un escenario diseñado por un brillante escenógrafo. Lleno de posibilidades para un director con inventiva. El valle de la calle Princes atravesaba por una vía de ferrocarril en lugar de un río y el *kitsch* Victoriano del monumento a Scott, como imponente centro de atracción, era ideal para las entradas ceremoniosas. Desde allí, según la obra, el director podía optar por la ciudad nueva o la vieja. La nueva parecía haber sido construida especialmente para una comedia de costumbres. Tranquilas, bien ubicadas, y formales, la calle George y la Queen cortándose en forma regular y rodeadas por las hermosas plazas de Charlotte y Saint Andrews, como augustos testigos de la Edad de la Razón.

El director debería usar la ciudad vieja para un drama más terrenal, con escenas de bajo fondo. Era un laberinto de calles que se entrecruzaban, recovecos y escaleras, un escenario ideal para asesinatos y misterio, con mil esquinas oscuras donde esconder a los villanos de ficción. Así veía París la ciudad de Burke y Haré, del crimen y la pasión.

La ciudad vieja hizo que Charles recordara a Melissa, una actriz que había actuado junto a él en el Lyceum, quince años antes. Después de tres desastrosos meses había vuelto a Londres y a su mujer, Frances, pero Edimburgo se convirtió para él en una ciudad sexy gracias a Melissa; como una niñera estirada sacándose el uniforme gris detrás de unos arbustos en el parque.

El domingo 11 de agosto de 1974 todavía la sentía sexy Y esta vez Charles París era un hombre libre. Estaba separado de Frances desde 1962.

Corría una brisa fresca después de un chaparrón. Charles se sentía fuerte y juvenil a pesar de sus cuarenta y siete años. Decidió caminar. Frances hubiera tomado un ómnibus; tenía una extraordinaria habilidad para ubicarse a través del sistema de transportes de una ciudad apenas pocos segundos después de haber llegado. Charles prefería caminar. Echó a andar entonces, balanceando su bolsón como un estudiante. La única sombra en su luminoso estado de ánimo era que los bares escoceses están cerrados los domingos.

No podía no encontrar la casa en Coates Gardens. Entre las anónimas casas y los hoteles de la parte burguesa de Edimburgo había una con las columnas y la puerta delantera cubierta de afiches.

¡D. U. D. S. EN EL PARALELO!

La sociedad Teatral de la Universidad de Derby presenta:

* ¡CUATRO ESTRENOS MUNDIALES Y UN CLASICO IMPONENTE!

* *Sueño de una Noche de Verano* — la inmortal obra de Shakespeare a través de la nueva óptica de Stella Galpin-Lord.

* *María, Reina de Beodia* — una sátira sobre la desintegración de la sociedad, por Sam Wasserman.

* *Los Amantes de Isadora* — Lesley Petter examina el mito a través de la danza y la canción.

* *¿Ahora Quién?* — una perturbadora obra nueva de Martin Warburton.

* *Derby Oscuro* — la revista nocturna más graciosa del festival paralelo.

A continuación estaban las listas de fechas, horas y precios del complicado repertorio, y Charles dedujo que su obra reemplazaría a *Los Amantes de Isadora*. Por alguna razón Lesley Petter no podría examinar el mito a través de la danza y la canción. Le molestó que no hubieran corregido el afiche, anunciando *Tantos chistes, tanta sangre*. Hacía más de una semana que sabían que vendría. Y la publicidad es enormemente importante cuando se está compitiendo con otras doscientas cincuenta obras.

Al tocar el timbre apareció una chica gordita con unos vaqueros manchados de pintura.

—Hola, soy Charles París.

—Ay, Dios, qué emocionante. Soy Pam Northcliffe, de Utilería. Voy camino al auditorio para fabricar el hacha de *María*. La voy a construir alrededor de esto —le mostró una botella plástica de limpiador líquido—. Para que la sangre salga como es debido.

—Ah.

—Brian está en su oficina. Por allí —se alejó por el camino, rebotando como una pelota de goma.

La pintura brillante de las paredes internas del edificio, demostraban que no hacía mucho que lo habían adquirido. La puerta marcada «Oficina» en eficientes Letraset estaba entreabierta. Entró. La habitación era muy pequeña, y daba la impresión de que la hubieran olvidado al hacer las reformas. Un joven de camisa a cuadros y corbata chillona estaba muy ocupado hablando por teléfono. Le señaló una silla con la mano.

—Mire, ya sé que es domingo. Ya sé que están trabajando hora tras hora. También nosotros. Pero tiene que estar listo. Bien... ¿mañana a qué hora? No, más temprano. A mediodía...

La discusión continuó. Charles miró el tablero cubierto de tela con el optimista encabezamiento en Letraset: «Lo que dice la prensa sobre D. U. D. S.». Hasta ahora la prensa no había dicho mucho, lo que no era extraño, ya que el festival recién comenzaba la semana siguiente. En el centro del tablero había un recorte. La fotografía de una chica y algo escrito abajo:

UNA REEMPLAZANTE SUBE A ESCENA

«Se dice que soplan malos vientos, pero la verdad es que han soplado algo buenos en dirección a Anna Duncan, miembro de la Sociedad Teatral de la Universidad de Derby. Cuando la semana pasada Lesley Petter se rompió la pierna en un accidente, Anna, que tiene solo veinte años, se encontró de pronto con dos papeles importantes entre manos — en una obra y en una revista— que se pondrían en escena en el auditorio Masón de la calle Lauriston cuando comience el festival. Como dice Anna: “Siento mucho lo que le pasó a la pobre Lesley, pero para mí significa una gran oportunidad. Estoy muy excitada”. ¡Y con la preciosa Anna en el escenario, los concurrentes al paralelo, también van a excitarse bastante!».

Aunque el estilo del periodista fuera más bien pobre, en una cosa tenía razón: Aun en esta foto borrosa se veía que la chica era hermosa. Había posado delante de las rejas decorativas de Coates Gardens. Cuerpo esbelto, largas piernas cubiertas por vaqueros bien cortados, una barbilla firme y el pelo rubio muy bien arreglado.

Cuando el joven cortó la comunicación telefónica, Charles recibió un apretón de manos rápido y profesional.

—Soy Brian Cassells, el gerente de la compañía.

—Charles París.

—Ya lo reconocí. Me alegro de que haya podido venir a pesar de la poca anticipación del llamado. Es una buena nota —señaló el recorte—. Tener una linda chica en el grupo ayuda bastante. La publicidad es fundamental.

—Sí —replicó Charles.

Brian Cassells notó el tono de su voz.

—Lo siento por la suya. De eso estaba hablando con la imprenta. Los afiches y los volantes van a estar listos para mañana.

—Bien. ¿Recibió lo que le mandé? ¿Los recortes y esas cosas?

—Sí. Usé algunos para los afiches. Son muy buenos.

Sí, pensó Charles, son buenos. Él prefería uno del *Yorkshire Post*: «Hay muchas cosas buenas en el festival de York pero la mejor es sin lugar a

dudas *Tantos chistes, tanta sangre*, de Charles París».

El gerente de la compañía se puso de pie, como si cualquier pausa o charla intrascendente pudiera amenazar su imagen de eficiencia.

—Venga, le mostraré el dormitorio y lo demás.

—Gracias. ¿Cuándo podré ir al auditorio para ensayar?

—Déjeme ver. Stella tiene un ensayo de vestuario para *Sueños*. Y después está Mike con *María*. Eso es el martes por la mañana. El martes a la tarde debería estar libre. No hay más que una sesión de fotografías para *María*. Algunas fotos dramáticas del asesinato de Rizzio, algo así, que sirvan para la publicidad. No tomarán mucho tiempo.

Los dormitorios eran espartanos. Las habitaciones de la planta baja estaban cubiertas de catres del ejército para los hombres, y en el piso de arriba era igual pero para las mujeres. No había muchas perspectivas de confraternizar.

—No es por razones morales —aclaró Brian— sino logísticas. Por si quiere una taza de café o alguna otra cosa, la cocina y el comedor están en el sótano. Le ruego que me disculpe ahora, pero tengo que preparar unos afiches con Letraset.

Charles dejó caer su bolso en un catre desocupado que se sacudió en forma poco tranquilizadora. El cuarto olía a cuerpos masculinos. Le recordó el ejército, los deprimentes cuarteles a los que fuera enviado en 1945, a entrenarse para una guerra que ya había terminado cuando estuvo listo. Abrió una ventana y disfrutó con alivio del aire húmedo.

Al llegar al sótano, se sintió mayor que sus cuarenta y siete años, mientras aguardaba un sospechoso café, rodeado de jovencitos en vaqueros. Una pareja yacía abrazada en el sofá. Una chica gorda estaba tirada en el piso relajándose. Tres jóvenes con rulos se inclinaban sobre una mesa, discutiendo sobre teatro.

—Tiene que reflejar la sociedad, y si la sociedad es violenta, pues que la refleje.

La respuesta provino de un joven con acento ligeramente extranjero. ¿Alemán? ¿Holandés?

—Esas son tonterías, Martin. Es más complejo que eso. El teatro interpreta los hechos. Cuando estoy dirigiendo algo, no quiero que refleje solo la realidad. Por lo menos no la realidad de todos los días. Trato de crear una nueva realidad.

Charles se sacudió levemente cuando el otro retomó el argumento.

—¿Pero, qué es la realidad? Creo que si le están volando las piernas a la gente en Irlanda del Norte y si en Etiopía se mueren de hambre, hay que mostrarlo. Aunque eso signifique atacar físicamente a los espectadores para que reaccionen.

—¿Y dónde está la violencia entonces, Martin? ¿En escena? ¿En los espectadores?

—Está en todos lados. Es parte de la vida en el siglo veinte. Y tenemos que darnos cuenta de eso. Y si es necesario, estar preparados para ser violentos en una sociedad violenta. De eso se tratan mis obras.

—Eso, Martin, es una sarta de estupideces.

El que se llamaba Martin se puso de pie enrojecido por la ira y pareció que iba a golpear a su oponente. Luego el espasmo pasó y se retiró del cuarto con aire enfurruñado. Charles dedujo que debía tratarse de Martin Warburton, autor de *¿Ahora quién?*, «una nueva y perturbadora obra».

Los otros dos jóvenes enrulados miraron a su alrededor para buscar algún otro con quién discutir.

—Usted es Charles París, ¿verdad?

—Así es.

—¿Qué opina de la violencia en el teatro?

—Tiene su importancia. Puede ser útil —Charles comprendió inevitablemente que sonaba como un hombre maduro.

El joven resopló.

—Sí, entrevista y suavizada en las comedias del West End.

Charles estaba enojado. No le gustaba que lo identificaran con el anquilosado teatro comercial. El otro continuó.

—Estoy dirigiendo *María, Reina de Beodia*. Tiene violencia. Mucha sangre —de pronto se volvió hacia Charles. ¿Alguna vez dirigió algo?

—Sí —replicó acalorado—. En el West End y en casi todas las salas importantes del país.

—Ah —el director de *María, Reina de Beodia* no parecía impresionado —. ¿Cuándo? ¿Hace mucho?

—No, hace poco —el enojo de Charles lo obligó a seguir—. En este momento tengo en vista una producción de *Hedda Gabler* en el nuevo teatro Haymarket de Leicester.

—Qué bien —la cabeza enrulada se inclinó sobre el diario de domingo.

Charles abandonó la habitación sin demasiada alharaca. Una vez en el *hall* controló el programa de D. U. D. S. para saber detalles de su enemigo:

«MICHAEL VANDERZEE - Después de trabajar en teatro experimental en Ámsterdam y Múnich bajo la tutela de Kostbach, debutó como directoren este país con *Abuso*, de Dokke, en el teatro Dark Brown. Introdujo en Inglaterra las obras de Schmiss y Turzinski y hace poco dirigió *Ideas para la Revolución de la Audiencia* de este último, en el teatro Upstairs. Inspirándose en las disciplinas físicas y en las filosofías de Oriente y Occidente, crea un teatro indisolublemente integrado a la vida de trabajo».

—Umm —se dijo Charles. Cuando se dirigía a su dormitorio sintió girar una llave en la puerta de entrada y vio aparecer a un hombre maduro con un traje de *tweed* en tono arena. El hombre sonrió y extendió la mano.

—Hola, usted debe ser Charles París.

—Sí.

—Soy James Milne, conocido por los estudiantes como el Lord. Vivo en el departamento del último piso. ¿No quiere subir a tomar una copa?

Era la frase más amable que había escuchado Charles desde su llegada. Edimburgo recuperó su encanto.

—Sí, estoy de acuerdo. No soy la persona más adecuada para tener algo que ver con la Sociedad Teatral de la Universidad de Derby. Es una coincidencia. Hace poco que me mudé a esta casa. Vendí la anterior, en Meadow Lane, a un tal Willy Mariello. ¿Ya lo conoció?

—No.

—Lo hará. Está en el grupo también.

Bueno, las reformas de esta casa estaban más o menos terminadas, pero el verano no es buena estación para conseguir inquilinos permanentes... las vacaciones, el festival... Así que cuando Willy dijo que este grupo estaba buscando un lugar donde alojarse, se los ofrecí por las seis semanas del festival.

—Qué valiente.

—No tanto. Pagan el alquiler. No hay muebles ni otras cosas que puedan romper. Y me han jurado que limpiarán todo antes de irse. Yo salgo y entro rápido para no ver el desorden.

—¿Y el ruido?

—No llega hasta aquí.

—Sobre todo por los libros, me imagino. ¿Y también esto ha sido reformado hace poco? Es increíble.

El Lord estaba encantado. Al parecer, Charles había dicho lo que correspondía. Aunque el departamento tenía el aspecto de estar abandonado desde hacía siglos. El tapizado de terciopelo marrón y los lomos de cuero de los libros le daban el aire de una vieja fotografía en tonos sepia. Ese sitio, la biblioteca, refugio en el altillo de un edificio, le recordó a Charles sus tiempos de estudiante en Oxford. Jerez seco y chistes secos del rector. Es cierto que lo que bebía en ese momento no era jerez sino *whisky* de malta, pero James Milne tenía algo de rector.

—¿Le gustan los libros? —se levantó a medias de su sillón, ansioso, esperando el más mínimo gesto alentador.

Charles se lo proporcionó.

—Los adoro.

—No son primeras ediciones ni nada por el estilo. Bueno, por lo menos no muchos. Pero son buenas ediciones. Odio los libros de tapas blandas. Algunos de los de Dickens son bastante buenos. Y ese ejemplar de *Feria de Vanidades* es valioso...

Charles se preguntó si no estaría por recibir una conferencia sobre libros antiguos, pero el peligro se disipó...

—... y esta edición de Scott puede valer algo. Aunque no para el lector moderno. Nadie lo lee ya hoy en día. Me pregunto por qué. ¿Será porque se trata de un terrible viejo aburrido? Debe ser por eso. Hasta nosotros los

escoceses lo consideramos como una penitencia, —rio. Era un hombre agradable, que andaría ya en la cincuentena, con el pelo como pelusa blanca y cejas espesas y negras.

Charles también rio.

—Leí la mitad de *Ivanhoe*. Unas siete veces. Como *Ulises* y el primer volumen de Proust. Nunca llegué más lejos. El Lord se acomodó en su sillón. —Todos estos libros me reconfortan. Sí, recuerdo una línea: «Ningún mueble es tan encantador como los libros, aunque nunca se los abra ni se les lea una sola palabra». El reverendo Sydney Smith, sin ser escocés fue durante mucho tiempo una luminaria en la sociedad de Edimburgo. Sí, los libros son mi vida.

Charles sonrió.

—¿No fue otra luminaria de Edimburgo, Robert Louis Stevenson, el que dijo: «Los libros están muy bien a su manera, pero son un mal sustituto de la vida real»?

James Milne cacareó encantado, lo que significó un alivio para Charles, que no estaba seguro de su cita.

—Excelente, Charles, excelente, aunque se puede discutir ese punto. Déjeme servirle otra copa.

Resultó que el Lord había sido maestro en Kilbruce, una gran escuela privada en las afueras de Edimburgo.

—Me retiré hace unos cinco años. No, no soy tan viejo para jubilarme. Pero cuando murió mi madre recibí algo de dinero y unas propiedades, esta casa, unos terrenos en la costa oeste, un grupo de casitas. Por primera vez en mi vida no tuve la obligación de trabajar. Y me dije que no tenía por qué aguantarme las tonterías adolescentes de esos muchachitos cuando deseaba tanto dedicarme a los libros.

—¿Y esos muchachitos no apreciaban los libros?

—No. Algunos parecían... daban la impresión de estar interesados, pero... —se levantó de golpe—. ¿No le gustaría picar algo?

Regresó con medio queso Stilton y galletitas. La velada transcurrió en forma agradable. Comieron y bebieron, intercambiaron citas y examinaron libros. Sus mentes inquisitivas giraban y las alusiones y las anécdotas daban vueltas en torno. Era el tipo de ejercicio intelectual que Charles no

practicaba desde sus días de estudiante. Muy agradable, especialmente si estaba flotando en una nube de *whisky* sobre la vida cotidiana. El cuerpo cubierto de libros se perfilaba como un comfortable refugio contra la agitada turba vestida de vaqueros de allá abajo.

Charles miró su reloj. Casi la 01:00.

—Tengo que regresar a la guarida de los osos.

—Ni lo piense. Le prepararé el sofá aquí.

—No, no. Abajo está la cama que elegí y allí me acostaré.

La cama que había elegido estaba libre por muy buenas razones. A las tres se despertó al descubrir que se había plegado el medio y en un movimiento semejante al de un libro que se cierra. Luchó con ella sudoroso en el dormitorio pero se dio por vencido y se dirigió al baño.

Estaba cerrado, y desde adentro llegaba un extraño ruido. Mientras Charles usaba el lavatorio del otro baño, identificó el sonido a pesar de la nube de *whisky* que envolvía su cabeza. Era un hombre llorando.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO DOS

*Hasta el cielo se vuelve pálido allí arriba;
y la tierra se oscurece abajo;
La Humanidad aterrada tiembla de frío,
y su respiración se acorta
Este pánico universal se debe
a la ¡espantosa proximidad de la MUERTE!*

El Olmo

LOS BENEFICIOS de los masones de Edimburgo deben aumentar durante los festivales, porque parecen ser los propietarios de todos los teatritos de la ciudad. Cada año las doradas columnas de estos salones pintarrajeados son testigos de los últimos excesos del festival paralelo, y los nombres escritos en letras doradas de los grandes maestros, miran sin conmoverse las sátiras, las revistas, el nudismo o el *Dios-rock*, según sea la moda teatral de ese momento.

El lunes a la mañana el Auditorio del Templo Masónico de Lauriston Place estaba sufriendo un ensayo del *Sueño de una Noche de Verano*, la inmortal obra de Shakespeare bajo la nueva óptica de Stella Galpin-Lord. Cuando Charles Paris se deslizó en su interior, la nueva óptica había tropezado con un escollo. Y el escollo era Stella Galpin-Lord, en plena pataleta directorial.

—¿Dónde están las malditas hadas? ¿No escucharon la maldita señal? ¡Por Dios, concéntrense! Levanten sus trastes...

Mientras rabiaba, Charles se dio cuenta de que Stella Galpin-Lord no era una estudiante. Nada de eso. El nombre exagerado correspondía a una personalidad exagerada. Vestía la ropa negra característica de los ensayos, un pulóver de cuello alto ajustado sobre unos senos bastante presentables, y unos pantalones apretados que eran menos amables con su menos presentable parte inferior. El pelo rubio estaba recogido en la nuca con un pañuelo ancho. Los esfuerzos del maquillaje —habilidosa máscara facial, ojos fuertemente marcados y una línea dura de lápiz labial— atraían la atención hacia lo que querían disimular. La piel floja de su rostro daba la impresión de una carpa mal armada, estirada aquí y allá por cuerdas puestas en los sitios equivocados. La rabieta y su manera de manipular el cigarrillo denotaban a las claras que habría lío. Las actrices «maduras» y neuróticas eran un riesgo de la profesión.

—Vamos, no se queden allí. Se supone que son hadas, no peones. ¡Por Dios! ¡Aficionados! Este espectáculo se estrena en menos de una semana y no tendremos otra vez el auditorio hasta el jueves. Dios, si no saben todavía sus líneas... ¿Dónde está el apuntador? ¡Dónde está el maldito apuntador!

Charles había venido a estudiar los detalles del escenario en el auditorio, pero decidió que no podía esperar y se retiró.

Una vez de vuelta en Coates Gardens buscó un lugar donde poder trabajar. En el dormitorio de los hombres un joven tocaba la guitarra con la versatilidad de metrónomo. Los ruidos que llegaban de arriba indicaban que en las habitaciones de las mujeres se estaba llevando a cabo el ensayo de una comedia. Charles se sintió tentado de buscar refugio otra vez con James Milne, pero decidió que podía quedar como un entrometido. Bajó al comedor. Por suerte estaba vacío.

Dejó su ajada copia de *Tantos chistes, tanta sangre* abierta sobre la mesa, y comenzó a buscar un ejemplar antiguo de la edición de Jerrold sobre Hood, *El guía de Dundee*, un poema de los primeros tiempos que podía añadir algo de interés local para la audiencia de Edimburgo. No estaba allí. Quedó perplejo durante unos minutos hasta que recordó que solamente sobrevivía un fragmento de esa obra y que estaba en *Conmemorando a Thomas Hood*. Comenzó a revisarlo.

Su *show* había sido en un principio un programa de radio de media hora. Luego Charles le había agregado otros poemas para representarlo ante la audiencia del British Council. A través de los años siguió introduciendo diferentes versos, aumentando el lado cómico y dramatizando algunas de las cartas. El resultado era un buen espectáculo de una hora cuya calidad lo enorgullecía.

También estaba orgulloso de que su obra, fuera anterior al éxito de Roy Dotrice en *Vidas Breves*, de John Aubrey, hecho que había lanzado a todos los actores del país en busca de literatura histórica para *shows* unipersonales.

—Voy a hacer café. ¿Quiere una taza? —Charles levantó la vista y se encontró con la chica de la foto, Anna Duncan.

—Gracias.

Anna desapareció en la cocina y Charles contempló con menos interés los fragmentos que estaba estudiando.

—Aquí tiene el café. No interrumpa su ensayo, por favor.

—No se preocupe. Me encanta que me interrumpan. Soy Charles Paris.

—Lo sé. He visto su rostro en la televisión. Fue muy amable de su parte aceptar venir a salvarnos.

—Creo que usted hizo más o menos lo mismo.

—Quizás. Pobre Lesley. ¿De qué trata su espectáculo?

—Thomas Hood.

Anna no reconoció el nombre.

—¿Por qué se llama así?

—Porque una vez escribió: «*Ningún caballero ha escrito tantos chistes y escupido tanta sangre en seis años consecutivos*». Fue una carta a *El Ateneo*.

—Oh, creo que nunca lo oí nombrar.

—Estoy seguro de que conoce sus poemas.

—¿Le parece?

—Sí. «Recuerdo, recuerdo...».

—«... ¿la casa en donde nací?». ¿Ese? No sabía que era de Hood.

—Así es. Y también *Noviembre. La infiel Sally Brown*. Un montón.

—Ah.

Tenía ojos extraños. Muy oscuros, casi azul marino. El brazo que apoyaba en la mesa estaba bronceado por el sol y el vello que lo cubría era dorado.

—¿Qué está estudiando en Derby?

—En teoría, Frances y teatro. En la práctica, teatro.

—¿Es su último año?

—Me falta uno más... si tengo paciencia —los ojos oscuros lo miraron de frente. Era desconcertante, pero de una manera agradable.

—Recién vengo del auditorio. Vi a la encantadora Stella Galpin-Lord. Pensé que se trataba de una alumna un poco madura.

Anna se rio.

—Enseña teatro.

—Ah. Esta mañana parecía un poco fuera de sus casillas.

—Qué raro. Está siempre muy tensa, pero casi nunca estalla.

—Esta mañana estalló.

—Todo el mundo está nervioso. Vivir aquí como sardinas no ayuda mucho. Me alegra tener mi propio departamento —Charles pensó que él también se alegraba.

Se lo pasan discutiendo por el turno de ensayo en el escenario y en el auditorio. Es un infierno.

—¿Ahora está ensayando la revista?

—Sí, pero tengo un descanso. Están preparando un nuevo número... sobre la renuncia de Nixon y la entrada de Ford. Tratando de ser actuales.

—¿La revista va a ser buena?

—Algunas partes.

—¿Solo algunas? —Charles sonrió y Anna le devolvió la sonrisa.

En ese momento, Pam Northcliffe irrumpió en el cuarto apretando entre los brazos dos bolsos cuyo contenido desparramó sobre la mesa.

—Hola. Dios, tengo que anotar mis gastos. Estoy gastando mucho en utilería.

—¿Qué ha estado comprando? —preguntó Charles.

—Dios, montones de cosas para *María*.

—¿Conseguiste el cartón para mi gorguera?

—No, Anna, pero lo haré, te lo prometo. No, estaba buscando crepé negro para la ejecución. Y todos estos cuchillos que tengo que convertir en retráctiles. Y maquillaje y esas cosas.

Charles tomó una botella que había rodado fuera de un bolso. Tenía una etiqueta que decía: «Sangre arterial».

—¿Qué otra clase hay?

—Una más brillante, para los cortes superficiales. Se llama... —Pam se interrumpió—... me olvidé. Oigan, no los molesto, ¿no? Tengo que hacer estos cuchillos. Los iba a hacer en la mesa, si ustedes...

—Por mí está bien, ya he terminado —Charles se resignó a lo inevitable. Anna volvió a su ensayo y él al dormitorio de los hombres para ver si la serenata continuaba.

Al pasar por la oficina escuchó una discusión. La voz de Michael Vanderzee, más holandesa por el enojo, luchaba contra el tono diplomático de Brian Cassells.

—... y ayer se arruinó todo el ensayo por culpa de ese estúpido de Willy que no apareció. Así que necesito más tiempo en el auditorio.

—A todos les pasa lo mismo.

—Pero yo perdí un día.

—No es culpa mía, Mike. He preparado un horario que es justo para todos.

—A la mierda con su horario.

—Está allí, en la cartelera...

—¡A la mierda con su cartelera! —Michael Vanderzee se precipitó fuera de la oficina y pasó al lado de Charles camino a la puerta de salida. Cuando la cerró de un golpe, hasta los vidrios de las ventanas se sacudieron.

Brian Cassells apareció en el *hall* con el rostro arrebatado. Al ver a Charles alisó su traje a rayas como si nada hubiera pasado.

—Ah, buenos días —en un instante volvió a ser el eficiente joven ejecutivo—. Tengo... umm... tengo sus afiches. Acabo de buscarlos.

—Magnífico.

—Están en la oficina.

Sobre el escritorio había dos paquetes rectangulares envueltos en papel marrón.

—Hay mil en cada paquete —acotó Brian con aire presumido—. Yo mismo los armé con Letraset. Mírelos.

Charles rompió el envoltorio y sacó una de las hojas impresas. Mientras la miraba. Brian Cassells sonrió.

—¿Está bien?

Charles le pasó el papel, que estaba encabezado así:

FIASCOS EN EL PARALELO

... y el mayor de ellos es Charles París en *Tantos chistes, tanta sangre*.

—Oh —dijo Brian—. Lo siento.

Ensayar sin ser interrumpido era imposible en la casa de Coates Gardens, así que Charles decidió hacer una excursión a uno de sus lugares favoritos de Edimburgo, el Museo de la Infancia en la Royal Mile. Recién era lunes y tenía toda una semana por delante antes de tener que enfrentar la audiencia. De todos modos con Brian Cassells a cargo de la publicidad no creía que hubiera mucha audiencia para enfrentar.

Al volver esa tarde a la casa encontró a Martin Warburton dando vueltas por el *hall*, como si lo esperara.

—¿Usted es Charles París?

—Sí.

—Escribí una obra, ¿*Ahora Quién?*. La estamos ensayando. Me gustaría que la leyera —le alcanzó una copia.

—Gracias. Me gustaría leerla.

—No lo sabe. Puede gustarle o puede pensar que fue una pérdida de tiempo.

—Estoy seguro de que no la hubiera escrito si pensaba que sería una pérdida de tiempo.

El muchacho permaneció mirando a Charles un instante y luego rompió a reír.

—Sí, lo hubiera hecho. Es exactamente lo que hubiera hecho.

—¿Por qué?

—Todo lo que hacemos es pura casualidad. Yo escribí eso, de casualidad. Podría haber escrito cualquier otra cosa. No tiene ningún valor.

—Sé que a veces uno tiene esa impresión, pero muy pocas cosas son casuales...

—¡No sea condescendiente conmigo! —el grito de Martin fue agudo, como si hubiera perdido el control de volumen de su voz. Se adelantó para recuperar su obra pero luego cambió de idea y salió de la casa dando un portazo.

A pesar de las aseveraciones de Brian Cassells, el auditorio no estaba libre el martes a la tarde para que Charles pudiera ensayar. Cuando llegó, Michael Vanderzee recién había comenzado una sesión de trabajo con el elenco de *María* y casi todo el de *Sueño*. Brian no estaba allí para reclamarle (al parecer había ido a Londres para una entrevista), así que Charles se sentó a esperar en el fondo de la sala.

Todos, menos Michael, estaban tirados en el suelo.

—... y relájense. Sientan cómo se aleja cada parte de su cuerpo. Desde las extremidades. Muy bien, los dedos de los pies y las manos, ahora los pies y las manos. Ahora los tobillos y antebrazos... sientan cómo se alejan.

La opinión de Charles sobre ese tipo de teatro era ambivalente. No tenía nada en contra de esas clases de movimientos o técnicas de trabajo. Eran ejercicios útiles para los actores e impedían que fueran demasiado analíticos con su «arte». Todo perfecto. Hasta que había que estrenar una obra. En ese momento se volvían absurdos y la necesidad de tener todo listo no daba tiempo para la autoindulgencia.

Michael Vanderzee, («que tomaba su inspiración de las disciplinas físicas de oriente y occidente y creaba un teatro indisolublemente integrado con la vida de trabajo») no parecía compartir este punto de vista.

—Bien. Ahora quiero que se sienten de a pares y que cuando golpee las manos comiencen a contarse cuentos de hadas. Tienen que concentrarse tanto que van a contar su historia sin oír la del otro. Concentrarse de veras. Bien, voy a golpear las manos.

Mientras la asamblea se debatía en una cacofonía de Caperucitas Rojas y Ricitos de Oro, Charles miró a Anna. Incluso sentada en el piso y

diciendo tonterías se la veía llena de seguridad en sí misma. La remera que vestía no ocultaba para nada su figura, y Charles se sintió aún más interesado que antes.

La puerta del auditorio se abrió de golpe. Un hombre joven altísimo, en vaqueros y peinado como Jesucristo avanzó con decisión por el pasillo.

—¡Willy! —aulló Michael—. ¿Adónde demonios has estado? ¿Por qué no viniste al ensayo esta mañana?

—Estaba ocupado —la voz era cortante, el acento escocés.

—Es aquí donde deberías ocuparte. Ayer tuve que traerte a la rastra.

—Vete a la mierda —Willy se dejó caer en una butaca.

—¿Quieres actuar en esta obra o no? Hay que ensayar, ¿sabes?

—No me importa ensayar, pero no veo por qué tengo que perder tiempo con toda la relajación y esa basura tipo «soy un ananá» y demás. Se supone que lo único que hago es la música.

—Tienes el papel de Rizzio y formas parte de un grupo.

Willy resopló en forma muy escocesa.

—Está bien, está bien. ¿Qué quieres que haga?

—Quiero que grites, y ustedes también. Griten hasta arrancarse la cabeza. Gritos desinhibidos. Con todo. ¿De acuerdo? Cuando golpee las manos.

El ruido fue estremecedor. Charles se hundió en su butaca con las manos en los oídos. Iba a pasar un buen rato antes de que pudiera tener el escenario a su disposición.

Cuando las bocas aullantes se cerraron, se destapó los oídos y escuchó otro ruido cerca, detrás suyo. Un resoplido. Se dio vuelta y vio la cara de naufragio de Stella Galpin-Lord, que acababa de entrar en la sala. Ella, por su parte, lo miró y se sonó la nariz.

En ese instante hizo su entrada Pam Northcliffe, como siempre con los brazos llenos de paquetes y envoltorios.

—Hola, Charles —siseó—. Traigo las cosas para las fotos de *María*.

Charles le sonrió.

—¿Todo en orden? —susurró.

—Dios, así espero. Casi. Anoche me quedé levantada hasta las 2:00 arreglando las dagas.

—¿Quedaron bien?

—Sí —le mostró con orgullo los artefactos. Charles agarró uno de los cuchillos. La hoja de metal había sido reemplazada por un plástico pintado de plateado que se introducía con facilidad en el mango. Lo probó en la palma de su mano.

—Muy bien.

—Temo que la pintura no esté bien seca.

Charles miró la mancha plateada en su palma.

—No importa.

—¿En qué anda Mike ahora?

—Solo Dios lo sabe.

—Bien. Ahora estamos relajados, sin inhibiciones. Un grupo de gente que se conoce. Que se quiere, que se odia. Vamos a probar el odio. Bien, como lo hicimos antes. Alguien se para en el medio y los otros le gritan su odio. No importa lo que digan, mentiras, lo que sea. Odien, odien. Liberemos nuestras pasiones. Tú primero. Willy. Párate en el medio. Y gritemos. Ah, hola Stella, ¿quieres acompañarnos?

—A lo mejor aprendo algo —respondió Stella con aire condescendiente.

—Es posible, es posible. Eh, Charles París. ¿Usted también quiere aprender algo?

Charles ahogó su instintivo rechazo y asintió débilmente. Entra en el espíritu de las cosas, pensó, no seas apático.

El círculo que rodeaba a Willy Mariello esperaba la señal. Michael golpeó las manos y comenzaron a gritar. Los insultos se sucedieron. Las jóvenes caras estallaban en obscenidades. Stella Galpin-Lord gritaba, «¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta!» con la boca retorcida y el rostro convertido en un mapa de arrugas. La expresión de Anna era fría. Martin Warburton temblaba de excitación. Y hasta el mismo Charles comprobó con molestia lo fácil que era dejarse llevar y gritar con ellos. Daba miedo.

Otra palmada. Se interrumpieron jadeantes.

—Muy bien. Catarsis. Bien. Ahora a otro: Charles.

No era agradable. Mientras el grupo aullaba se concentró en Sydney Cartón, sosteniéndose en la carreta que lo llevaba al patíbulo. «Lo que hago

ahora es tanto mejor...». Aun así le resultó desagradable.

Otra palmada y callaron. Eligieron otra víctima. Y otra y otra. La repetición restó agresividad a los insultos. No era más que un ejercicio. Terminaron sin aliento.

—Bien. Ahora, otro ejercicio de concentración. El juego de la verdad. Se sientan por parejas y se hacen preguntas. Tienen que contestar solo la verdad y enseguida. Si dudan, cambian, y el que respondió antes comienza a preguntar. No hagan trampas. Es más complicado de lo que piensan.

Empezaron a formar las parejas. Charles vio que Willy Mariello se acercaba a Anna, quien dio media vuelta y se sentó enfrente de una chica anónima con vaqueros desteñidos. Los únicos que quedaron de pie fueron Willy y Charles. Se sentaron uno frente al otro.

El escocés se agachó con torpeza, doblando sus largas piernas debajo del cuerpo como limpiadores de pipas. Tenía en su camisa de mezclilla un distintivo con letras blancas: *El Petróleo es de Escocia*. El largo pelo de Mesías estaba cubierto de polvo blanco y sus manos estaban salpicadas de pintura. La expresión era agresiva y la boca, dura como la de un chico malcriado. Pero los ojos marrones se veían preocupados.

Charles trató de pensar en algo para preguntarle.

—¿Qué le parecen todos estos ejercicios?

—Creo que son una maldita pérdida de tiempo —la respuesta fue instantánea, sincera. Empezaron a escucharse voces a su alrededor y la concentración se volvió dificultosa.

—Umm. ¿Es feliz?

—No.

—¿Por qué no?

—Tengo un montón de problemas.

—¿Algo en especial?

—Sí.

Era difícil mantener la concentración necesaria para hablar y escuchar por sobre las otras voces. Todo debía centrarse en esa conversación. Charles insistió.

—¿Qué es lo que le preocupa?

Willy dudó.

—He descubierto algo que preferiría no saber, algo que puede ser peligroso.

—¿Algo sobre una persona?

—Sí.

—¿Alguien conectado a este grupo?

Una ligera pausa.

—Sí. —Había miedo en sus ojos.

Charles insistió, fascinado por el curso de la conversación.

—¿Quién?

Willy abrió la boca, pero no habló. De pronto se escuchó la voz aislada de Stella Galpin-Lord.

—... y perdí la virginidad a los catorce años...

Se había roto el encanto.

—No fui lo bastante rápido —reconoció Willy—. Ahora pregunto yo. ¿Cuántos años tiene?

El ejercicio continuó, pero Charles se sentía molesto.

El juego de la verdad fue seguido por el juego del contacto.

—¿De acuerdo? Cerramos los ojos y nos movemos. Cuando tocamos a alguien tratamos de hacer contacto. Sentimos, exploramos, nos comunicamos. Nos relacionamos con las manos. Eso aumentará la percepción.

Tal vez había sido una casualidad que la primera persona con la que se topara Charles fuera Anna. Siguiendo las instrucciones del director hizo contacto, sintió, exploró, se comunicó y la reconoció con sus manos. Sus ojos se abrieron en una rendijita azul marino. Él sonrió. Ella sonrió.

—¿Esta noche tienes ensayo?

—No.

—¿Te gustaría ir a comer?

—De acuerdo.

Charles se alejó para sentir, explorar y comunicarse con otros. Su mano palpó una chaqueta de *tweed* y más arriba un pecho cruzado por correas de cuero que llegaban hasta la áspera pelambre de una barba.

—¿Qué demonios hace? —la voz tenía acento ríspido, típico de Glasgow—. Soy el fotógrafo. ¿Quién es Michael Vanderzee?

Tomó algún tiempo lograr que la gente se cambiara de ropa. El fotógrafo se impacientaba y maldecía. Entonces Michael anunció que no quería fotos posadas; las quería naturales, en acción. Eso significaba que habría que ensayar escenas enteras de la obra. El fotógrafo maldijo una vez más.

—Bien, vamos. Hagamos la escena del asesinato de Rizzio. ¿De acuerdo? De acá podrá obtener algunas buenas fotografías. Hay acción. Violencia.

—¿Cómo es de larga esta maldita escena?

—No vamos a hacer más que el final. Tres, cuatro minutos.

—¿Por qué no podemos simplemente posarlas?... Todavía tengo que hacer algunas fotos de modas esta tarde.

—No quiero que parezcan aficionados.

—¿Por qué no? Si es lo que son.

La escena comenzó y Charles se sentó al fondo de la sala para mirar. *María, Reina de Beodia* estaba escrito en versos Ubres que debían sonar arcaicos pero que solo lograban parecer ridículos. Como Willy necesitaba que le apuntaran sus líneas cada dos frases, la cosa se hacía bastante pesada.

—¡Willy, por Dios!

—¡Cállate, Michael! —su alta figura se veía absurda con jubón y calzas.

—Escuchen, ¿no podemos terminar de una vez con estas malditas fotos? Mi tiempo cuesta y las modelos me esperan.

—No tenemos las dagas —dijo de pronto Martin Warburton desde los pliegues de una capa de conspirador.

—Pam, ¿dónde diablos están? Rápido. Miren, las hojas se introducen en la empuñadura, así. Vamos, háganlo bien de entrada.

Charles comenzó a hojear su libreto.

Sus ojos fueron arrancados de la página que estaba leyendo por un grito. No un grito teatral sino un auténtico grito de horror que le recorrió la espina dorsal.

La escena se había paralizado. El rostro lívido de Anna contrastaba con su vestido negro estilo Tudor mientras contemplaba a Willy Mariello, cuya figura encorvada sobre sí misma se había convertido en el centro de todas las miradas. A su alrededor estaba el círculo de conspiradores envueltos en sus capas y aferrando las dagas con la hoja retraída. En el centro Martin Warburton miraba fascinado el arma que tenía en la mano. Su hoja era de metal y la sangre que goteaba de ella no era fabricada.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO TRES

*La MANO ENSANGRENTADA que representaba el crimen,
ese brillo de la vieja insignia heráldica,
habían conservado su carmesí intacto a pesar del tiempo,
de una manera que maravillaba.*

La Casa Embrujada

LA POLICÍA llegó enseguida y fue muy eficiente. Una ambulancia llevó a Willy al hospital, pero al llegar ya estaba muerto. Todos hicieron declaraciones y fueron informados de que se les harían más preguntas a su debido tiempo. Pam Northcliffe y Martin Warburton fueron llevados para ser interrogados. Pam regresó muy perturbada a Coates Gardens en las primeras horas de la mañana del miércoles y fue atendida en el dormitorio de mujeres donde se le dieron píldoras para dormir.

Durante todo el miércoles la atmósfera de la casa estuvo cargada de tensión. Las presiones acumuladas por la vida en común y la cercanía del estreno de las obras fueron agravadas por el *shock* producido por la muerte de Willy. Los horarios de los ensayos se trastocaron y todo el mundo estaba nervioso por las continuas visitas de la policía. Coates Gardens soportó durante todo el día chistes sin gracia, súbitos arranques de mal humor y estallidos de llanto.

Charles logró liberarse de la peor parte. Para su suerte, James Milne le había ofrecido la calma de su departamento si quería escapar de la histeria colectiva. Fue un gran alivio estar con alguien que no deseaba hablar del crimen. Milne definió el tema con simplicidad.

—No conocí muy bien al muchacho y no estaba allí cuando sucedió, así que no me siento parte del asunto. Es desagradable. Y lo mejor que se puede hacer con las cosas desagradables es sacárselas de la cabeza.

Pero para Charles no era tan fácil. Se sentía comprometido, y mientras trataba de concentrarse en repasar el libreto... su mente volvía a la escena en el auditorio. Sentía el mismo *shock* que los demás y otro sentimiento molesto que no quería investigar.

Para la mañana del jueves ya la atmósfera entre los actores se había tranquilizado. La investigación del fiscal seguía sin duda su curso privado, que no afectaba a los estudiantes. El único que estaba todavía histérico era Martin Warburton, lo que no era demasiado sorprendente después del largo interrogatorio al que había sido sometido.

La policía no le hacía ningún cargo y aunque la investigación estaba lejos de haber terminado, la impresión general era que consideraban la muerte de Willy como un espantoso accidente. Se suponía que el cuchillo verdadero había sido puesto junto con los otros en el bolso de Pam por equivocación; no se sospechaba de ninguna mala jugada.

El jueves por la tarde recomenzaron los ensayos con entusiasmo. Más que con entusiasmo, con pánico. Todos se dieron cuenta al mismo tiempo de que habían perdido un día y medio y que el lunes tendrían tres obras para estrenar. Ignoraron los horarios de ensayo preparados por Brian Casells (como todavía estaba en Londres, no podía oponerse), y Stella Galpin-Lord se apoderó de la sala por el resto del día como si estuviera en su derecho mientras que Michael Vanderzee la pidió para el viernes. Charles comenzó a pensar que tendría suerte si lograba subir a escena con su *show*. Ensayar en la casa era también imposible. Pam y un par de ayudantes estaban en el sótano construyendo una pared para Píramo y Tisbe. Tres técnicos malolientes se inclinaban sobre un grasiento plano de iluminación en el dormitorio. El departamento del Lord estaba cerrado y silencioso. En realidad Charles se sintió aliviado; su mente estaba demasiado tensionada para poder dedicarse a ensayar en serio.

Sin embargo, como un gesto de buena fe, metió su libreto y los poemas de Hood bajo el brazo antes de echar a andar hacia la ciudad. Era una tarde cálida y Edimburgo había montones de lugares para sentarse y estudiar... el

parque de la calle Princes, el castillo y hasta podía intentar dar una vuelta por Arthur Seat. Sopesó todas estas posibilidades pero no se sorprendió cuando sus piernas lo llevaron al bar más cercano y ordenó un *whisky* doble.

Se sentó inclinado sobre la barra y se dio cuenta de que ya no podía posponer por más tiempo el asunto. Y el pensamiento que había estado reteniendo en su mente durante dos días apareció con claridad.

Aunque la policía pensara lo contrario, Willy Mariello había sido asesinado.

Charles no podía olvidar la expresión de esos ojos marrones durante el juego de la verdad, cuando había hablado sobre algo que prefería no haber sabido. En esa mirada había dolor, pero también terror. Lo que había descubierto debía ser horrible. Lo bastante horrible para que alguien cometiera un asesinato con tal de acallarlo.

Charles trató de expresar esta sospecha al detective que lo interrogó, pero sabía que el hombre no lo había tomado en serio. De alguna manera las palabras no le habían salido como correspondía. «Fue un momento de tanta concentración... sentí el pánico que dilataba sus ojos... me dio una sensación de peligro...». Cuanto más se metía en el tema más inconsistente parecía la idea y Charles sabía que sonaba como un viejo actor impresionable. A pesar de las amables aseveraciones de que harían una investigación completa, Charles se daba cuenta de que el detective no lo tendría en cuenta. Para cuando le tocó el turno a él, ya deberían estar hartos de «las vagas sensaciones» y las «premoniciones» de los influenciables estudiantes.

Y mirándolo objetivamente, todo parecía un poco sin sentido. En situaciones normales, los procesos mentales de Charles consistían en reducir todo al absurdo y ver si quedaba algo, y lo sorprendió ver que su idea seguía siendo firme. Era algo instintivo que no podía negar.

Afrontar el hecho de que Willy había sido asesinado llevaba en forma automática a la pregunta de lo que debía hacerse al respecto. Charles había cumplido con sus deberes de ciudadano al manifestar sus sospechas y era posible que la policía ya se le hubiera adelantado y estuvieran trabajando en la investigación. Él ya no tenía nada que ver.

Pero las cosas no eran tan fáciles. James Milne podía decir que quería olvidarse del asunto; él no había estado sentado enfrente de Willy durante el juego de la verdad, no había presenciado el crimen.

Charles sabía que tendría que llegar al fondo del problema. Recordó una ocasión anterior en la que se había topado con el crimen, en el caso de Marius Steen. Se había visto forzado por las circunstancias; pero esta vez estaba tomando una decisión. No lo empujaba ningún deseo altruista por la causa de la justicia, aunque sabía que no estaría tranquilo hasta que descubriera la verdad de los hechos.

Y el único hecho cierto era que Willy Mariello había descubierto algo desagradable sobre una de las personas que integraban la Sociedad Teatral de la Universidad de Derby en Edimburgo. Y que a consecuencia de eso lo habían asesinado con una daga puesta en la mano de Martin Warburton.

Ningún otro hecho. Había que pasar entonces a las acciones. Charles tenía la neta impresión de que Martin Warburton no había matado a Willy. A menos que fuera un lunático o que hubiera estado jugando algún retorcido juego privado, nadie cometía un crimen premeditado delante de treinta personas, bajo las luces del escenario y con un fotógrafo cerca. Y, a menos que las sospechas de Charles sobre los motivos, estuvieran erradas, ese asesinato había sido premeditado.

La eliminación de Martin dejaba todavía en pie a unos cuarenta sospechosos. Cualquiera de los estudiantes o los curiosos que rodeaban a la D. U. D. S. podía haber cambiado uno de los cuchillos arreglados por el verdadero y tener así una oportunidad razonable, si no infalible, de matar a Willy Mariello.

Charles pidió otro *whisky* doble al llegar a la conclusión de que se necesitaba una investigación delicada.

Las circunstancias no podían haber estado mejor cuando Charles regresó a Coates Gardens. Pam Northcliffe estaba sola en el comedor mezclando engrudo para endurecer la pared de Píramo y Tisbe y las cocineras de turno hacían ruido en la cocina preparando una comida cuyo principal ingrediente olía a repollo.

Pam levantó la vista, con los ojos enrojecidos y culpables.

—Hola.

—Hola. ¿Estás mejor?

—Sí —replicó con determinación.

Iba camino al bar para tomar un trago y andaba buscando a alguien que me hiciera compañía. ¿Te interesa?

—¿A mí me habla?

—Sí.

—Bueno, yo... —se limpió la mano llena de engrudo en los fundillos de sus vaqueros, agregando un nuevo detalle al *collage* ya existente—. Está bien.

Le sirvieron una cerveza liviana para Pam y una fuerte para Charles, que tenía sed.

—¿Cómo anda la utilería? ¿Sale bien?

—Creo que sí. Estoy gastando mucho en eso.

—D. U. D. S. conseguirá el dinero para pagártelo.

—Ojalá —hablaba con mucho dudado, como si la tensión acumulada en su interior pudiera estallar a la menor provocación.

Charles sabía que una conversación sobre la muerte de Willy podía ser exactamente esa provocación. Pero era lo que tenía que investigar. Se acercó al tema por otro camino.

—Hoy han estado todos un poco más tranquilos.

—Sí, supongo que sí. Estamos demasiado ocupados para pensar en eso.

—Es una bendición.

—Sí —silencio, Charles pensó en el modo en que podría hacerla volver al tema sin lastimarla, pero por suerte no tuvo que hacer nada. Pam parecía ansiosa por sacárselo de encima sin necesidad de ayuda—. Creo que nunca voy a olvidarlo. Es la primera vez que veo a un muerto.

—Sí, es terrible. Pero uno se olvida.

—Se ve en las películas, en la televisión... y bueno, no parece tan terrible. Pero cuando se lo ve en serio... —le empezó a temblar el labio.

—No hables de eso.

Tal como Charles esperaba, no hizo caso a su propio consejo.

—Y el problema es que... aparte de la impresión y esas cosas, me siento responsable. Yo estaba a cargo de la utilería, así que tuve que haber

confundido los cuchillos.

—¿De veras lo crees?

—Dios, ahora no lo sé. Hubiera dicho que no, con seguridad. Recuerdo haberlos contado antes de colocarlos en el bolso. La policía me preguntó todo eso y ya sabes, al final no podía recordar lo que había hecho. Piensas tanto en algo que después de un tiempo ya no sabes cuál es la verdad...

—Te entiendo.

—Y todo es tan estúpido, porque en primer lugar no tendría que haber hecho así los cuchillos. Michael Vanderzee me dijo lo que quería y yo pensé que lo mejor sería comprar cuchillos verdaderos con empuñadura hueca y sacarles la hoja. Pero Michael dijo que eso era una locura y muy caro y que tendría que haber improvisado y... —le tembló la voz al recordar la reprimenda— es la primera vez que me ocupo de la utilería. Y lo hice todo mal. Si no hubiera arreglado así los cuchillos, Willy estaría vivo.

Charles no estaba tan seguro de eso. Tenía la certeza de que si los cuchillos no hubieran estado a mano, el asesino habría encontrado algún otro sistema. Pero no era el momento de hacer públicas sus sospechas.

—Pam, no debes echarte la culpa. Aunque hayas mezclado los cuchillos. Y es muy posible que no lo hayas hecho. Algún otro pudo haber estado jugando con ellos y cometido el error. ¿Estaban por ahí dando vueltas, al alcance de cualquiera? —dejó la pregunta flotando en el aire.

—Sí, creo que sí.

—Los cuchillos ejercen cierta fascinación sobre la gente. Cualquiera pudo haberlos tocado. ¿Cuánto tiempo estuvieron allí a disposición de cualquiera?

—El lunes a la noche terminé de arreglarlos muy tarde. Y los dejé sobre la mesa hasta el día siguiente.

—¿Para qué? ¿Para qué se secara la pintura?

—Sí, pero no se secó. Compré una laca muy aceitosa que tarda siglos en secarse.

—¿El cuchillo verdadero estaba con los otros?

—Sí. Fue una locura, pero estaba tan orgullosa de los que había arreglado y parecían tan reales, que los dejé todos sobre la mesa.

—¿Para que la gente pudiera verlos al bajar a desayunar?

—Sí —parecía apabullada—. Nunca hice algo tan bello y me pareció que merecían ser vistos por todos.

—Así es. Muy bien —casi agregó «Por desgracia», pero se dio cuenta de que hubiera sido una falta de tacto—. ¿Y entonces los guardaste mientras la gente desayunaba?

—Sí; puse los falsos en el bolso y creo que dejé el verdadero en una caja, junto con mis tijeras, la goma y esas cosas.

—¿Y quedaron en el bolso del *living* hasta que los llevaste al auditorio, más o menos a las 15:00?

—Sí.

—O sea que hubo tiempo suficiente para que cualquiera de la casa pudiera tocarlos y mezclarlos.

—Supongo que sí.

—¿Durante la mañana no estuviste allí?

—No, tuve que salir a comprar cartón y otras cosas.

—Bien, creo que eso es lo que pasó. Alguien anduvo con ellos el martes por la mañana y los mezcló —en realidad no pensaba eso, pero vio que Pam parecía tranquilizarse. Los cuchillos habían estado en exhibición ante cada miembro de la compañía, el asesino había visto la oportunidad y arreglado el cambio cuando el *living* estaba desierto en algún momento de la mañana del martes y esperar para ver qué pasaba. Que podía no ser nada. Existía la posibilidad de que alguien descubriera que el cuchillo era real antes de que se produjera la escena fatal y entonces el asesino habría tenido que buscar otro sistema. Pero la impaciencia del fotógrafo no le había dado tiempo a nadie para inspeccionar de cerca su arma.

Aunque el método del asesinato estaba claro, la identidad del autor continuaba en la oscuridad. Según el relato de Pam, cualquiera de los que estaban en la casa el martes a la mañana hubiera podido cambiar los cuchillos. Y eso significaba casi todos los miembros del grupo universitario. Lo que a su vez significaba tener que controlar los movimientos de todo el mundo. Un largo y aburrido proceso.

—¿Conocías bien a Willy Mariello? —Charles probó otro sistema.

Pam se ruborizó.

—No. Apenas.

—Pero tienes que haberlo visto en la Universidad.
—¿Qué quieres decir?
—Durante el año. Si estaba en la Sociedad Teatral...
—Oh, pero no era así. No tenía nada que ver con la Universidad.
—¿Y entonces de dónde venía?
—Tocaba en Puce.
—¿Qué?
—Un conjunto de *rock*. Era primera guitarra. Hasta que se disolvió a principios de este año. Vamos, debes haber oído hablar de Puce.
Charles tuvo que confesar que no.

Volvieron juntos a Coates Gardens. Pam parecía más tranquila; casi había recobrado su balanceo habitual. Una buena chica. No muy linda, pero de buen carácter. Necesitaba un hombre que la supiera apreciar.

Cuando entraron al *hall* le estaba contando a Charles de la casa de sus padres en Somerset. En ese momento Anna Duncan salió de la oficina.

—Hola —dijo Charles. Ella le sonrió.

Pam se detuvo en medio de una frase y Charles se dio cuenta de su falta de educación.

—Lo siento. Yo... ¿qué estabas diciendo?

—No tiene importancia. Será mejor que siga con mi pared —y desapareció escaleras abajo.

—Saliendo con otras mujeres cuando me has dejado plantada —exclamó Anna con un falso aire ofendido.

—Creí que no hubiéramos podido disfrutar mucho de la comida con la policía tomándonos declaración entre plato y plato.

—No quise decir eso.

—¿Esta noche tienes ensayo?

—Termino a las 20:30.

—¿Y si hacemos de cuenta que estos dos días no pasaron y comenzamos todo de nuevo?

—Me parece una buena idea.

—¿Te encuentro aquí?

—No. Si Mike nos hace rodar otra vez por el piso voy a necesitar darme una ducha.

—Bueno encontrémonos en el restaurante. ¿Conoces L'Etoile?

—¿En la calle Grindlay?

—Ese mismo. Voy a reservar una mesa para las 21:30. ¿De acuerdo?

—Perfecto. Ahora tengo que volver a subir y hacer de cuenta que soy una banana.

—¿Otra vez las maravillosas ideas de Michael Vanderzee?

—Sí. La percepción a través de la transferencia inanimada de la emoción pura.

—Dios.

Anna volvió a sonreír y se fue. Charles golpeó la puerta de la oficina. Si Brian había vuelto, tal vez fuera posible arreglar alguna hora para ensayar en el auditorio.

El gerente tenía puesto otro traje de ejecutivo, esta vez uno *beige* con chaleco. Charles le explicó lo que quería y no se sintió muy conforme con la promesa de arreglarlo de Brian. Hay ciertos tipos de eficiencia que no inspiran confianza.

El productor había estado trabajando en el tablero correspondiente a «Lo que la Prensa dice de D. U. D. S.» que estaba cubierto de recortes sobre la muerte de Willy Mariello. La única persona que parecía haber sacado algún provecho del asesinato era el fotógrafo de Glasgow. Había vendido sus fotos a todos los diarios del país. Charles sintió un escalofrío al volver a ver la escena.

—No va a usar eso para publicidad, ¿no?

—No —respondió Brian con pesar— no quedaría bien. Pero, si me permite decirlo, es un despliegue fabuloso, ha fijado realmente las iniciales de D.U.D.S. en la mente del público. Mejor que cualquier campaña publicitaria que se me hubiera ocurrido. Recuerdo que el año pasado Cambridge inventó algo sobre Elizabeth Taylor en Edimburgo. Consiguieron una chica que se disfrazó de ella y cosas por el estilo. Una idea bastante buena. Pero nada como esto.

El tono de desvergonzada satisfacción en la voz de Brian hizo que Charles lo mirara con curiosidad. Una insensibilidad así estaba

desperdiciada; debía de estar produciendo anuncios de televisión.

—Estoy seguro de que Willy se sentiría feliz de saber que su muerte sirvió para llenar la sala.

—Sí, no hay mal que por bien no venga —Brian era impermeable a la ironía.

—¡Ah!... me interesó enterarme de que Willy Mariello no era miembro de la Universidad.

—No.

—¿Y entonces cómo se mezcló en esto?

—No sé. Supongo que sería amigo de alguien.

—¿De quién? ¿No lo sabe?

—No. No conozco muy bien a ninguno. Yo no estaba con ellos. Era gerente de los «ucados».

—¿Ucados?

—U. C. A. D. La Asociación Conservadora de la Universidad de Derby.
Ah.

—Me metieron en esto nada más que por mi habilidad administrativa.

Al llegar al dormitorio de los hombres, descubrió con alivio que estaba vacío y Charles pudo ensayar con tranquilidad. Se sintió alentado al comprobar que recordaba el libreto con fluidez. La entonación de los poemas volvía con naturalidad y comenzó a sentir el ritmo del *show*. Un poquito más de trabajo y estaría bastante bien.

Así que cuando se sentó frente a Anna en el restaurante Frances de la calle Grindlay, se sentía muy seguro de sí mismo. La «ducha rápida» de Anna en su departamento había incluido algunos otros preparativos halagadores para Charles, ya que vestía una camisa amarilla recién planchada, con unos dibujitos tontos de gente bailando foxtrot, y pantalones de terciopelo negro muy bien cortados. Las pestañas con rímel, un lápiz labial clarito, y el pelo cepillado con un abandono totalmente controlado. Todo muy natural, a pesar del minucioso cuidado.

—Estoy deseando ver el *show*. Como ya te mencioné, siento no saber nada de Hood.

—No lo conoce mucha gente.

—¿Era escocés?

—No. Su padre provenía de Dundee, pero Thomas fue allí solo un par de veces. Y no le impresionó mucho. Sobre todo la comida. «Me descompongo ante la mera vista de esas cabezas de ovejas chamuscadas. No soporto la avena con leche; me parece áspera, seca e insípida; La única vez que la saboreé con algo de gusto fue durante una excursión de pesca, en que tenía tanta hambre que hubiera comido cualquier cosa». Oh, perdona, estuve trabajando en eso, y me extendí un poco.

—¿Qué haces en el *show*? ¿Te vistes como Hood?

—No, no funcionaría. No me gusta exagerar la parte emotiva... me parece que le quita realismo al tema en lugar de dárselo. Como en las novelas históricas sobre gente famosa. No soy más que un intérprete de las obras de Hood; no pretendo *ser* él. Dejemos que los poemas hablen por sí mismos. En el caso de los poemas... los falsificaría al leerlos disfrazado. Fueron escritos como entretenimientos para el público, para ser recitados, y así los trato.

—¿Así que es más un recital que una actuación?

—Supongo. Es algo intermedio. Y tiene la ventaja de que no tengo que aprenderme todo de memoria ya que puedo recurrir al libro cuando quiero.

—Muy cómodo. ¿Así que usas ropa común en el escenario?

—Tal vez un traje. De todas maneras parecería un loco vestido como Thomas Hood. No tengo aspecto de enclenque enfermo Victoriano.

—Era uno de esos, ¿no?

—Sí. Por eso el *Tanta sangre* del título. En realidad hay algunos interrogantes sobre si fue realmente tuberculoso. Pudo haber sido una fiebre reumática que le afectó el corazón. Pero escupía sangre, y eso es lo que importa. Era muy difícil ser una figura literaria en la época victoriana sin escupir sangre. Los escritores sanos arrancaban con una enorme desventaja.

Anna se rio.

—Si estaba enfermo, creo que muestras una gran personalidad al no representarlo así. La mayoría de los actores se precipitan sobre una oportunidad semejante, puras toses secas en una dramática agonía.

—Lo sé. Pero para este espectáculo por desgracia no quedaría bien. Yo he muerto con los mejores. Deberías haber escuchado mi estertor como

Ricardo II después que Sir Pierce Exton me acuchillara.

Se hizo un silencio. Los dos estaban pensando en Willy Mariello tirado en el escenario del auditorio. Anna empalideció.

—Lo siento. No debí haber dicho eso. No pensé...

—Está bien... Es que es... tan reciente.

—Sí —Charles vaciló. Había decidido investigar la muerte de Willy, pero la cena con Anna no formaba parte de esa investigación; la atracción que sentía por ella le impedía considerarla una mera fuente de información. Pero por otra parte estaba con alguien que conocía a todos los que estaban envueltos en el asunto y la conversación había caído en el tema. El instinto de detective se impuso a cualquier otro.

—¿Conocías bien a Willy?

—No, no diría que bien. Lo conocía.

—Me sorprendió descubrir que no pertenecía a la Universidad. ¿Cómo demonios se enredó con ustedes?

—Oh, él... ¿Sabías que tocaba en un conjunto?

—Sí. Puce.

—Así es. Una vez dieron un recital en nuestro Centro de Estudiantes. Creo que Willy se quedó un tiempo. Fue más o menos en la época en que se disolvió el grupo. En ese entonces debió de haber conocido a la gente de teatro.

—¿Y alguien le pidió que actuara en este espectáculo?

—Supongo que sí. Porque vivía en Edimburgo y estaba libre. Escribió toda la música, ¿sabes? Creo que después de estar con el conjunto quería hacer algo completamente distinto.

—*María, Reina de Beodia*, suena bastante distinto. ¿No sabes si hizo algún amigo en especial mientras estuvo en Derby?

—No —pareció recordar algo—. Ah, sí. Sam. Sam Wasserman. Es el que escribió *María*. Creo que Willy era amigo de él. Tal vez haya sido Sam el que le pidió que escribiera la música.

—Creo que no conocí a Sam.

—No. No está aquí. Está de vacaciones en alguna parte de Europa. Es norteamericano, así que tiene que ser Europa y no un país específico. Creen que Europa es un solo país.

—¿Así que no es probable que Sam aparezca por aquí?

—Supongo que vendrá para el estreno de *María*.

—¿Cuándo?

—En la tercera semana. Se estrena el 2 de setiembre.

—Ah.

Una semana después de que finalizara el espectáculo de Charles. Las posibilidades de toparse con Sam eran nulas. La investigación progresaba con bastante lentitud. Decidió olvidarla por el resto de la velada.

—¿Cómo anda tu obra?

—*María* está muy desarmada. Pasamos tanto tiempo improvisando que casi nunca llegamos al libreto en sí.

—¿Y la revista?

—Todavía en partes. Algunas partes están bien. Una o dos de las canciones son atractivas, pero... No sé. Veremos lo que opinan los espectadores en la noche de estreno.

—El lunes. Estaré allí. Umm... ¿Cómo debo llamar a mi estreno? ¿Primer almuerzo?

—¿Por qué no? Iré a verlo si los ensayos me lo permiten.

—Magnífico —Charles llenó de Vouvray la copa de Anna—. ¿Quieres dedicarte al teatro?

—Sí. —No hubo vacilaciones—. Desde siempre. Soy una enloquecida de la escena.

—Umm.

—En ese gruñido hubo una buena dosis de cinismo. Supongo que tú no eres enloquecido de la escena.

—A mi edad soy más bien un desecho de la escena.

—¿No te sigue pareciendo fascinante?

—No, muchas veces no. No puedo imaginarme haciendo otra cosa pero como profesión deja bastante que desear. Dinero, seguridad...

—Ya lo sé.

—Se necesita mucho más que talento. Necesitas mucha ayuda y tienes que ser dura y calculadora.

—Ya lo sé.

—Lo siento. Hablo como un señor maduro. Y creo que eso se debe principalmente a que soy un señor maduro. No, es que en realidad odio que alguien se meta en este negocio sin saber bien de qué se trata.

—Pues yo sí que lo sé.

—Sí. Así que estás preparada para todo ese desempleo del que hablan, para estar sentada al lado del teléfono y para acostarte con directores viejos y gordos.

—Yo solo me acuesto con quien quiero —lo miró fijamente con sus ojos azul marino. Era difícil interpretar si eso era una invitación o un rechazo.

Sonriendo francamente desvió la conversación a otro tema y hablaron alegremente por sobre el *coq au vin*, el helado de limón, una segunda botella de Vouvray, el café y el cognac.

Cuando subieron a Johnstone Terrace, el castillo se elevaba sombrío a su izquierda, pero se veía benigno y no amenazador. El brazo de Charles se acomodó con naturalidad en tomo a la curva de la cintura de Anna y pudo sentir la suavidad de su piel a través de la camisa de algodón. Edimburgo había recuperado su magia.

Anna se detuvo delante de una puerta al lado de una tienda de recuerdos en Lawnmarket. La ciudad estaba vacía y calma, preparándose para los noctámbulos que traería muy pronto el Festival.

—Dios mío, ¿vives aquí? En un departamento lleno de *kilts*, galletas de manteca, *whisky* y saleros en forma de gaitas.

—Así es, en el último piso.

—Es un largo camino cuesta arriba.

—Es el departamento de un amigo. De un estudiante de la Universidad. Está de vacaciones.

—Ah. Está a tu completa disposición, entonces.

—Sí. ¿Quieres entrar?

—¿Para qué? —preguntó Charles con aire fatuo.

Anna no se desconcertó en lo más mínimo y lo miró con sus ojos azul marino divertidos.

—¿Café?

—Ya tomamos café.

—¿Una copa?

—Ya tomamos cognac.

—Bueno, vamos a tener que pensar en alguna otra cosa.

Eso es lo que hicieron.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO CUATRO

*Y el rastro culpable es recogido por el sabueso;
y el hecho aparece como un gusano saliendo de la tierra;
y el viento lo lleva flotando;
y un vestigio llega de lejos y el asesinato es descubierto.*

El Cuento de una Trompeta

CUANDO SE despertó estaba solo en la cama. En la almohada encontró una nota que decía: FUI AL ENSAYO. SI NO TE VEO DURANTE EL DÍA, ¿TE VERE A LA NOCHE? Sonriendo, rodó fuera de la cama para prepararse un poco de café.

Lo bebió delante de la ventana, mirando los compradores y los turistas achicados por la distancia deslizándose como cangrejos por los adoquines oscuros de Lawnmarket. Pensó en el cuerpo bronceado de Anna surcado por las tenues marcas blancas del bikini y se sintió bien. El cinismo que casi siempre empañaba su vida sexual no había tenido cabida esta vez. Una chica excepcional. La muerte de Willy Mariello dejó de tener tanta importancia.

Pero lo que sí era importante era ensayar para un espectáculo que se estrenaba en cuatro días. Terminó su café y se dirigió a Coates Gardens.

En el dormitorio de los hombres estaba Martin Warburton desparramado en un catre, leyendo *Tantos chistes*,... Al notarlo Charles se sintió molesto.

De pronto, el muchacho levantó la vista. Su expresión era más tranquila que de costumbre y se diría que hasta educada.

—Lo siento. No debería estar leyendo esto. Pero estaba sobre su cama. Empecé y me interesó.

Ante ese cumplido, aunque no fuera intencional, Charles no podía quejarse.

—Hood es más interesante de lo que mucha gente cree.

—No sé. ¿Lo es? Me parece inteligente e incluso hay bastante sentimiento en la superficie, pero cuando uno va al fondo, no queda gran cosa. No hay seguridad, todos esos juegos de palabras. Es porque no quiere definir las cosas con exactitud. No quiere que nada lo defina. No hay nada con lo cual identificarlo.

Era un juicio que lo sorprendió por lo agudo.

—¿Piensa que es importante identificarse?

—Tiene que serlo. Solo se puede responder al arte si uno se identifica con el artista. Así trabajo. Leo todo lo que ha escrito una persona hasta que la siento allí, enfrente de mí. Y entonces me identifico. Me convierto en esa persona y sé cómo reaccionar ante su obra.

—Supongo que estará estudiando literatura.

—No, historia.

—Ah.

—Acabo de graduarme.

—¿Bien?

—Sí, con una nota muy alta.

—Felicitaciones.

—Aunque no quiere decir nada —de pronto Martin se puso melancólico—. No hay muchas cosas que sean realmente significativas. Critico a Hood por no creer y aquí estoy yo... —levantó de golpe la vista—. ¿Leyó mi obra?

—No, lo siento. Ya me llegará el momento, pero...

—Yo que usted no me molestaría. Es una tontería. No tiene peso.

—Estoy seguro de que debe ser muy interesante Charles, —trató de no sonar condescendiente, pero aun así fue recibido con un resoplido desesperanzado. Martin se puso de pie—. Tengo que irme o llegaré tarde. Hay que ensayar *María*. El cadáver del compositor aún sin descomponerse, y nosotros ya estamos ensayando de nuevo.

—Usted también hace juegos de palabras, como Hood —acotó Charles tratando de aligerar la conversación.

—Sí, soy un bromista. Un bromista alegre y gracioso —Martin lanzó una de sus risas abruptas—. Un alegre bromista y asesino. Yo lo maté, ¿sabe?

—No. Usted solamente fue el instrumento que lo mató.

A Martin eso le pareció muy gracioso.

—Un instrumento. ¿Quiere que discutamos sobre el libre albedrío? ¿Soy culpable? ¿O tal vez es culpable el cuchillo? El cuchillo es inocente, no tiene albedrío. Yo no tengo albedrío, tampoco.

—Martin, cálmese. No debe pensar que lo mató.

—¿Por qué no? Eso es lo que piensa la policía.

—No es cierto.

—Me preguntaron tantas cosas.

—El trabajo de la policía es hacer preguntas.

—Oh, sí, ya lo sé.

—¿Por qué? ¿Alguna vez tuvo problemas con ellos?

—¡Fue solo una infracción de tránsito! —Martin pasó de pronto a hablar con acento irlandés.

—¿Qué?

—¡Poner una bomba en un auto, querido señor! —se echó a reír. Charles se maldijo en su interior por haberle seguido la corriente pero también rio. La risa de Martin se prolongó demasiado. Pero Charles aprovechó esa pequeña disminución de la tensión.

—Mire, la policía no puede creer que usted lo haya hecho. Nadie en su sano juicio cometería un asesinato delante de tal audiencia.

—No —replicó Martin con aire astuto—. Nadie en su sano juicio lo haría —y volvió a sumergirse en un paroxismo de risa, que terminó tan rápido como había comenzado. Miró a Charles de manera extraña, como si no lo reconociera. Y con voz amable preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las 10:35.

—Debería estar en el ensayo —se levantó despacio—. Trate de leer mi obra, si puede.

—Lo haré.

—Hasta pronto —se deslizó fuera del cuarto.

Charles permaneció pensativo. Martin parecía estar al borde de un colapso nervioso. La época de los exámenes finales es terrible para muchos estudiantes. Charles recordaba el estado en el que había quedado en 1949, luego de sus exámenes. Tres años después venía el apocalipsis en forma de evaluación. ¿Soy bueno? ¿Qué voy a hacer en el mundo?; básicamente, ¿quién soy?

Trató de imaginar el *shock* desatado por la muerte de Willy en alguien en ese estado. Un hecho terrible, cruel, chocando contra una mente que apenas podía separar la fantasía de la realidad. Dentro de su cerebro enfermo Martin podía llegar a considerarse el asesino, pero Charles estaba seguro de que no era así. Martin Warburton necesitaba ayuda. Tal vez tratamiento médico, pero más que nada la certeza de saber que no era más que un intermediario de la persona que había planeado la muerte de Willy Mariello. Había que aclarar el asunto rápidamente.

Y la función tenía que continuar. Volvió a su libreto y aunque el ensayo del día anterior había sido prometedor, se dio cuenta de que unas cuantas cosas necesitaban mejorarse. Sobre todo las Baladas Patéticas. Debían ser la mejor parte del programa con sus toques hilarantes impecablemente espaciados, pero era difícil encontrar el punto de equilibrio entre la poesía y el humor. Se concentró y comenzó a recitar *Tim Turpin*.

Tim Turpin era ciego como una tumba.

Y nunca había visto el cielo:

Porque la naturaleza, al hacer su cabeza,

Olvidó ahuecar el sitio de sus ojos.

Así, como un pedagogo navideño, ...

—Umm. Disculpe —Brian Cassells se asomó por la puerta con aire afligido.

—¿Sí?

—Siento interrumpir su ensayo, pero me gustaría saber si puede darme una mano para cargar algo.

El ensayo volvió a posponerse.

Fuera de la oficina estaba la guitarra de Willy Mariello en su funda negra, apoyada contra un gran amplificador. La habían traído desde el auditorio después de la tragedia del martes. En la puerta estaba una chica delgadita con pelo largo y mejillas típicamente escocesas, redondas y rojas como manzanas. Tenía la mandíbula tensa y grandes ojeras.

—Charles, le presento a Jean Mariello. Señora Mariello, Charles Paris. Saludó en forma mecánica.

—He venido a buscar las cosas de Willy.

—Sí. Charles, ¿me puede dar una mano con este amplificador? Ya llamé un taxi, así que solo hay que dejarlo en la calle.

Brian se sentía muy molesto y quería librarse de Jean Mariello. Sus habilidades administrativas no incluían lidiar con viudas recientes.

Pusieron el pesado amplificador en la acera. La mujer de Willy los siguió con la guitarra. Brian se enderezó.

—Tengo que irme. Debo terminar los afiches.

—¿Cómo voy a cargarlo cuando llegue el taxi?

Brian se detuvo, desconcertado por la pregunta. Charles intervino.

—No hay problema, iré con usted. Estaba por ir en esa dirección. ¿Es por Lauriston Place, no?

—Sí.

—Oh... perfecto. Yo seguiré con mi... umm... Letraset —Brian desapareció por la puerta.

Charles se sintió obligado a decir algo.

—Lo siento.

Jean Mariello se encogió de hombros.

—Gracias.

Una vez dentro del taxi viajaron un rato en silencio. Charles volvió a sentir el impulso de decir algo a riesgo de sonar entrometido.

—Debe haber sido terrible para usted. Todos estamos muy impresionados.

—Sí, fue un *shock*, pero no se sienta obligado a decir nada. Willy y yo no éramos dos jóvenes enamorados, ¿sabe? —el acento era escocés y hablaba despacio, pero en su voz había una nota dura.

—¿Vivían juntos?

—Hasta cierto punto. Uno de los dos siempre estaba de gira o algo por el estilo.

—¿Usted también hace música?

—Sí. Canto *folk*. Nada que ver con el tipo de música de Willy. Nos separamos en lo musical como en el resto —se inclinó para señalarle al conductor—. Si nos deja aquí...

Meadow Lañe estaba bordeada de casas grises bastante más chicas que las de Coates Gardens, y con el característico aire de la ciudad vieja. La mayoría de las ventanas tenía mosquiteros grises. Pero en la casa en que se detuvieron las ventanas estaban limpias y descubiertas.

Charles dejó que Jean pagara el taxi. Se volvió hacia él.

—¿Podrá arreglarse solo con eso? Es pesado.

Lo era especialmente porque tenía una medida absurda y los brazos no le alcanzaban para rodearlo. Pero estaba decidido a lograrlo.

Cuando Jean abrió la puerta, Charles alcanzó a ver una losa muy gastada con la fecha de construcción de la casa: 1797. Sin embargo adentro la habían modernizado por completo. En el *living* no había señales de una chimenea a leña, pero sí unos flamantes radiadores de calefacción central. Todo el ambiente estaba pintado en un tono blanco brillante. Hasta se sentía el olor de la pintura fresca. La habitación estaba vacía, pero una escalera y una pila de escombros en un rincón indicaban que la decoloración seguía su curso.

Se sintió aliviado de poder descargar el amplificador en el piso sin alfombrar.

—¿Le molestaría ponerlo contra la pared para que no se vea? La traba de la ventana está rota y no quiero atraer a los ladrones.

Con un último esfuerzo, movió el amplificador hasta la posición requerida. Se enderezó. Jean Mariello había dejado abierta la puerta y estaba de pie con los brazos cruzados esperando que se fuera.

Nunca volvería a tener una oportunidad así para averiguar algo más sobre Willy Mariello. No valía la pena andar con rodeos.

—Señora Mariello. ¿Usted cree que su marido fue asesinado?

No estaba molesta ni enojada, parecía haber estado esperando la pregunta.

—No.

—¿Por qué?

—¿Quién querría matarlo? Escuche, Willy no era una persona muy simpática. Era falso y haragán, pero esas no son razones suficientes para que alguien lo asesinara.

—No. ¿Pero no puede, pensar en nada que pueda haber hecho para enemistarse con el grupo de Derby?

—Casi no conozco a nadie de allí, así que no podría decirle. Escuche, señor París, puedo entender su curiosidad, pero la policía ya me hizo todas estas preguntas, lo mismo que todos con los que me he cruzado en estos dos días. Me estoy aburriendo y le agradecería que olvidara el asunto.

—Lo siento, señora Mariello, pero tengo mis razones para preguntar — y le contó de su encuentro con Willy en el juego de la verdad. Al concluir hizo una pausa dramática.

Jean no parecía muy impresionada.

—¿Dice que parecía preocupado?

—Sí.

—Habría apostado a un caballo que perdió.

—No, era más que eso. Algo profundo.

—Nada era muy profundo con Willy. Ese juego de la verdad puede haber significado cualquier cosa. ¿Por qué está tan seguro de que era algo serio?

Lo único que pudo alegar fue un tímido: «Instinto».

Hay que reconocer que Jean Mariello no se rio a carcajadas.

—Bueno, el instinto me dice, por haberlo conocido bien, que lo único que preocupaba a Willy era el no poder salirse con la suya. Era muy caprichoso. Tuvo éxito y se le subió a la cabeza. No era más que un obrero de la construcción que tocaba la guitarra en sus ratos libres. Y entonces el conjunto se hizo famoso. Todos le daban lo que quería y empezó a tener accesos de malhumor si no tenía todo servido. Seguro que estaba molesto porque una chica le dio una bofetada.

—¿Había muchas chicas?

—Sí.

—¿No sabe si últimamente andaba con alguna en especial?

—No hablamos de eso. Cada uno iba por su lado. Willy era un estúpido. Está bien, siento que haya muerto, pero no fue una gran pérdida.

Charles estaba sorprendido por su franqueza y se le debía notar en la cara. Jean se rio.

—Se está preguntando por qué me casé con él. Bueno, tenía diecisiete años, quería dedicarme a la música y alejarme de mis padres. Y en ese entonces Willy era diferente... fue antes de que se hiciera famoso. Estaba menos seguro de sí mismo y como resultado era menos egoísta. Los dos cambiamos. Él se convirtió en un bastardo y yo me volví más dura. Defensa propia.

En esas últimas palabras se notaba un ligero temblor, el primer signo de un sentimiento humano que había manifestado. Su dura actitud ante la muerte de su marido era una coraza protectora que la distanciaba de la realidad. Era cierto que no lo amaba, pero su muerte la había afectado. Charles cambió un poco su táctica.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—El viernes pasado. Fui a Carlisle para empezar una gira. Y entonces pasó esto. En cuanto termine de arreglar las cosas me reuniré de nuevo con ellos.

—¿Y cuando usted se fue Willy no parecía preocupado?

—Estaba igual que siempre.

—¿Y no tiene idea de lo que hizo durante el fin de semana?

—Se habrá acostado con alguna tipa. Habrá trabajado un poco en la decoración aquí, o ensayado su maldito *show*. No sé.

Su voz había recuperado la dureza. Quería que Charles se fuera. Quería estar sola. Tal vez para poder aflojarse y llorar a gritos. No había modo de hacer más preguntas.

—¿Por qué se metió en ese *show*?

—Puce se disolvió. Willy tenía delirios de grandeza... quería convertirse en un artista total. En otro Tommy Steele. Ningún empresario importante le ofreció un contrato, pero la Universidad de Derby le ofreció un papel en su roñoso espectáculo. Supongo que lo vio como un peldaño en

su escalera hacia el *estrellato* —puso una infinidad de desprecio en esa última palabra.

—No creo.

—Tal vez hubo alguna otra razón. Mire, señor Paris...

—Disculpe. Ya me voy. Permítame hacerle otra vez la misma pregunta... ¿No hay nadie que usted recuerde, por más improbable que le parezca, que pueda haber sacado algún provecho con la muerte de su marido?

—Primero deje que yo le haga una pregunta... ¿Por qué está tan interesado en todo esto? No tiene nada que ver con usted.

—No, tiene razón, lo que pasa es que... yo estaba allí... lo vi... —se detuvo y volvió a probar—. Hay gente que se sentirá mejor cuando sepa la verdad. Y en Coates Gardens corren tantos chismes, se hacen tantas especulaciones... —mientras lo decía sabía que no era verdad. En realidad estaba sorprendido de que se hubiera hablado tan poco del asunto entre los estudiantes. Una vez calmado el revuelo inherente a la situación, todos se habían mostrado muy dispuestos a aceptar que había sido un accidente para poder volver a los ensayos del espectáculo que estaban montando—. No, lo siento, la verdad es que no puedo contestar a su pregunta.

—Bueno, yo contestaré a la suya. La única persona que podía beneficiarse con la muerte de Willy era su viuda, que escaparía de un matrimonio poco satisfactorio sin las molestias del divorcio. En otras palabras: la única persona con una razón válida soy yo —se rio—. Adiós, señor París.

Charles salió desconsolado a Meadow Lañe y echó una última mirada a la casa. Parecía mejor que las otras, las paredes y la chimenea repintadas, las tejas nuevas. Pero por dentro, ¿Jean Mariello estaría tan perfecta y controlada? ¿O acaso estaría llorando? Lo único que sabía era que ella no había sido la asesina, y que su sugerencia sobre los motivos para matarlo no era más que un vano desafío. No había estado en Edimburgo en el momento del crimen; además, durante el juego de la verdad Willy había especificado que la persona cuyo secreto había descubierto pertenecía al grupo de Derby.

Necesitaba ver a alguien. Probó el timbre de Anna cuando pasó por su departamento, pero eran un poco más de las 12:00 y no había razón para que estuviera allí.

Entró al bar de enfrente y pidió un *whisky*. Mientras bebía, todo ese asunto de jugar a los detectives le parecía cada vez más absurdo. Si por lo menos tuviera a alguien con quien hablar del caso. Tal vez algunos de los detectives importantes se manejaban solos, pensó al terminar su segundo *whisky* doble, pero en ese momento hubiera dado cualquier cosa por un doctor Watson sentado a su mesa.

Pero el doctor no apareció y Charles bebió demasiado. El *whisky* no le aclaraba mucho las ideas y se dedicó a mirar a su alrededor. Había varios empleados sentados en grupos, dándole la espalda y unos turistas norteamericanos que ocupaban una mesa ignorada por todos. Los turistas traídos por el festival no eran bienvenidos por los residentes. Charles trató de conseguir otra copa pero no logró atraer la atención de nadie. Una de las peores experiencias en la vida es ser invisible en un bar, y se sintió deprimido por primera vez desde su llegada.

La entrevista con Jean Mariello era la causa. Hasta ese momento estaba alegre, exultante después de pasar la noche con Anna. Pero Anna ya no estaba allí y la imagen se desvanecía en su memoria. Necesitaba una presencia concreta para volver a la realidad. Pero ella era tan esquiva como el doctor Watson.

Abandonó las tentativas de atraer la atención del barman y sus ojos se posaron en una cartelera en la que habían colocado algunos de los volantes que los entusiastas grupos teatrales repartían en los bares. Estaban sujetos por un broche metálico y el del Grupo de teatro de Oxford era el más visible. Era inevitable. Su cuartel general estaba frente al bar y llevaba ventaja en ese popular juego del paralelo que consistía en poner su volante arriba del de los demás.

Al lado del de Oxford había un volante que le resultaba familiar. Dios santo, era uno de aquellos «FIASCOS en el paralelo, Charles París en *Tantos chistes, tanta sangre*, estreno el lunes 19 de agosto a las 13:15». Sintió una necesidad de irse que rayaba casi en el pánico.

—Sí, señor, ¿qué le sirvo?

—Nada. Tengo que ensayar —la mirada sorprendida del barman lo siguió hasta que desapareció por la calle.

Una vez en la calle se dio cuenta de que había bebido demasiado para poder ensayar y comenzó a pisar con cuidado los empinados escalones que lo llevaban de regreso. La luz le pareció deslumbrante y creyó divisar más adelante la figura de Martin Warburton. Se apuró para alcanzarlo.

—¡Martin!

Pero la figura no se detuvo. Dio vuelta el final de las escaleras y Charles alcanzó a vislumbrar una barba y anteojos. No era Martin.

Se despertó alrededor de las 17:00 en su catre con una de las peores jaquecas que recordaba. El urgente horario de ensayo que se había propuesto se diluía con rapidez. Confió en que no lo hubieran visto muchos del grupo. Un tipo maduro durmiendo la mona a la tarde. Y roncando, sin duda. El sonido monótono del piano en el piso de arriba indicaba que estaban ensayando una revista. Ojalá Anna no lo hubiera visto.

Tal vez le haría bien una taza de café. Se arrastró hasta la cocina, donde la cocinera que trabajaba ese día, una chica grandota con rulos de tirabuzón, cortaba un poco del inevitable repollo.

—¿Adónde hay café?

—Allí, detrás de los copos de maíz.

—Ah, sí.

—Se lo prepararé...

Charles comenzó a sentarse en una silla al lado de la mesa.

—Gracias...

—... si me hace un favor.

—¿Qué?

—Vacíe eso, por favor.

«Eso» era un cubo enorme de basura —papeles, pelusas, colillas, restos de comida. Sintió el fondo desagradablemente húmedo contra sus manos. «Transportes Charles Paris. Amplificadores, basura... la distancia no es problema». Se las arregló para pasar el cubo por la puerta de la cocina y se abrió camino hasta los tachos de basura.

En uno de ellos todavía había sitio y apoyó la caja en el borde para dejar que el contenido se deslizara adentro.

Al volcarlo, vio que alrededor del tacho se desparramaron pedacitos de papel. Empujó la pila maloliente y se agachó para recogerlos. Algunos parecían pertenecer a un gran afiche fotográfico. Levantó un trozo.

WI
PU

Buscó entre los otros trozos de papel hasta encontrar el siguiente:

WILLY MARIELLO
PUCE

Era un afiche publicitario de Willy que alguien había roto en mil pedazos.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO CINCO

¡Qué afortunado es el corazón que tiene un amigo cuyo oído atento se presta a recibir esas penas demasiado grandes para soportar solo!, porque, como la cerveza cuando ha perdido su espuma vuelve a recuperar su cabeza burbujeante, así también la tristeza se vuelve alegría al ser volcada de un recipiente a otro.

La Señorita Kílmansegg y su Valiosa Pierna

DESDE LOS tiempos bíblicos han sido reconocidas las propiedades restauradoras de un joven cuerpo de mujer, y Charles se sintió mejor después de otra noche con Anna. Era sorprendente cómo lo afectaba. Era tierna y efectiva en la cama, pero eso no era todo. Había algo en la sinceridad de sus respuestas. Ninguna promesa de amor extravagante, ninguna pregunta sobre el futuro, sino la aceptación de que lo que estaba pasando era bueno. La mayoría de la gente revela sus debilidades en una relación íntima y se ama en su fracaso. Pero cuanto más se acercaba Charles a Anna, más completa e integrada le parecía. Y lo hacía sentir así a él también. No eran dos almas perdidas buscando apoyo desesperadamente, sino dos personas independientes que se complementaban.

El reloj los despertó a las 9:00. Charles acarició las caderas y besó la piel elástica de los pechos de Anna que sonrió beatíficamente.

—Tengo que levantarme.

—Es sábado.

—Para nosotros no hay fin de semana. La revista se estrena el lunes. Tenemos ensayo con los técnicos a las 10:00.

—Sí, la función debe continuar.

Anna se levantó y Charles curvó su cuerpo hacia arriba sobre codos y rodillas. Ella se detuvo en la puerta del baño y volvió a sonreír.

—Pareces un perro al que le han quitado el hueso.

—Sí, la verdad es que me hubiera gustado un poco más de carne. ¿No es eso lo que prolonga la vida afectiva?

—No necesitas preocuparte por eso —cerró la puerta del baño.

Charles sonrió satisfecho y habló por sobre el ruido del agua que corría.

—Oye, yo también tengo que ensayar bastante. ¿Puedo usar tu departamento? En Coates Gardens es muy difícil encontrar un lugar tranquilo.

Oyó tras el gorgoteo del baño un grito de aprobación.

—¿Cómo son los técnicos, Anna? Toda esa gente de luz y sonido... — Ella respondió que eran buenos y que había un buen curso en el Departamento de Teatro—. Espero que sea así. Lo único que me conceden es unas pocas horas de ensayo en el auditorio... domingo y lunes por la mañana.

La puerta del baño se abrió y Anna apareció desnuda y con el pelo húmedo.

—Pobrecito... eso no es justo, ¿no? —y atravesó el cuarto en busca de su ropa que estaba en la silla.

Charles la agarró de un tobillo y Anna se cayó sobre la cama.

—Tengo que ir a ensayar, Charles.

—Ensaya y serás una gran estrella.

—Sí que lo seré.

—Pero hasta las estrellas disponen de cinco minutos.

El ensayo también funcionó. Con un lugar donde poder trabajar a solas, Charles podía concentrarse y desarrollar las sutilezas de su trabajo. Estaba muy bien organizado. Primero un repaso completo y posteriormente análisis línea por línea de lo que había ido mal. Una vez realizadas las mejoras en algunos puntos, nueva lectura en tono general monótono. Un trabajo más detallado y al final un resultado del que no se avergonzaría ante Ja

audiencia. «Hay muchas cosas buenas en el festival de Edimburgo, pero la mejor es *Tantos chistes, Tanta sangre* con Charles París». Qué tontería que a pesar de su experiencia y cinismo dejara todavía volar su mente buscando que las fantasías del éxito lo llenaran de una deliciosa excitación.

Al salir después del ensayo comprobó que los bares estaban cerrados y se sintió virtuoso. Lo que necesitaba era una caminata a buen paso. Entró en un café, compró un par de bollos con jamón, y comenzó a trepar hacia el castillo.

La explanada estaba cubierta de asientos listos para la banda militar. La cabeza de una estatua y la punta de un obelisco aparecían por sobre las disciplinadas filas cubiertas por una absurda lona verde. El castillo seguía siendo impresionante a sus ojos mientras subía por la suave pendiente hasta la verja donde estaba el escudo heráldico. «*Nemo me impune lacessit*». La traducción le vino a la mente con el acento de un malviviente de Glasgow... «Nadie me provoca y se sale con la suya».

Era como un peregrinaje; cada vez que iba a Edimburgo tenía que ir al castillo, trepar a Mons Meg, tal vez echar una mirada a la capilla de St. Margaret. Y al llegar allí apoyarse en las murallas y contemplar la ciudad allí abajo, con sus grises mezclándose a los verdes distantes que se perdían en el reflejo de Firth o Forth.

Era un día claro, luminoso, tenía una chica preciosa y estaba seguro de su *show*. Sin embargo...

Sin embargo se sentía intranquilo por el asesinato de Willy Mariello. Cada vez que trataba de alejarlo de su mente volvía a ver el miedo en esos ojos marrones y sabía que los placeres que le proporcionaba Edimburgo solo podían alejar su intranquilidad por un tiempo. No tendría paz hasta no saber la verdad.

Lo que había descubierto hasta ese momento no era mucho. Todavía existían esos cuarenta sospechosos que podían haber cambiado el cuchillo. De todos ellos dos habían tenido mayores oportunidades de orquestar el asesinato; Martin Warburton y Pam Northcliffe. Martin había dado el golpe fatal y era un tipo de carácter inestable con una extraña obsesión por la violencia. Pero era demasiado obvio, y Charles entendía, hasta sentía una

cierta afinidad con la mente atormentada del joven. No podía pensar que fuera un asesino.

Lo mismo se aplicaba a Pam Northcliffe. Sin embargo ella había fabricado el arma del crimen y en su comportamiento también había algunas cosas extrañas. Tenía la fuerte sospecha de que era la autora de la rotura del afiche. Los pedazos que había encontrado pertenecían a una bolsa llena de recortes de papel crêpe que Pam usaba para sus trabajos de utilería. Nadie se lo había dicho, pero estaba bastante seguro de que esa chica escondía algo.

Pero no un asesinato. ¿Por qué no? Porque a Charles Paris le gustaba esa chica. Y también a Martin. Era un juicio subjetivo, emocional, imposible. Tenía el típico prejuicio burgués de que los asesinos siempre son gente desagradable. Cuando en realidad son gente agradable, común, que se mete en situaciones extremas para las cuales no encuentra otra salida.

Otra vez deseaba con desesperación hablar con alguien de sus sospechas. Alguien frío y objetivo. No Anna. Ella pertenecía al grupo de los estudiantes y además no quería que el asesinato se entrometiera en su relación. Pero siempre estaba Gerald.

Gerald Venables era un abogado con una atracción casi infantil por los aspectos románticos de una investigación. Charles ya había recurrido a él a principios de año para que lo ayudara en el caso de Marius Steen, y cuando ese misterio fue resuelto, Gerald insistió en ser incluido en cualquier aventura futura de investigación criminal. Esta parecía su oportunidad.

—Hola, Gerald.

—¿Quién habla? ¿Charles?

—Sí. Creo que tengo otro caso.

—¿De veras? —la voz de Gerald sonaba excitada—. ¿Dónde?

—En Edimburgo. Te costará caro.

—No te preocupes, tengo un montón de clientes escoceses. Pondré los gastos en algunas de sus cuentas. ¿De qué se trata?

—Asesinato.

—Fantástico. ¿Aguantará?

—¿Cómo?

—Si aguantará unos días. Tengo que ir a Cannes con un cliente este fin de semana.

—¿Por trabajo?

—Pues lo pondré en su cuenta, pero no pienso hacer nada.

—¿Cuándo vuelves?

—Tal vez el miércoles.

—¡Qué fin de semana!

—Es una lástima tener que apurarlo.

—Umm... —el miércoles parecía tan lejos. Charles necesitaba hablar con alguien en ese momento.

—Y el próximo fin de semana —continuó Gerald— llevo a la familia a nuestra casa de Córcega por un mes.

—¿Nada más que un mes?

—Sí, después tengo que volver a trabajar —respondió Gerald con tono piadoso, sin pescar el sarcasmo.

—¿Así que solo estarías un par de días de la semana próxima?

—Tal vez. Para ese entonces el caso no estará resuelto, ¿no?

—No, no creo —la depresión se apoderó de Charles al pensar en que era muy probable que fuera así—. Si todavía queda algo por investigar te llamaré cuando vuelvas. Está bien. De acuerdo. Buen fin de semana.

Era inútil decirle a Gerald que no tenía sentido que viniera por dos días. En fin, otra buena idea que se iba.

—Ah, es usted, Charles —James Milne estaba parado al pie de la escalera—. Estaba pensando en quién estaría usando el teléfono. Es una extensión del mío. Pronto lo van a desconectar y estaba metido en un armario para que nadie lo usara.

—Lo siento. Estaba en el piso cuando entré.

—No se preocupe. Alguno de los de Derby lo debe haber encontrado. ¿Cómo anda Thomas Hood?

—Perfectamente.

—Bien, bien —el Lord estaba parado con un pie en el escalón, como un grabado antiguo. Su figura robusta vestía un traje de *tweed* color bizcocho y un saco de Norfolk—. ¿No quiere tomar una taza de té?

La cara de Charles se distendió en una amplia sonrisa.

—Doctor Watson.

—¿Cómo?

Mientras tomaba una taza de té Earl Grey y saboreaba una galletita bañada en chocolate, Charles le contó al Lord sus sospechas y los magros progresos de su investigación.

James Milne lo miró en silencio.

—Qué idea extraordinaria. ¿Qué es lo que quiere que haga? ¿Que trepe a los techos con armas de fuego en busca de villanos barbudos? No creo que sea mi estilo. A veces trataba de cazar merodeadores en la propiedad de mi madre en Glengloan, pero no soy lo que se dice un detective.

—Mire, lo único que quiero es que aplique su mente al problema. Quiero escuchar lo que opina. Conoce a la mayoría de la gente que está envuelta en ese asunto y ya sabe, dos cabezas son mejores que una. Yo solo no llegaré a nada y mis sospechas andan dando vueltas en círculo... Quiero que sea como una caja de resonancia para mis ideas.

—Umm, creo que una mesa de tres patas para conectarnos con Willy Mariello sería más útil.

—Tal vez tenga razón. ¿Cuál es su respuesta?

—Bien, Charles, estoy dispuesto a ayudarlo en lo que usted considere necesario, pero debo decirle desde ahora que no comparto su opinión de que se ha cometido un crimen. Por lo que he oído me parece más un desafortunado accidente. ¿Por qué está tan seguro de que fue un asesinato?

Charles tuvo que caer otra vez en su débil «Instinto».

—«El instinto es una gran cosa, yo fui cobarde por instinto». Umm. Mi viejo Falstaff. Instinto. ¿La policía comparte su instinto?

—No creo que lo hagan.

—¿No creen entonces que haya sido un asesinato?

—No, aunque no lo sabremos hasta que no hayan terminado su investigación.

—Umm. Bien.

—¿Por qué bien?

—Pues, porque cuando nuestras investigaciones lleguen a su dramático desenlace, estaremos seguros de que el Inspector Piesplanos del Yard no nos va a pelear la delantera.

—¿Eso significa que está de acuerdo conmigo?

—Sí, seré su caja de resonancia. Puede llegar a ser divertido.

—Bien. Gracias.

El Lord recordó entonces sus días de profesor.

—¿Ha tomado notas del caso?

—No.

—Bueno, creo que debería —Charles contempló con sorpresa cómo su doctor Watson empezaba a organizarlo todo—. Papel, lapicera, un lápiz HB bien afilado. Y columnas. Una con el encabezamiento de «Sospechosos» y otra, «Motivos de sospecha». ¿Qué tenemos?

—Acabamos de verlo.

—No nos hará daño repasarlo. No hay nada tan efectivo para estimular la memoria y las asociaciones como anotar las cosas.

Charles se sintió de vuelta en primer grado. (Y por el estado en que se hallaban sus investigaciones, se imaginó en el rincón con un gran gorro de «Burro» en la cabeza). Pero le hizo caso a su nuevo socio e hicieron la lista.

No tardaron mucho. La columna de «Motivos de sospecha» no era muy convincente.

—En un cierto sentido —exclamó Charles— estamos empezando por el lado equivocado. Anotamos por qué sospechamos de cada uno mientras que deberíamos pensar desde su punto de vista, qué razones podía tener para asesinar a Willy.

—¿Así la lista sería más completa?

Charles tuvo que admitir que no.

—Lo que tenemos que hacer es descubrir quién estaba relacionado con Willy... ya fuera contacto emocional, artístico o financiero. Hasta ahora parece que el único tipo de Derby al que conocía bien es a un tal Sam Wasserman, que en este momento está recorriendo Europa.

—¿Esa es la única persona con la que puede conectar a Willy?

—Menos su mujer. Pero no puedo contarla porque no tiene nada que ver con el grupo. A menos que tenga un cómplice en Derby... Una amante tal vez o... —la falta de convicción en lo que estaba diciendo lo frenó—. No.

—¿Es la única persona de aquí con la que se le ocurre que puede tener contacto?

—Sí.

—Charles, Charles —el Lord sacudió la cabeza con compasión—. Hay alguien del que se ha olvidado.

—¿Sí?

—Sí. Y tiene toda la información necesaria para saber de quién se trata —lo miró para ver cómo reaccionaba y repitió—. Yo sé que la tiene.

De golpe Charles comprendió lo que quería decir.

—Por Dios. Sí. Usted. La casa.

—Exacto. Hay una relación financiera directa entre Willy Mariello y Yo. Compró mi casa. Creo que tengo que ponerme en su lista de sospechosos.

—Que tontería, Si usted fuera el asesino no me hubiera llamado la atención sobre su conexión con la víctima.

—Ay, Charles, puedo parecer una flor inocente, pero ser la serpiente que está debajo. No tiene que dejar de lado ninguna posibilidad. Ya puse mi nombre. Una declaración de intereses, como los liberales le siguen pidiendo al primer ministro. ¿Y usted?

—¿Yo?

—Su declaración de intereses. ¿Tenía algún motivo para asesinar a Willy Mariello?

Charles se rio.

—No, que yo sepa.

—Bien. Ahora sabemos dónde estamos parados —James Milne sonrió. Su seriedad lo había abandonado y parecía dispuesto a disfrutar del juego de detectives—. ¿Y qué me dice de los otros cuarenta?

—De veras, ¿qué? En teoría tendría que hablar con todos y descubrir si alguno conocía bien a Willy. Y también lo que hizo el fin de semana anterior a su muerte.

—Sí. ¿Y cuánto tiempo tiene para completar esta importante investigación?

—Mi espectáculo termina dentro de una semana.

—Umm. Temo que la falta de tiempo nos haga fracasar.

—Pues espero que no.

—Yo también. Pero tal vez tenga menos esperanza que usted, Charles.

—¿Por qué?

—Porque todavía no estoy convencido de que sea un caso de asesinato. Lo acompañaré en el viaje, pero no estoy seguro de la existencia de una meta.

El Lord iba a comer con unos amigos, así que Charles se despidió a eso de las 19:00. No estaba más cerca de la solución del crimen, pero al menos tenía un aliado. Y la mente ordenada de James Milne podía ser un complemento útil para sus caóticos métodos.

Al llegar al descanso del primer piso se detuvo. El piano había abandonado su repetición habitual y estaba tocando una canción. Una chica cantaba. No podía escuchar la letra, pero sí la pureza de esa voz un poco ronca. Anna. Sintió fuertes deseos de entrar a la habitación con cualquier pretexto solo para verla. Pero no. Habían quedado en mantener su relación en secreto. A Charles no lo seducía en lo más mínimo la idea de soportar los chismes y bromas de cuarenta estudiantes.

No. Todavía tenía la llave del departamento. Iría allí a esperarla y continuar su cura de rejuvenecimiento más tarde.

En el piso de abajo la única señal de presencia humana era un par de medias viejas, hediendo como un gas malsano en el dormitorio. Charles estaba a punto de ir en busca de un bar para pasar el tiempo cuando sintió un ruido que provenía del sótano. Bajó las escaleras hacia la claridad del *living*.

Michael Vanderzee estaba despatarrado en el sofá con un vaso en una mano y media botella de *whisky* en la otra. Observó entre nubes la llegada de Charles.

—No sabía que hubiera alguien en la casa. Creí que todos habían volado.

—Estaba tomando una copa con el Lord.

—Ah, ese viejo marica —exclamó Michael sin mucha gracia.

Charles no se molestó en discutir el insulto gratuito, pero al pensarlo le pareció inadecuado. Nunca había pensado en las tendencias sexuales de James Milne, pero ahora que lo hacía, *neutro* le parecía la mejor definición.

Sin embargo Michael no estaba tratando de ahuyentar a Charles. Al contrario, parecía encantado de tener un testigo de su borrachera solitaria y su autocompasión.

—Charles París, podrá trabajar en el teatro comercial de mierda, pero por lo menos es un profesional —la bebida marcaba su acento holandés al pronunciar el irónico cumplido—. En este lugar estoy rodeado de malditos aficionados. Es una situación imposible para lograr un trabajo creativo. No se puede crear con aficionados.

Charles gruñó su simpatía y se sentó en una silla al revés.

—Tome un trago —ofreció Michael, sintiendo que tenía que agasajar de algún modo a su audiencia—. En la mesa hay un jarro.

El jarro estaba cascado y no tenía asa, pero el *whisky* era bueno. Cuando vio que Charles estaba cómodo, Michael comenzó a hablar.

—No, no tendría que haber aceptado este trabajo. Los aficionados no tienen un concepto claro del teatro. Mírelos. Esta noche tendría que haber estado trabajando, improvisando, creando algo. ¿Y qué sucede? La mitad de mi elenco está ensayando una asquerosa revista, la otra mitad está representando alguna porquería de Shakespeare y los demás no están interesados...

—No se olvide de los que se dejan acuchillar...

—Exacto —asintió con vigor—. Aunque ese no me servía de mucho más cuando estaba vivo.

—¿Qué quiere decir?

—Nunca venía a los malditos ensayos. No participaba en los ejercicios de concentración ni en las clases de movimiento, en nada. ¿Cómo se puede lograr algo con gente así? De todas maneras no tenía talento.

—Entonces, ¿por qué lo puso en la obra?

—Yo no lo puse. Me ofrecieron este trabajo...

—¿Así que no tiene nada que ver con la Universidad?

—Por Dios, no —Michael se sintió muy ofendido.

Soy un director profesional. Me contrataron para que le diera algo de profesionalismo a la producción. Y después, como los malditos aficionados que son, no me dan suficiente tiempo para montarla como se debe. Todo el

mundo se va a ensayar otra cosa. ¿Sabe cuánto se tarda en formar un elenco?

—¿Unos cuatro años?

—Bueno, por lo menos cuatro semanas, Pero cuatro semanas de trabajo. No cuatro semanas haciendo revistas burguesas y Shakespeare para la clase media.

—No, por supuesto que no. Me estaba contando cómo entró Willy Mariello en la obra...

—Ah, sí, tomé el trabajo. Fui a Derby a elegir la gente. Y allí me dijeron que Willy estaba haciendo la música y que, como Rizzio era un guitarrista y cantaba un par de canciones, bueno, que también haría ese papel.

—¿Quién se lo dijo?

—Sam Wasserman, el tipo que escribió esta asquerosa obra.

—¿Es asquerosa?

—Sí, pero no importa.

—¿Por qué?

—Mi estilo como director no necesita de una buena obra. A decir verdad la obra puede estorbar. Es solo un punto de partida de donde emerge la totalidad... el hierro que cae en el ácido y produce un cristal perfecto —agregó esa última imagen con gran satisfacción, sin tener en cuenta su dudosa veracidad química. Miró a Charles con pena y algo de desprecio—. Supongo que usted todavía piensa que una obra debe tener libreto.

Charles sonrió con aire contrito. No pensaba arruinar la charla con esa complaciente fuente de información.

—Sí, en ese punto soy un poco anticuado. Pienso que Sam Wasserman también debe considerar importante el libreto.

—Tal vez.

—Parece un tipo interesante. Me gustaría conocerlo.

Michael emitió una carcajada que podía significar cualquier cosa.

—Pronto tendrá la oportunidad. Viene a Edimburgo.

—¿Para el estreno, en la tercera semana?

—Supongo que antes. Le hemos estado mandando telegramas por toda Europa. Va a venir a cubrir el papel de Rizzio.

—¿De veras? —eso era muy interesante—. ¿Él también toca la guitarra?

—Sí. El mismo iba a hacer la música para la obra hasta que trajeron a Willy.

—Ah —eso también era interesante—. Así que todo vuelve a donde empezó.

—Eso creo. ¿Otro trago?

Charles acercó su jarro y Michael le sirvió el *whisky* a borbotones. Trató con desesperación de hablar en forma casual.

—¿Qué pensaba de Willy Mariello?

—Era un bastardo inútil y egoísta. Arruinaba mi producción. A mi modo de ver su muerte fue lo mejor que pudo haber pasado.

Era una declaración de odio tan directa que Charles se sintió inclinado a no tomarla en cuenta. Un asesino se cuidaría más... A menos que fuera una elaborada treta... Dios. Cuanto más se metía en el asunto menos seguro estaba. Seguir escarbando. Tratar de descubrir más cosas. Le impuso a su voz el mismo tono relajado.

—¿Ensayaron este último fin de semana?

—Por supuesto. Ensayo cada vez que puedo juntar al grupo. Estoy tratando de crear algo, ¿sabe?

—Claro. ¿Así que Willy ensayó todo el fin de semana?

—No. Ese es un buen ejemplo de lo que quiero decir. Ensayó el sábado con su habitual desgano. El domingo... ni señales. El lunes no estuvo y me puse tan furioso que interrumpí el ensayo y fui hasta su casa para arrastrarlo a la fuerza si era necesario.

—¿Estaba allí?

—Oh, sí. Allí estaba. Decorando su casa con absoluta tranquilidad. Polvo por todos lados, pinceles, esas cosas.

—¿Logró traerlo al ensayo?

—Sí, hasta media tarde. En cuanto hicimos una pausa volvió a desaparecer.

—Umm. Tal vez quisiera seguir decorando.

—Sí. O seguir con la chica.

—¿Una chica?

—Sí. Cuando lo encontré el lunes a la mañana le dijo «adiós» a alguien que estaba arriba.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO SEIS

*Adentro van —en chaquetas y capas,
plumas y sombreros, turbantes y tocas,
como si fueran al Congreso de las Naciones:
griegos y malayos, con dagas y puñales,
chinos, judíos, turcos y españoles—.
Algunos como originales obras extranjeras,
pero la mayoría como malas traducciones.*

La Señorita Kilmansegg y su Valiosa Pierna

EL SÁBADO 19 de agosto Edimburgo estaba empezando a sentir la atmósfera previa al festival. De la noche a la mañana la ciudad se llenó de turistas... amantes de la música paseando con sus trajes de *tweed*, norteamericanos ansiosos cargados de mochilas y guías, franceses y japoneses atraídos por el doble juego de la cultura y las prendas Marks & Spencer. Los residentes que no habían escapado tomándose vacaciones tenían cara de resignación y trataban de ignorar la visión de sus calles llenas de turistas ambulantes, de sus noches perturbadas por el regreso de los espectadores de teatro y de las distintas gaitas y tambores de la banda militar.

El domingo era la inauguración oficial. Según el folleto del festival: «El Veintiochoavo festival de Edimburgo se inaugurará con un servicio de acción de gracias en la Catedral de St. Giles el domingo 18 de agosto a las 15:00 horas. A las 21:45 partirán de la explanada del castillo los portadores de antorchas que encenderán el fuego en Arthur Seat».

En la mañana del domingo los portadores de antorchas culturales de Edimburgo soplaron con entusiasmo las brasas de lo que en muchos casos resultó ser material incombustible. Los grupos experimentales y universitarios se dieron cuenta de que su tiempo de ensayo se estaba acabando y se apresuraron aún más para justificar las extravagantes pretensiones de su publicidad. Había ensayos de vestuario de por lo menos una docena de «las revistas más graciosas del paralelo», unas veinte «obras revolucionarias» y tres o cuatro «nuevos conceptos artísticos que derribarán las barreras convencionales de la cultura». Si todas esas ambiciones se cumplían, el teatro inglés jamás volvería a ser el mismo.

En el Auditorio Masón de la calle Lauriston, Charles París estaba tratando de obtener logros más humildes con bastante dificultad. El técnico de luces que le habían adjudicado era un joven gordo y altanero vestido con unos vaqueros desteñidos y tan sucios que ya tenían color barro. Lo llamaban Enchufe y a Charles le resultaba muy difícil dirigirse a alguien con ese nombre.

Había dejado en claro que en consideración de las tremendas demandas del creativo teatro de aficionados, no iba a quedar mucho tiempo o esfuerzo para Charles, un simple profesional.

—Umm... ¿«Enchufe»? —exclamó explorando el terreno—. Me pregunto cuáles serán las posibilidades de mover el proyector trasero. Si se queda allí, va a tapar las diapositivas.

—Eso significa que también hay que mover la pantalla —gruñó Enchufe con tono acusador.

—Sí, así es.

—No se puede. No tengo los tomas para los alargadores.

—¿No puede conseguirlos?

—No creo.

Charles tragó su rabia. Era difícil tratar con aficionados. Entre profesionales no hubiera habido problemas; una buena reprimenda al muchacho, justificada porque no estaba brindando un servicio por el que se le pagaba. Pero los aficionados tienen que contar con la buena voluntad de los demás, y en este caso era bastante pobre.

Así que apretó los dientes y se hizo el estúpido, alabando descaradamente las habilidades técnicas de Enchufe, hasta que obtuvo lo que necesitaba como una demostración de «eficiencia y destreza» del joven. Era importante porque Charles se había tomado el considerable trabajo de hacer diapositivas de los grabados de Hood. Originalmente estaban impresos junto con los poemas y el crudo humor de los dibujos prolongaba su efecto. En una función unipersonal era esencial darle a la audiencia la mayor cantidad de estímulos posibles.

Con la simple aplicación de la psicología infantil consiguió que moviera el proyector y la pantalla y pudo comenzar a trabajar. No era fácil, pero con solo dos puntos de la escena en uso, el plan de iluminación era simple. Solo que Enchufe se negaba a ensayar cada punto por separado, alegando que lo haría cuando Charles representara el espectáculo completo. Incluso entonces, a pesar del libreto bien marcado que Charles le había facilitado, se equivocó una y otra vez con los efectos.

El único beneficio que obtuvo con la representación fue asegurarse de su conocimiento del libreto, ya que cada vez que se movía hacia la mesa o el atril, se hallaba imposibilitado de ver el texto por la total oscuridad que reinaba. Varias veces al volverse a la pantalla se había confrontado con una diapositiva equivocada.

Fue también útil como ejercicio de concentración. En la oscuridad, más allá del escenario, había gente que iba y venía. Enchufe los saludaba en voz alta y mantenía con ellos conversaciones superficiales a todo volumen. Charles era tan ignorado como una televisión en el rincón de un cuarto.

El *show* llegó a su fin a pesar de los tropiezos. Cuando se paró delante del atril para leer las *Stanzas* finales, «¡Adiós, Vida! Mis sentidos flotan...» se sorprendió al ver que la luz estaba donde debía. Había tomado toda la representación obtener que algo saliera bien, pero eso al menos le daba algo de esperanzas. Se sintió alentado y puso más emoción en el poema. Estaba llegando al final dispuesto a comenzar con la cadencia moribunda que pensaba darle.

«Sobre la tierra todo florece
la luz del sol ahuyenta las tinieblas,

y un cálido perfume, la fría bruma».

Y antes de llegar a: «Sobre el moho huelo la rosa», la pausa era larga y dramática.

Demasiado larga. Demasiado dramática. Enchufe apagó las luces antes de que pudiera decir esas líneas. Charles perdió la paciencia.

—¡Por Dios!

—¿Qué pasa? —gruñó Enchufe desde la oscuridad.

—No es el final. Hay otra línea.

Enchufe no pareció muy afectado. Volvió a encender.

—No importa.

—Y luego, después de la última línea, se supone que viene una pausa de tres segundos y cinco segundos más en los que disminuyen las luces hasta quedar todo negro.

—Ah.

—En el libreto está bien claro.

—Sí.

Charles decidió demostrar lo que sentía.

—Fue pésimo.

Enchufe asintió con aire comprensivo, sin darse cuenta de que el comentario se refería a él.

—Umm. A lo mejor necesita ensayar un poco más.

—Me parece que el que necesita más ensayo es usted. Hizo todo mal.

El silencio de Enchufe le hizo ver que se consideraba atacado injustamente.

—Así que volvamos a repasar cada punto y luego el espectáculo completo.

—No vale la pena.

—¿Por qué? Mañana es el estreno.

—Sí, pero yo no me voy a ocupar de las luces. Estoy aquí nada más que para el ensayo.

Charles, irritado, se dirigió al gerente para averiguar qué ocurriría con las luces durante su espectáculo, pero Brian Cassells le afirmó que confiaba

en que todo saldría bien. No quedó muy convencido ante esa falsa confianza que ya lo enervaba.

—De paso, Charles, ¿va a la recepción que ofrece el paralelo?

—¿Qué es eso?

—A las 5:00. En el Centro Royal Mile. Una especie de lanzamiento. Van a ir los de la prensa.

—Entonces estaré allí —tenía que aprovechar cualquier oportunidad para obtener publicidad. No era muy optimista con respecto a la audiencia que pudiera atraer el afiche del «Fiasco».

Como los bares no estaban abiertos los domingos, almorzó repollo con el resto del grupo. Se habló nada más que de las obras que se iban a presentar. La muerte de Willy Mariello estaba casi olvidada. Miró a su alrededor y no vio a Anna. De pronto deseó que estuviera allí o estar con ella en alguna parte para mantenerse a salvo de la depresión.

El estridente grupo bromeaba y se pavoneaba. Charles se sintió viejo y envidioso. La escala de valores de ellos era tan simple. Lo que estaban haciendo en el paralelo era lo más importante en el mundo; punto. Sus espectáculos ocupaban todos sus pensamientos y energías.

Excepto por una persona; el asesino. Él (o ella) debía de estar sintiendo remordimientos o ansiedad, o algo. Pero los que estaban almorzando no mostraban ninguna señal de tener la conciencia sucia. Todo era entusiasmo y alegría. Pam Northcliffe estaba en un extremo de la mesa, tan contenta e hilarante como el resto. La excitación general había reemplazado al mal humor de principios de semana.

Martin Warburton no estaba. Charles se preguntó si en caso de estar allí compartiría la alegría del grupo. Todavía tenía que descubrir muchas cosas sobre Martin Warburton. Esa tarde podía ser una buena ocasión para leer *¿Ahora Quién?*... esa «nueva y perturbadora obra».

Era perturbadora. El lenguaje era adecuado, había una cierta idea de estructura, pero el contenido daba miedo. Tal como implicaba su título, abundaban los problemas de identidad. Ninguno de los personajes tenía una personalidad definida; eran camaleones, que tomaban el color de las diferentes formas de la violencia. Los monólogos dejaban entrever un vago

mensaje político de izquierda y su tema central decía que cuando viniera la revolución la burguesía sería destruida. Pero lo perturbador era la forma en que esto sucedería. Abundaban imágenes de bombardeos, palizas secretas y fusilamientos. La sangre surgía todo el tiempo, los huesos se quebraban, los cuerpos se retorcían y las entrañas estallaban. Tanta sangre...

En circunstancias normales Charles lo hubiera atribuido a excesos del autor. Algunas de las extensas metáforas hasta le recordaban sus propios excesos literarios de la adolescencia, pero aun así, aun pensando en la insensible ignorancia de un joven frente a la muerte, había algo obsesivo en esa obra. Una mórbida preocupación por la violencia desbalanceaba el talento natural del escritor.

Y se volvía ominosa ante la muerte de Willy Mariello.

Alrededor de las 16:30 Martin Warburton hizo su aparición en el dormitorio de los hombres. Parecía apurado, solo había ido a buscar algo en su valija. Charles estaba acostado en el catre repasando *Tantos chistes*,...

—Ah, Martin, leí su obra.

—Ah —parecía molesto.

—Me gustaría discutirla con usted.

—Ah.

—¿Podría ser ahora? Si va a la recepción podemos charlar por el camino.

—No voy a la recepción. —Martin dudó. Estaba improvisando—. Tengo que encontrarme con alguien en... umm... Dean Village.

—Bueno, entonces será en otro momento.

—Sí.

Charles salió con algunos del elenco de *María* en dirección al Centro de Royal Mile. Cuando estaban por cruzar la calle Princes para ir al Mound, se dio cuenta de que no había traído ninguno de sus volantes. Hasta un programa ofreciendo uno de los «fiascos del paralelo» era mejor que nada. Seguramente Brian Cassells también los habría olvidado. Era una tarde calurosa, así que no lo hizo muy feliz tener que volver.

Estaba esperando que cambiara el semáforo para cruzar la calle Charlotte cuando vio a Martin Warburton en la vereda de enfrente,

caminando con decisión por Lothian Road. En dirección opuesta a Dean Village.

Charles no lo pensó dos veces, cruzó la calle y lo siguió. Estaba a unos cincuenta metros de su presa y a su alrededor circulaban tantos turistas que su persecución pasaba inadvertida. Mantuvo la vista fija en la tela azul que tenía adelante.

Martin dobló a la izquierda por la terraza que bordea las rocas del castillo, luego cruzó la calle Spittal y subió hacia Lauriston Place. Tal vez se dirigía al auditorio. La escena del crimen. Esa tarde no había ensayos porque todos iban a la recepción. O a lo mejor Martin se dirigía a la casa de Mariello en Meadow Lañe. Charles sintió un cosquilleo de excitación.

En esta parte de la ciudad vieja había menos gente, así que redujo el paso. No quería que Martin lo viese si se detenía de golpe.

Pero el muchacho no se detuvo. La tela azul de sus *jeans* continuó su balanceo. Pasó el auditorio sin vacilar. Pasó Meadow Lañe. Pasó el hospital sin mirar ni a derecha ni a izquierda. Charles empezaba a sentir la larga caminata.

Y continuó. Pasó de largo por una sala de la Universidad con un banderín en el que anunciaban a Russel Hunter en *Knox*. Siguió hasta la plaza Nicholson y de pronto dobló a la derecha, a lo largo del ancho pavimento de la calle Nicholson. Martin todavía mantenía su paso parejo, preocupado, mientras que Charles alternaba el ritmo rápido con el más tranquilo para no ser advertido.

Todo este asunto no tenía mucho sentido. En realidad Charles no podía saber por qué lo hacía; haberse metido en ese peligroso juego de policías y ladrones cuando debería estar en la recepción consiguiendo algo de publicidad. Tal vez Martin estaba dando un simple paseo. Algo inocuo. Algo...

Martin había desaparecido. Charles se vio arrancado de su ensoñación. Se hallaba en medio de una fila de tiendas. No podía haber doblado por una calle lateral.

Charles caminó con cuidado hacia donde había visto a Martin por última vez. Era domingo y todas las tiendas estaban cerradas. Sus frentes estaban separados por puertas que llevaban a los departamentos de arriba.

Charles empujó despacio una de las más cercanas al lugar de la desaparición de Martin.

Era una puerta pesada pero se abrió. El *hall* era oscuro y frío. Un corralito, una bicicleta. Una escalera de piedra con baranda de metal. Y en la parte de arriba de la puerta una pesada cadena que formaba parte de algún anticuado sistema para poder abrirla desde los departamentos.

Un *hall* común, en un edificio común. No podía meterse en un departamento privado a la hora del té en una tarde de domingo. De todas maneras, ¿qué buscaba? Volvió a la calle.

Los nombres en los timbres no le dijeron nada. McHarg, Stewart, Grant, Wilson. Esperó unos cinco minutos, aparentando estar interesado en una exhibición de Pyrex polvorientos de una tienda vecina. Martin no volvió a aparecer. Ya eran más de las 17:30 por lo que Charles decidió dirigirse al Centro de Royal Mile.

En la entrada le pidieron que se identificara.

—Charles París.

—Su nombre no. ¿Con quién está?

—Ah, con la Sociedad Teatral de la Universidad de Derby.

El resultado fue que entró en el salón de arriba con una tarjeta roja que decía: D. U. D. S. No parecía una propaganda muy efectiva.

Le costó entrar; estaba tan lleno que tuvo que meter primero un hombro y después otro y retorcer el cuerpo hasta introducirse. Algunas personas tenían vasos en la mano. Un instinto infalible le llevó a las fuentes y se deslizó y acercó a una larga mesa.

La bebida era un vino rosado con un mínimo contenido alcohólico. Charles miró a la multitud. Una manga de langostas culturales zumbaba ruidosamente mientras daba vueltas en tomo a las tarjetas rojas con los nombres de diarios, radios o estaciones de televisión.

Todos tenían una. *Radio Clyde* se balanceaba entre los pechos robustos de una joven reportera. *Bradford* yacía sobre una cota de malla que servía para publicitar la obra *La Búsqueda*. La *BBC* se posaba sobre un mohair muy bien cortado. *Nottingham* colgaba de una remera sucia.

Y todos hablaban de teatro a los gritos. Charles no tenía más que quedarse parado allí para convertirse en un paplero para volantes y programas. Maldijo mentalmente por haber seguido a Martin sin ocuparse de su propia publicidad.

Un fugaz vistazo a los placeres culturales que ofrecía el festival le demostró que no había mucho que quisiera ver, pero por lo menos era variado. *Estaba Problema 32* por el teatro Framework —«tres jóvenes diseñadores en una hora de teatro a su manera»—. París Pandemónium ofrecía *Caos*, una Comedia «Collage». Bajo el intrigante título de *Charlotte Brontë y sus escoceses*, Accolade estaba presentando «una deducción psicológica de sus relaciones con los hombres en sus últimos años» (precios reducidos para estudiantes y jubilados). O Birkenhead Dada con: *Clamamos por la muerte de Salvador Dalí* «escándalo, poemas y perversiones; ataques personales imperdonables, nuevos niveles de mal gusto».

En otras palabras, el paralelo estaba como de costumbre. Pero con menos convicción. Charles recordaba los impetuosos días de fines de la década del cincuenta y principios de la del sesenta, cuando Edimburgo era la única válvula de escape que tenía el teatro experimental en Inglaterra. La reciente proliferación de teatritos en Londres y otras ciudades importantes le habían quitado esa posición privilegiada. Así el paralelo de Edimburgo cada vez parecía menos importante, menos experimental. Demasiados grupos universitarios presentando versiones de fin de curso de los clásicos en lugar de buscar ideas nuevas.

—No hay mucho para ver, ¿no, Charles?

Levantó la vista y reconoció a uno de los críticos del *Guardian*.

—Estaba pensando exactamente lo mismo. ¿Cuánto hace que estás aquí?

—Una semana. Una semana buscando diamantes en la arena sucia. Lo más probable es que no existan.

—¿Pero qué estás haciendo tú aquí?

—Mi espectáculo sobre Thomas Hood: *Tantos chistes, Tanta Sangre*.

—Me gustaría verlo. Lo hiciste en York, ¿no?

—Sí.

—Me lo perdí allí. Pero no he visto mucha publicidad.

—No, está un poco flojo. Un arreglo de último momento.

—Bueno, dame los detalles —el crítico los escribió en la parte de atrás de un folleto del Teatro de Virginia, EE. UU., que tenía un aspecto muy deprimente—. Perfecto. Nos vemos.

—Haz correr la voz entre tus colegas. O rivales.

—Lo haré, Charles —el crítico se abrió paso entre la muchedumbre.

Podía valer la pena. Pero hubiera tenido que traer sus volantes. Su propia hoja impresa tenía más posibilidades de supervivencia que unas anotaciones en la parte de atrás del volante de algún otro.

Cada vez había más gente. En el otro extremo de la habitación avistó el rostro de Anna. Hablaba con entusiasmo, rodeada de un montón de periodistas. Sintió un pinchazo de celos, el deseo de acercarse y reclamarla. Pero no, ella tenía razón al mantener oculta su relación. Más tarde estarían juntos. Ese pensamiento lo hizo sentir bien.

—Hola —Pam Northcliffe se abrió paso entre un vestido de terciopelo verde y una cota de malla hecha con trapo rejilla para lograr acercarse. Estaba acalorada y sin aliento. Charles llenó el vaso vacío que traía en la mano con una jarra que había en la mesa—. Dios —tomó un trago—. Unas cuantas personas, ¿eh?

—Algunas. ¿Cómo estás?

—Medio borracha —se rio por la audacia de su vocabulario. Charles estaba sorprendido. Sentía que podía atiborrarse de ese fluido rosa durante un año y ni siquiera mover la aguja del detector de alcohol más sensible. Sin embargo Pam declaraba estar borracha y se la veía más relajada y más indulgente con respecto a lo que pensaba de sus condiscípulos. En sus observaciones aparecía un humor malicioso y en ciertos momentos hasta se volvía atractiva.

Charles decidió no desaprovechar ese estado de ánimo. La multitud empezaba a ralear, pero él no quena perder a Pam.

—¿Estás ensayando?

—No, a las 19:30 van a dar *Sueño*... un ensayo general. Y tengo que ocuparme de la utilería de la revista de las 23:00... si estoy sobria.

—Vamos a tomar una copa. Eso te pondrá sobria. Pam dejó escapar una risita.

—Los domingos está todo cerrado.

—Podemos ir al Traverse.

El Club de Teatro Traverse se había mudado desde que Charles estuviera allí en 1968 representando una extraña obra de Dürrenmatt. Pero encontró el nuevo local y logró demostrar su condición de socio. (La chica de la boletería desconfiaba, hasta que él le explicó cuál era su currículum como actor genuino y amante de la cultura. Demasiada gente trataba de entrar al club por sus cómodos horarios de bar más que por sus méritos teatrales).

Todo el contingente del Centro de Roy al Mile parecía haberse trasladado al bar del Traverse, pero el sitio era más amplio y Charles y Pam encontraron una mesa redonda donde sentarse. Charles logró abrirse paso hasta la barra y volvió con dos vasos de vino tinto como trofeo.

—Salud, Pam.

—Salud —tomó un largo trago y después lo miró—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por traerme aquí.

—Por favor.

—No, de veras, es muy amable de tu parte. Sé que lo haces porque me tienes compasión.

—Bien, yo... —estaba molesto. No lo había hecho por esa razón, pero sus verdaderos motivos tampoco eran muy santos—. ¿Qué quieres decir?

—Que eres muy amable al tratar de sacarme de mi encierro. Te lo agradezco —hablaba sin rencor—. Sé que no soy muy atractiva.

Charles se rio incómodo.

—Vamos, ¿qué tiene eso que ver? Me refiero a tu atractivo; quiero decir... ¿No puedo invitarte a un trago por el placer de tu compañía? ¿Me tomas por un viejo verde? Soy lo bastante viejo para ser tu padre. (Y, de paso, el padre de Anna).

Comprendió que hablaba con torpeza. Por suerte Pam no se daría cuenta; ella solo quería hablar de su problema.

—Nunca me di cuenta de lo importante que era ser linda. Cuando vivía con mi familia mis padres siempre decían que era adorable y supongo que

yo les creía. Pero cuando vine a Derby todo eso cambió. La apariencia era lo único que contaba, y yo soy fea. —Charles no pudo pensar en nada consolador para decirle. Pam parecía muy sensata, cuando no se compadecía de sí misma, contenta de tener una audiencia—. Había que tener un hombre.

—¿O al menos inventarlo?

—Sí. Un romance frustrado era mejor que nada. Era necesario hacerse valer... sexualmente. ¿Me entiendes?

Charles asintió:

—Sí, lo sé. Tener una identidad sexual. Lo ideal es un amante, pero si no, por lo menos, un ídolo —lanzó la camada con delicadeza— tal vez alguien conocido... un símbolo... Aunque sea un afiche sirve a veces...

Pam se ruborizó y Charles supo que había mordido el anzuelo.

—Encontré el afiche roto en el tacho de basura.

—Ah —Pam bajó los ojos, avergonzada.

—¿Estabas enamorada de Willy Mariello?

—No. Era más bien... no sé. Toda esta presión y entonces vino Puce a tocar en el Centro y lo conocí. Y ya sabes, era una estrella del *rock*...

—Un símbolo sexual.

—Sí. Y un montón de chicas pensaron que era maravilloso y compraron afiches y... —levantó la vista, desafiante—. Ya sé que es una terrible inmadurez... pero yo soy inmadura. Por mi educación de clase media. No fue más que un enamoramiento de estudiante.

—¿Lo conocías bien?

—No, eso es lo que lo hace tan patético. Lo saludaba, pero nada más. Él ni se daba cuenta de mi existencia.

—¿Nunca te acostaste con él?

Abrió los ojos despavorida.

—Por Dios, no.

—¿Y entonces por qué ese apuro en librarte del afiche?

—No sé. Fue una tontería. Estaba tan confusa... con su muerte y la policía preguntando todas esas cosas... y tus preguntas... no sé. Me puse paranoica. Pensé que si revisaban mis cosas y encontraban el afiche me podían incriminar o... No sé. No estaba en mis cabales.

Parecía cierto. El breve misterio del afiche ya estaba solucionado. Pero Pam tenía que saber algo más.

—¿Qué sentiste cuando Willy murió?

—Confusión. Nunca antes había visto morir a alguien.

—¿Nada más?

—No, no creo.

—¿Ninguna sensación de pérdida?

—No. Es que no era amor verdadero, sino algo que había construido en mi mente. En cierto sentido su muerte hizo que descubriera que no sentía nada por él. De todas maneras ya todo se estaba borrando desde que vinimos aquí.

—¿A medida que lo veías cotidianamente?

—Sí —sonrió con pesar—. Se volvió más real, era un hombre común. Y no muy agradable. De todas maneras nunca volví a sentir lo mismo por él después de lo de Lesley...

Charles recogió las últimas palabras como si fueran las cenizas de un documento vital hallado en la chimenea del asesino.

—¿Lo de Lesley?

—Sí, bueno... no, no se lo he mencionado a nadie, pero... a lo mejor no significa nada, pero parecía...

—¿Qué?

—Hacía una semana que estábamos aquí. De pronto Willy empezó a interesarse por Lesley... Lesley Petter, la que...

—Sé quién es. Continúa.

—Creo que andaba detrás de ella, que le gustaba, no sé. El asunto es que una noche, después de un ensayo, estábamos todos tomando café en Coates Gardens y Willy dijo que iba a caminar hasta el castillo y que si alguien quería acompañarlo. Bueno, yo dije que sí enseguida, porque pensé que era maravilloso y... pero luego me di cuenta de que era una especie de señal arreglada desde antes con Lesley. Iban a ir los dos solos.

»Me sentí muy molesta, pero cuando comprendí no pude echarme atrás. Así que salimos los tres y yo me retrasaba, o adelantaba... deseaba con todas mis fuerzas no estar allí. Subimos hasta la explanada del castillo y me alejé, sintiéndome cada vez más tonta. Decidí volver. Comencé a bajar los

escalones que van a Johnstone Terrace, y cuando estaba por llegar abajo de pronto escuché ese grito. Me volví y vi a Lesley rodando por la escalera.

—¿Así fue como se rompió la pierna?

—Sí. Corrí hasta donde había logrado detenerse y Willy bajó también corriendo. Estaba muy dolorida y fui a llamar a una ambulancia, pero antes de alejarme escuché que le decía algo a Willy, o por lo menos me pareció oír algo.

Charles sintió el cosquilleo de la excitación correrle por los hombros y cuello.

—¿Qué dijo?

—«Willy, me empujaste».

OceanofPDF.com

CAPÍTULO SEPTIMO

*«Sé mi parque y yo seré tu cervatillo»
(así por lo menos comenzó a hablar o citar);
«sé mi barca y yo seré tu gondolero,»
(porque la pasión desata fantasías)
«sé mi luz y yo seré tu candelero;
sé mi paloma y yo seré tu palomar;
conviértete en mi lirio y yo seré tu rio;
sé mi vida... y yo seré tu entraña».*

El Sueño de Bianca

TODO EL alboroto de los estrenos fue inventado antes de que comenzaran las funciones de teatro a la hora del almuerzo. Hay algo de incongruente en el hecho de enviar flores y telegramas para un «primer almuerzo». De todas maneras, Charles no recibió ninguno. ¿Quién iba a enviárselos? Maurice Skellern era la única persona fuera de Edimburgo que sabía de la función, y no era el tipo de persona que gastara el dinero de los clientes en elogios excesivos. En cuanto a su exmujer, Frances, tampoco le había avisado que actuaría en el festival. Era una omisión deliberada, con el objeto de dar otro corte al tenue pero persistente cordón umbilical que todavía los unía.

A pesar de todo sentía la excitación de una noche de estreno. Caminó desde Coates Gardens al auditorio con paso saltarín y un leve pero oneroso vacío en el estómago. Se sintió aliviado al ver que el odioso Enchufe había sido reemplazado por un joven amable que se llamaba Vernon, quien no

solo actuó en forma eficiente en el ensayo, sino que le confirmó que se quedaría para la función. Eso lo hizo sentir más seguro. Y más asustado. Con la parte técnica bajo control no tenía ninguna excusa; su responsabilidad era total.

Trató de calmarse repasando el libreto. Un ensayo completo para solaz de Vernon y los juegos de luces; luego un repaso de todas las diapositivas; después un ensayo como si fuera la función verdadera que resultó tristemente chato. Como debía ser. Charles creía en los viejos dichos teatrales y un mal ensayo con vestuario significaba una buena noche de estreno.

Controló algunos detalles más y fue al bar alrededor de las 12:30 para tomar una copa. Solo una; no podía arriesgarse a farfullar. Vernon era tranquilo e infundía seguridad; un buen compañero para los nervios de último minuto. Sí, sostendría las luces para el oscurecimiento gradual. Sí, se adelantaría con la diapositiva de *El último hombre* sentado bajo la horca. No, no creía que el programa tuviera demasiadas partes serias. No, no pensaba que el traje oscuro fuera demasiado anónimo.

Cuando volvió a la sala, Brian Cassells estaba a cargo de la gerencia del teatro. Daba una impresión de confianza total en su traje de gala que consideraba obligatorio para ese papel, a pesar de que se veía un poco fuera de lugar vestido de pingüino a la hora del almuerzo. Admitió ante Charles que las ventas adelantadas no eran muy buenas (tres, en realidad), pero tenía grandes esperanzas en las de los próximos veinte minutos siguientes.

La función comenzó a las 13:15 en punto. Charles se había sentido al borde de la náusea mientras esperaba en la oscuridad, pero como de costumbre en cuanto entró a escena todo se tornó calma y control.

Como las ventanas del auditorio no estaban bien cerradas se alcanzaba a ver el público, desde el escenario, pero Charles no se animó a mirar hasta no lograr arrancar alguna reacción. El punto clave de esa parte era *La infiel Nelly Grey*; no esperaba mucho de *Recuerdo, recuerdo* y el resto del preámbulo. Pero la primera *Balada Patética* tenía que lograr algo.

Ben Batalla era un soldado audaz,
Acostumbrado a las alarmas de la guerra;

Pero una bala de cañón le arrancó las piernas,
por lo que dejó caer los brazos por tierra.

Sí, una risa. Y las risas siguieron durante las siguientes *stanzas*. No muy estrepitosas, pero al menos daban un poco de calor.

Sintiéndose más seguro, inspeccionó la concurrencia mientras recitaba. Unas veinte personas; para ser el primer día del festival y luego de una publicidad tan poco eficaz, no estaba nada mal. Al echar una segunda mirada vio que muchos eran miembros de D. U. D. S. que habían entrado gratis. Algunos pertenecían al elenco de la revista, supuso al ver un grupo de figuras oscuras agrupadas alrededor de la cabeza luminosa de Anna. James Milne se inclinaba hacia adelante en su butaca con aire de intensa concentración. Solo unas ocho caras eran desconocidas. Y varios de ellos debían ser enviados de los críticos. Maurice Skellern no iba a sentirse muy impresionado con el porcentaje de esta recaudación.

Pero era una audiencia, tan digna como cualquier otra, y estaba respondiendo. Charles lo disfrutó.

El Lord insistió en invitarlo a almorzar. Fueron a un restaurante hindú de Forrest Place y lograron persuadir al mozo de que todavía era lo bastante temprano como para tomar una botella de vino. Después de un par de vasos Charles se sintió mejor. Su reacción inmediata luego de una función era enajenarse o dejarse llevar por una melancólica depresión, debido a su innata costumbre de recordar solo lo que había salido mal. Gracias al vino poco a poco se fue sintiendo mejor; el alcohol siempre aceleraba el proceso.

Y también una respuesta entusiasta a su *show*. James Milne estaba muy entusiasmado. Conocía nada más que los poemas familiares de Hood, los repetidos hasta convertirse en un cliché. *Noviembre*, *Retrospectiva*, *La canción de la camisa* y el inevitable *Recuerdo, recuerdo*. La función de Charles había ampliado su panorama y estaba encantado por ello. Su mente entrenada para las palabras cruzadas se sentía sumamente atraída por los juegos de palabras y las tretas verbales.

—No tenía idea de que fuera tan variado, Charles. Voy a tener que conseguir las obras completas. ¿Hay alguna buena edición?

—Hay una de Oxford, pero creo que se encuentra agotada. Tendrá que conseguir una de segunda mano en algún lado. También hay algunas selecciones bastante buenas. De todas maneras, si quiere le presto la mía. A esta altura del partido ya debería saberlo de memoria —le alcanzó el libro a través de la mesa.

El Lord estaba emocionado. Para él prestar un libro era la mayor demostración de amistad.

—Es muy amable. Lo cuidaré.

—Ya lo sé.

—Y me propongo conseguir un ejemplar para mí. No sabe cuánto envidia esa facilidad con las palabras. No me refiero a la mera facilidad —cada tanto todos hacemos algún juego de palabras— sino a la habilidad de crear algo con eso. Debe ser maravilloso ser escritor.

—No lo sé. Para Hood fue un trabajo duro. Si no hubiera tenido que trabajar tanto, tal vez hubiera vivido más.

—Sí, pero por lo menos es algo satisfactorio. Me refiero al hecho de que al escribir uno está librado a sus propias fuerzas, sigue adelante sin tener que mezclarse todo el tiempo con otra gente. Escribe, manda el material y listo. Una especie de vida a control remoto.

Charles se rio.

—Está muy equivocado, James. Hood no estaría para nada de acuerdo con usted. No se sentaba delante de un escritorio a jugar con su musa y despachaba el producto en sobres a su editor. Pasó toda su vida corriendo de un lado a otro, vendiendo sus propias obras, editando las de otros, inventando revistas. Nada de control remoto. Su vida estaba muy ligada a la de otra gente.

—Pero no todos los escritores tienen que hacer eso.

—Casi todos. Mi propia experiencia escribiendo obras de teatro es que paso el diez por ciento del tiempo escribiendo y el noventa por ciento dando vueltas como un vendedor callejero, tratando de colocar mi producto con los productores de las compañías de televisión.

—Dios mío. ¿Así que según usted la vida de un escritor es tan vulgar y sórdida como la de cualquiera?

—Exactamente. El mismo Hood se refería así a los escritores: «Estamos a la par de los curanderos, los predicadores callejeros, los cantantes, los buhoneros, los vagabundos, los titiriteros, los prestidigitadores y demás especies similares».

—Qué desilusión. Creo que será mejor que me olvide de lo que me dijo y conserve mi idea de torres de marfil y academias.

Siguieron hablando de literatura. James Milne admitió que le hubiera gustado escribir algo, pero que nunca se había decidido.

—Lo que tal vez signifique que no tengo nada que decir.

—Es posible. Aunque no es necesario decir algo cuando se escribe. A veces basta con entretener —Charles pensaba en sus pocas obras de teatro.

—Umm. Puede ser, pero el escritor tiene que comprometerse aunque sea un poco. Identificarse con sus personajes.

—Eso es inevitable.

El Lord se interrumpió para coordinar sus pensamientos.

—¿No habrá algo de eso en este asesinato?

—¿Qué quiere decir? ¿Algo de qué?

—Identificación. Con las circunstancias del crimen, la manera en que sucedió.

—Todavía no lo pesco.

—Willy Mariello tenía el papel de David Rizzio en una obra que trataba de la vida de María, la reina de Escocia. Hay ciertos paralelos entre Willy y Rizzio. Para empezar el nombre italiano. Ya sé que hay montones de escoceses con nombres italianos, pero es una coincidencia. Los dos tocaban la guitarra, además.

—Así que lo que está sugiriendo —musitó Charles— es que alguien se obsesionó con la trama de la historia y se identificó con el asesinato de Rizzio;... de paso, ¿quién mató a Rizzio?

—Creo que varias personas. Pienso que Darnley fue el instigador. ¿Quién hace de Darnley en la obra?

—No sé. Puedo averiguarlo. ¿Y cree que si obtenemos ese nombre tendremos a nuestro asesino? —no podía evitar una nota de escepticismo en el tono de su voz.

—No es más que otra posibilidad. Algo que se me ocurrió.

—Umm.

—Bueno, de todas maneras no estamos llegando muy lejos con las otras teorías, ¿no?

Charles vaciló.

—No.

—¿No ha descubierto nada más?

—No —mintió. Por alguna razón no quería contarle a nadie la historia de Pam Northcliffe sobre Willy y Lesley. Todavía no.

El Lord le propuso ir a husmear en algunas librerías, pero Charles no se sentía de humor para hacerlo. Todavía estaba tenso por el estreno de la función y ya que estaban dentro de las horas en que no se permitía servir licor y no pudo recurrir a su método habitual para aflojarse, decidió que una caminata por Edimburgo podía lograrlo.

Pero su caminata pronto dejó de ser a la deriva. No había avanzado más de unos cien metros cuando al doblar por el puente Jorge IV y entrar a la calle Chambers, vio a Martin Warburton. Caminaba del otro lado de la calle con el mismo aire de concentración del día anterior. Y otra vez se dirigía a la calle Nicholson.

Es mucho más fácil seguir a alguien cuando se sabe adonde va, y Charles estaba seguro del destino de Martin. El muchacho desapareció nuevamente detrás de la puerta azul.

La excitación de ver que le ocurrió lo mismo dos días seguidos pronto dio lugar al desconcierto de lo que debía hacer al respecto. Todavía no sabía a qué departamento había ido Martin y no tenía ganas de hacer una elaborada representación para hacerse pasar como inspector de gas para lograr entrar. Aparte del riesgo por usurpar ilegalmente un cargo, ¿qué le diría Martin si lo encontraba? Seguro que había una explicación bien sencilla para el comportamiento del muchacho. Tenía amigos que vivían allí. Tal vez una novia. Algo muy simple. Charles estaba dejando volar su imaginación de tal modo que le estaba afectando el juicio.

Pero no tenía ganas de irse. Podía estar al borde de algún descubrimiento. Era más conveniente unirse a la cola para el ómnibus mientras pensaba en algún plan.

De pie al lado de las amas de casa cargadas de paquetes y de ruidosos escolares, comenzó a sentirse molesto por su actitud. No lograba armar ningún plan de campaña. Si quería descubrir lo que estaba haciendo Martin, la única solución era entrar en los departamentos. Si no, lo mejor era abandonar todo el asunto, dejar la muerte de Willy Mariello en manos de la policía y olvidarse de cualquier fantasía detectivesca que estuviera lucubrando.

Al llegar un ómnibus la cola se adelantó, las dignas amas de casa se abrieron paso para conseguir buenos asientos y los expertos escolares treparon al segundo piso para tomar sus posiciones de combate. Uno o dos echaron una mirada curiosa al hombre que todavía hacía cola de manera altruista sin luchar por su merecido lugar en el ómnibus marrón y blanco que siguió su camino.

Charles se sintió ridículo de pie y a solas en la parada. Se volvió para irse, decidido a abandonar el asunto y resignarse a no ser más que un actor, cuando sintió el golpe de una puerta que se cerraba del otro lado de la calle.

Era la puerta azul y una figura delgada se alejaba de ella en dirección a la ciudad. Caminando con paso decidido, pero no como Martin Warburton. Era un paso poco natural, más pesado.

Tampoco se parecía a Martin Warburton. Un sombrero de lana daba la impresión de que tuviera el pelo corto. Barba y bigote. Anteojos. Vestido con una chaqueta vieja y unos pantalones sin forma. Una mochila caqui sobre un hombro. Y ese extraño paso cansino.

Charles reconoció al hombre que había visto la semana anterior en los escalones del Mound. Era Martin Warburton disfrazado.

Esa noche a las 23:00 los juegos de identidad de Martin ya no parecían muy importantes. Una de las razones era que la aventura de la tarde no lo había conducido a nada. Charles había seguido a su presa a través de medio Edimburgo hasta que desapareció en el interior de la Galería Nacional de Retratos de Escocia. En lugar de arriesgarse a despertar sospechas con una confrontación adentro del edificio, el inseguro detective esperó veinte minutos en la calle y después siguió a Martin de vuelta a Nicholson, perdió unos cuantos ómnibus y volvió a Coates Gardens detrás de la figura ya

familiar. Todo lo cual dejó a Charles con un terrible dolor de pies y la sensación de que si Martin quería hacer excursiones por Edimburgo disfrazado, era asunto de él. Necesitaba una copa.

Y esa era la otra razón por la que el comportamiento de Martin le parecía poco importante. Charles estaba satisfactoriamente borracho.

Después de cargar el tanque en soledad, encontró a Anna con el resto del elenco de la revista en Coates Gardens. La llevó a cenar para celebrar su debut y mantenerle la mente alejada de su estreno. Fueron a la Casa Española de la calle Rose y como Anna estaba muy nerviosa él tuvo que comer la paella y beber casi todo el vino. Un destino que afrontó con bravura y que contribuía a su presente bienestar.

También le había gustado ver a Anna nerviosa. Estaba erizada como un gato y era la primera vez que le veía perder la calma. Así parecía más humana. Y más agradable.

Charles pensó en ella mientras estaba sentado en el auditorio, con la llave de su departamento en el bolsillo. Tenía la característica sensación de omnipotencia sexual de los borrachos y deseaba estar en cama con Anna en Lawnmarket. No faltaba mucho para que terminara la revista. Iba a ir al departamento con discreción y una vez que concluyeran las risitas y las felicitaciones de la compañía, Anna se reuniría con él.

Se apagaron las luces. No estaba mal; la sala casi llena. Se sentó cómodo para disfrutar de *Derby Oscuro* «La más graciosa revista nocturna del paralelo».

Cómo serían las demás. Esa era una mezcla de estilos. Chistes decrépitos que merecían una muerte tranquila habían resucitado como nuevos. Juegos de palabras estúpidos presentados como pruebas de ingenio.

La indigesta influencia de las comedias de televisión tomaba el lugar de la producción y aunque había chispazos de humor, el *show* era demasiado pesado. Los comentarios sobre la política inglesa no mostraban ni agudeza ni ironía y el *sketch* sobre la presidencia norteamericana era vergonzoso. Hacer una parodia ingenua y de mal gusto sobre Nixon y Hitler diez días después de la renuncia del primero, no era lo más adecuado (teniendo en

cuenta además esos viejísimos chistes sobre golf con que matizaran la cosa).

Y no se trataba de un nuevo conjunto brillante luchando con valor contra un material despreciable. Los actores no eran buenos. Si la técnica básica de la actuación consistía en hacerse oír y no chocar con los muebles, fallaban en ambas. Casi nunca se entendía lo que decían y no hacían más que tropezar con las sillas, (sobre todo durante los extensos apagones entre sketches, con el resultado de que en general las luces se encendían para mostrar a algún joven tendido largo a largo en un mueble patas arriba). El talento brillaba por su ausencia, excepto por Anna. Era muy buena y dada la falta de competencia, dominaba por completo la escena. Cantando, bailando, cambiando de acento y de vestidos, era la única con cierta idea de lo que son el ritmo y la comedia. El material espantoso con que le tocaba actuar no hacía más que realzar sus habilidades.

Charles estaba asombrado. Anna era una linda chica, pero en escena parecía animada por una carga extra que intensificaba su belleza. Una verdadera presencia estelar. Podía sentir cómo reaccionaban ante ella los hombres de la audiencia. Cuando salió para su último número, *El Lamento de una Conejita* (una idea razonable arruinada por una letra espantosa), vestida con todo el equipo de una chica de *Playboy* y mostrando sus piernas bronceadas, el público rompió a aplaudir en forma espontánea. No era solo que pareciera sexy; lograba incorporar una sutileza que la distanciaba del texto, la volvía muy graciosa. Anna Duncan era una de esas extrañas criaturas que en escena lograba ser cómica sin sacrificar su dignidad ni su atractivo.

Ya era tarde cuando Anna golpeó la puerta del departamento de Lawnmarket. El alboroto del estreno tenía que haberse prolongado o el elenco de *Derby Oscuro* había decidido ahogar sus penas en alcohol. O tal vez siguieran celebrando, pensando que el aplauso entusiasta del final no era solo por Anna sino para todos ellos.

Lo miró de frente.

—Bien, ¿cuál es tu fría opinión profesional?

—¿Estás preparada para oírla?

—Sí.

—Creo que la obra es horrible. La única sugerencia constructiva que puedo hacer es que los escritores vayan a vender aspiradoras, los actores se alistén en el ejército y el director se haga monje.

—Umm —los ojos azul marino continuaban mirándolo. Sabía que él no había terminado.

—También quisiera agregar que tú eres una de las actrices jóvenes más talentosas que he visto.

Anna sonrió y dejó escapar un suspiro de alivio.

—Charles, te pedí tu fría opinión profesional.

—Esa fue mi fría opinión profesional.

—Umm. No me parece muy objetivo que digamos —pero estaba encantada.

—¡Objetiva un cuerno! También pienso que eres de lo mejor en la cama, pero creo de veras que como actriz tienes mucho talento. Ahora acércate y hagamos el amor.

Sonrió.

—Está bien. Me has convencido.

Fue aún mejor que las otras veces. Una unión completa. Charles se apartó de ella y acunó su terso cuerpo esbelto entre los brazos. Los senos de Anna se apoyaban relajados contra sus costillas y respiraba con suavidad en su hombro. Charles recitó en voz baja con la boca contra su pelo.

—«¡Oh, tiempos felices! ¡Oh, rimas alegres!

¡Ya para siempre idos!

Pocas horas —si acaso alguna— son las mujeres

Que pueden hacerme sonreír o suspirar».

—Pero tú eres una de ellas. Tú puedes hacerme sonreír y suspirar.

—No creo que Thomas Hood se refiriera a «eso» —murmuró Anna.

—No, no creo.

—Quería decirte que me gustó tu espectáculo. Durante la comida estaba demasiado nerviosa para mencionártelo.

—Gracias. La sociedad de admiración mutua.

—Umm —hubo una larga pausa. Charles comprendió que ella no se había dormido:

—¿De veras crees que soy buena?

—Sí.

—¿Lo bastante como para triunfar en el teatro profesional?

—Sí.

—¿A pesar de lo que dijiste sobre la necesidad de ser dura y calculadora y obtener mucha ayuda?

—Yo te ayudaré, Anna.

Luego de escuchar tal aseveración se durmió enseguida; Charles permaneció despierto, pensando. Podía ayudarla. Tal vez conseguirle trabajo. Incluso colocarla en alguna de las obras que dirigía. Se sentía útil y con deseos de dar. Darle mucho. ¿Era tan ridículo acaso que un hombre de casi cuarenta y ocho anduviera con una chica de veinte? Su experiencia le serviría. Sentía por Anna algo que hacía mucho no experimentaba. Tal vez amor.

CAPÍTULO OCHO

*¡Oh, William querido! ¡Oh, William querido!
Mi eterno descanso ha terminado;
¡Ay! Mi duradera paz
en mil pedazos se ha quebrado.*

El Fantasma de Mary

EL MARTES 20 de agosto fue un día agitado.

Empezó bien. Charles se sentía en paz con Anna y con el mundo. A las 9:30 ella se fue al departamento (Michael Vanderzee quería comenzar con sus sesiones de trabajo después de la interrupción debida al estreno de la revista). Charles fue al Poppin a desayunar tranquilamente café y bollos con panceta y luego, como buen detective, se dirigió a la Galería Nacional de Retratos para ver si podía descubrir la razón de la visita de Martin.

La Galería estaba bien provista y debía ser interesante, pero Charles no estaba de humor para inspeccionar los rostros de gente de la que nunca había oído hablar. Todo ese asunto de buscar pistas y motivos lo estaba cansando.

Mientras miraba un modelo de cera de Guillermo III recordó los diarios. Era la mañana siguiente a una noche del estreno o por lo menos de su «almuerzo» de estreno y todavía nos los había comprado para leer las crónicas. El resto de los retratos podía esperar. Se apresuró a salir, bajo la mirada desaprobadora de los retratos escoceses.

En la calle Princes había un gran puesto de diarios. En lugar de comportarse con lógica y limitarse al *Guardian*, compró todos los que

había. Era un gran desperdicio de papel; seguramente *Tantos chistes*,... no había despertado aún el interés de los diarios nacionales.

Se detuvo en la vereda para leerlos y fue arrojando uno a uno los que no servían en el papelerero. Nada en el *Guardian*; su conversación en la recepción ofrecida por el paralelo no había servido de nada. Se dio cuenta de que era un ingenuo optimista al esperar que se ocuparan de él en el primer día del festival, sobre todo después de la escasa publicidad.

No le quedaba más que el *Glasgow Herald*. Lo abrió sin esperanzas y allí estaba, en la página de espectáculos.

«*Tantos chistes, tanta sangre*, Auditorio Masón, Lauriston Place. Si se recuerda a Thomas Hood, es por unos tres o cuatro poemas que aparecen en las antologías. Fue por lo tanto una agradable sorpresa tener una visión más completa de la obra del poeta en este encantador espectáculo de la hora del almuerzo. El interesante programa ideado por Charles Paris, basándose en sus poemas y cartas, mantiene un perfecto balance entre el humor y la emoción genuina, sin caer nunca en lo sentimentaloides. Lleva adelante el espectáculo con la claridad y la comprensión que caracterizan al verdadero talento. Trate de verlo. Solo estará en cartel durante la primera semana del festival, y le garantizo más risas que en la mayoría de las revistas de la noche».

Charles no pudo controlar una sonrisa de satisfacción, Lo que sostenía en las manos era un maravilloso elogio a la antigua.

Gracias a la crónica favorable y a un par de *whiskies* dobles, llegó al auditorio a las 12:45 de buen humor y sin nervios. Mientras esperaba que las luces se apagaran se sentía totalmente seguro de sí mismo.

A partir de ese momento, sin embargo, las cosas se deterioraron. Para empezar el espectáculo no anduvo bien. Una segunda función es siempre difícil por la sensación de anticlímax que se vive en ese momento. Y la escasa cantidad de público no hablaba muy bien de la circulación del *Glasgow Herald*. Había unas veinte personas y todas parecían haber recibido órdenes médicas acerca de que la risa era mala para la salud. Los juegos de palabras y los chistes se perdían en el vacío esponjoso de la sala.

Para peor Frances estaba entre el público. La mujer con la que se había casado, a la que había dado el triste nombre de Frances París. En cuanto

empezó la función la reconoció por su risa leal y solitaria. Pensándolo bien era lógico que estuviera en Edimburgo. Venía casi todos los veranos acompañando a dos de sus alumnas en una rápida inmersión en la cultura escocesa. Con ella estaban sentadas dos chicas, una blanca y una negra.

Charles sentía mucho cariño por Frances, pero hubiera preferido no verla. Desde su separación hacía doce años, habían quedado amigos y Charles la iba a ver cada tanto; no le exigía nada, pero le molestaba su presencia justo cuando se comenzaba a sentir seguro de su relación con Anna.

Trató de no ser demasiado frío cuando lo fue a ver después de la función; no quería lastimarla. Parecía cansada y tenía dificultades para controlar su carácter fuera del ambiente de la escuela. La chica blanca era regordeta y se llamaba Candy; la negra tenía una figura espléndida y su nombre era Jane; las dos veían en Edimburgo una oportunidad ideal para emanciparse y *conocer hombres*.

Marido y mujer intercambiaron sus direcciones en Edimburgo y se despidieron con la vaga intención de volverse a ver. Este encuentro trajo una pequeña nube de depresión sobre el ánimo soleado de Charles.

Promediando las 18:00 la nube se volvió tormentosa. El elenco de *María* ensayó toda la tarde, pero a la noche casi todos se retiraron porque Michael Vanderzee quería trabajar una hora en las escenas entre María y Bothwell, hasta que Anna tuviera que irse a la revista. Después de una cena de repollo en Coates Gardens el actor que hacía de John Knox (El resto del conjunto lo había bautizado «Knox el Oportunista») sugirió un viaje hasta el bar. Damley, Ruthven y el Cardenal Beatón pensaron que era una buena idea, lo mismo que el nuevo David Rizzio, Sam Wasserman. Charles también decidió ir a tomar un trago.

Una vez en el bar Charles descubrió que la intranquilidad estudiantil se manifestaba especialmente en el momento de invitar a la primera copa, así que pagó él. Sin haberlo planeado se encontró a solas con Sam en una de las mesas.

El autor de *María, Reina de Beodia* era un joven norteamericano de pelo rubio, bigote rojizo y anteojos redondos de armazón negro.

Tenía puesta una gruesa camisa de leñador, los inevitables vaqueros y botas marrones. Había llegado ese mismo día a Edimburgo, justo a tiempo para oír el cañonazo de las 13:00 que se disparaba en el castillo para comenzar enseguida con los ejercicios de Michael Vanderzee.

—Y todo después de dos días de viaje. Recibí el telegrama de Mike en el Poste Restante de Brindisi, así que dejé todo y vine. Esta obra realmente me importa...

En cuanto Sam comenzó a hablar, Charles comprendió inmediatamente la razón por la que este tête-a-tête había resultado tan fácil de lograr. Sam era un plomo, uno de esos tipos aburridos que se detectan enseguida y que tienen la habilidad de convertir hasta la anécdota más divertida en algo tedioso por la infinidad de detalles que le agregan. Pero además de ser del tipo aburrido internacional, Sam, también demostraba tener esa cualidad especial que es peculiar de los ambiciosos jóvenes norteamericanos. Mientras el monólogo continuaba, la vista de Charles se fue nublando.

—... en realidad *María, Reina de Beodia*, deriva en forma directa de las técnicas de representación que desarrollé en un espectáculo basado en un suceso real que usé para mi tesis en U. C. S....

—¿U. C. S.? —preguntó débilmente Charles.

—La Universidad de California del Sur. Allí obtuve mi Master antes de ir a Derby. En Teatro y Literatura Creativa. Cuando digo que mi proyecto estaba basado en ese hecho, no quiero decir que la haya tomado al pie de la letra. Más bien se concentra en los problemas étnico-políticos de los indios norteamericanos. Desde un punto de vista socialista por supuesto. El símbolo alegórico central es el hecho de haber sido perpetrado por blancos disfrazados como indios. Los blancos usurpando el lugar de los rojos. Como corpúsculos. Usé la leucemia como analogía.

Charles se concentró y trató de desviar la conversación hacia donde quería.

—Y llega a este espectáculo en circunstancias bastante macabras.

No era suficiente; Sam necesitaba mucho más.

—Lo macabro es una parte integral de mis obras. Y lo grotesco. Otra imagen que desarrollé en mi tesis fue la extraña habilidad que tienen los indios navajos para caminar por una viga a gran altura como si estuvieran

en tierra firme —siguió a todo vapor—. Es un concepto espacial distinto al nuestro. Lo relacioné con la naturaleza miope de los servicios sociales...

—Oh —Charles asentía con la cabeza como un perro de juguete de esos que van en la parte trasera de los autos. Hizo otro esfuerzo supremo para apartar a Sam de su monólogo—. Me refiero a que Willy Mariello fue acuchillado y que por eso usted está aquí para actuar en *María, Reina de Beodia*.

Por un instante pareció que funcionaba. Sam lo miró de frente y permaneció callado un largo rato antes de continuar, demostrando a Charles que su treta había fracasado.

—Bueno, por supuesto, *María* es una proposición completamente distinta, a pesar de ciertas similitudes técnicas. Y en realidad desde el punto de vista alegórico corresponde que su nacimiento tenga lugar en una atmósfera de violencia.

»Fíjese que la alegoría básica de *María, Reina de Beodia* es el paralelo histórico. La vida de María Estuardo estuvo salpicada de sangre. En mi versión, María representa a Escocia y a su riqueza petrolera.

—¿Ah, sí? —balbuceó Charles, ya mustio.

—Sí —dijo Sam como si se tratara de una afirmación sorprendente—. Y los dos maridos de María, Lord Damley y el conde de Bothwell, representan a Inglaterra y a la vieja y querida Norteamérica, los dos países que tratan de controlar la riqueza. Los estados árabes, que tienen en sus manos el verdadero poder político petrolero, están representados por la reina Isabel, que la manda ejecutar. Claro, ¿no?

Charles asintió débilmente ante la indigestión mental que le provocaba esa alegoría tan elaborada expuesta en Literatura Creativa... Pero vio una leve esperanza.

—¿Adónde entra David Rizzio en ese argumento?

—David Rizzio representa a la camarilla ecológica que puede negarse a la explotación petrolera a favor de una estructura ecológica más medieval. Por esa razón lo liquidan casi enseguida.

Sam se rio entre dientes ante su propia audacia intelectual. Podía ser una buena alternativa para desviar la conversación y Charles lo intentó.

—Pero no tan rápido como a Willy Mariello.

—No.

Antes de que Sam tuviera tiempo de relacionar la muerte con alguna de sus alegorías, Charles insistió.

—Debe de haber quedado muy afectado al enterarse de la muerte de Willy.

—Molesto. A uno siempre le molesta que muera una persona joven; es como la suspensión de una continuidad. Y por supuesto que en este caso estaba el elemento dramático.

—Pero tiene que haber sentido algo más. Perder a un amigo...

—No conocía muy bien a Mariello.

—Creí que Willy había entrado en este espectáculo por usted.

—Es cierto, pero solo en forma indirecta. Supongo que la sugerencia de que se ocupara de la música vino de mí —se lo propuse al comité de la Universidad— pero fue recomendación de algún otro.

—¿Quién?

—Una chica. Pensé que era una buena idea porque se trataba de un músico profesional, un músico de *rock*, y yo, bueno, tengo algunos conocimientos musicales básicos, pero mi verdadera especialidad son las palabras. Y desde ya que la música que escribió Mariello para mis letras era infinitamente superior a lo que yo podría haber logrado. Me cambió una que otra palabra y tuve que reprenderlo, pero en conjunto era grandioso. Además creo con firmeza en la conveniencia de que la gente trabaje en grupo bajo la misma sombrilla creativa.

—¿Por qué cree que esa chica le recomendó a Willy? —preguntó Charles como al descuido.

—Pues, como le dije, era muy bueno y hacía un tiempo que andaba dando vueltas por la Universidad de Derby. Parece que después de la disolución de su grupo quería probar algo diferente...

—¿Y?

—Bueno, me dio la impresión de que entre la chica y él había algo. Los dos se cuidaban mucho, pero tuve la sensación de que estaban en algo juntos.

—Oh —exclamó Charles, y preguntó lo que estaba tratando de evitar desde hacía un rato—. ¿Quién era la chica?

—Anna Duncan. Ahora hace de María en mi obra. No sé si la conoce.

—Sí —replicó Charles— la conozco.

Esa noche visitó al Lord en Coates Gardens y lo encontró ansioso por tener otra sesión de doctor Watson. De pronto Charles no tenía más ganas de seguir con el asunto, pero no podía evitar una charla mientras tomaba un vaso de *whisky*.

Sherlock Holmes estaba más adelantado que Watson en sus deducciones, pero muy rara vez ocultaba información a su socio. Charles París sí lo hacía. Quería asegurarse de los hechos, y no compartir algunas ideas a medio formar hasta que se solidificaran.

Hablaron sobre todo de Martin Warburton. Charles le contó de sus largas expediciones y del descubrimiento de la segunda personalidad de Martin.

—Eso lo convierte en el sospechoso número uno.

—Supongo —Charles creía sonar convincente.

—Es un comportamiento bastante extraño.

—Sí, estoy de acuerdo con usted. Martin se encuentra en un estado mental muy raro. Está muy confundido y tiene fantasías de violencia. Creo que sufre de exceso de trabajo —ya sabe, acaba de recibirse— pero eso no lo convierte en un asesino. Puede ser que se disfrace con propósitos criminales, pero también puede suceder que necesite la válvula de escape de otra identidad.

—Umm. Eso suena a una trampa psicológica.

—¿No cree en la psicología aplicada al crimen?

—Pienso que en algunos casos puede ser útil, pero que casi siempre se usa para tapar otras cosas. Toda acción tiene un motivo y estoy seguro de que Martin Warburton tiene un motivo real para disfrazarse.

—¿Y no considera como motivo válido una perturbación de su personalidad?

—Me parece puro palabrerío. Un motivo válido podría ser el robo o el chantaje. Hasta la venganza.

—Pero Martin puede estar tomando otra personalidad porque hay algo en la propia que no puede soportar.

—Le confieso que no sé de qué está hablando.

Qué fácil era opinar así para el Lord, aislado de la vida en su biblioteca, como lo había estado con su madre en Glenload y en la sala de maestros de la escuela Kilbruce. Como nunca se había topado con una realidad desagraciable daba por sentado que no existían. Y si no era así, se trataba de cosas simples que podían ser divididas como una hoja de papel y no de un material que se arrugaba y rasgaba y nunca coincidía.

—Vamos, James, no sea así. La última vez que conversamos usted hablaba de un asesino obsesivo, alguien para quien la historia de María, la reina de Escocia, tenía un significado macabro.

—No dije exactamente eso.

—Se movía en esa dirección. Y un asesino obsesivo no siempre actúa con uno de esos preciosos motivos «válidos» como el robo, o el chantaje, o la venganza.

—Sí que lo tiene. La obsesión es el motivo. No es un motivo cuerdo, pero para el asesino lo es.

—Por lo tanto tiene que entender la psicología del asesino —Charles sentía que había logrado un leve triunfo.

—Sí, pero el proceso es simple. Use una lógica inversa y la motivación tiene sentido. No necesita meterse en todas esas perturbaciones de la personalidad, y compensaciones y demás historias.

—No creo que nos pongamos de acuerdo sobre ese punto —Charles estaba comenzando a perder el poco interés que tenía en su discusión. Tenía la mente en otra parte y no disfrutaba del diálogo. Pero pensaba que debía simular—. Así que si Martin es un asesino obsesivo, digamos, ¿cuál cree que será su motivo para deambular por Edimburgo disfrazado?

—Debe tener algo que ver con su plan para el próximo crimen.

—Entiendo —Charles trató de no sonar altanero—. ¿Y qué piensa que debiéramos hacer?

—Creo que tendríamos que vigilarlo de cerca.

—Bien. Perfecto. Tengo que irme —se levantó casi con rudeza—. Tengo que... umm... irme —no pudo pensar en una excusa amable. No podía pensar en nada más que en lo que lo esperaba. Ver a Anna.

Cuando llegó el momento, no fue tan grave. Anna llegó excitada y acalorada después de la función. Un productor de la B. B. C. había estado

en la audiencia y, (según Brian Cassells que había acorralado al pobre hombre para extraerle una opinión) la actuación de Anna le había gustado. Se mostró risueña y encantadora mientras describía la forma entusiasta en que Brian le había dado la noticia e imaginaba su manejo torpe con el cronista. Charles se sintió atraído por ella a su pesar.

Pero por otro lado esa pequeña infección de sospecha lo mantenía apartado. Deseaba preguntarle sobre Willy, saber si había tenido algo con él, y al hacerlo, cauterizar la herida antes de que llegara a proporciones peligrosas. Pero no se atrevía. No cuando ella estaba tan adorable. Arruinaría todo.

Tomaron un poco de oporto y se rieron hasta meterse en la cama. Hicieron el amor. Tan bien como siempre, tierno, sincronizado, perfecto. Pero Charles se sentía como si estuviera contemplando un retrato de ellos en la pared. Enseguida apagaron la luz y Anna, exhausta por los ensayos de María y la revista, se durmió con facilidad.

Charles no. Se sentía mejor por haberla visto; cuando estaba con ella su imaginación no podía desbocarse. Pero todavía dudaba. Quería extirpar la sospecha, sacarla de su mente. La única manera era preguntándole de frente. Pero sabía que no era capaz de hacerlo; por lo menos no cara a cara. Pensó en llamarla por teléfono, hasta^ llamarla fingiendo ser otra persona, la policía, o... No; era una estupidez.

Razonó consigo mismo. Está bien; Anna se había acostado con Willy Mariello, ¿y qué? Charles no era su propietario y además nunca se preocupaba por los amantes anteriores de una mujer; no tenían nada que ver con él. No tenía sentido tener celos de algo terminado. Y no podía haber algo más terminado que Willy.

Esa era la parte que lo preocupaba. No que Anna se hubiera acostado con el tosco escocés, sino que lo hubieran asesinado. Otra vez razonó y se calmó con el pensamiento de que las dos cosas eran hechos separados. En realidad todavía no eran hechos definitivos, y podía investigarlos.

Sí, un poco de investigación lo tranquilizaría. Acomodó la almohada y se dio vuelta. La respiración de Anna tenía un ritmo soporífero. Pero no logró dormir.

CAPÍTULO NUEVE

*Algunos usan espejuelos para ver mejor
los objetos pequeños y borrosos.
Pero Tim tenía partículas^[2] en sus ojos
y ningún objeto alcanzaba a ver.*

Tim Turpin

LA PRIMERA parte de la investigación para tranquilizar su mente consistió en una visita a Jean Mariello, que abrió la puerta y se recostó contra ella sin invitarlo a pasar.

—¿Qué quiere? No tengo nada más que decirle.

—Por favor, solo un par de preguntas. Creo que he descubierto algo.

—Gran cosa. Oiga, señor Paris, estoy muy ocupada empacando. Lo único que me interesa de Willy es saber cuándo podré olvidar que existió. Y no quiero jugar a los policías y ladrones.

—Por favor, concédame cinco minutos.

—Oh... —dudaba entre cerrarle la puerta o dejarlo entrar. Lo hizo pasar —. Cinco minutos —y miró su reloj.

Charles entró al *hall* y pasó al *living*. Jean Mariello se sacó las ganas de cerrarle la puerta en las narices dando un portazo cuando pasó.

—De acuerdo, pregunte.

Charles miró a su alrededor. Había varias valijas y cajas de cartón llenas hasta el borde. En una esquina un prolijo montoncito de tierra y restos de materiales de decoración.

—¿Se va?

—Sí. La casa está en venta. No voy a volver aquí nunca.

—¿Se va de Edimburgo?

—Sí, me voy con un hombre del grupo folk. A Newcastle.

—¿No va a extrañar?

—A Edimburgo, sí. Pero espero no volver a ver esta casa.

—Es una linda casa.

—Nunca viví aquí. Willy la compró hace unos meses. Yo estaba de gira. Las únicas veces que la vi estaba llena de tarros de pintura, o yeso o alguna otra idea de Willy en materia de decoración. Tenía la increíble habilidad de convertir cada sitio en que vivíamos en un chiquero. De pronto se aburría de lo que lo rodeaba y quería cambiar todo... pintarrapear, sacar una puerta... pero nunca terminaba el trabajo. Nos echaron de un departamento cuando decidió voltear la pared que separaba el dormitorio del *living*. Vivir con Willy no era precisamente una experiencia de paz hogareña. No siento nada por este lugar.

—Bueno, pero está en condiciones normales. Debería venderla bien.

Jean resopló.

—La inmobiliaria obtendrá un buen precio.

—Ah, y sin embargo Willy...

—Willy no tenía dinero. Todo lo que ganó con Puce lo gastó, aunque no quedaba mucho después de que los agentes y los empresarios sacaran su parte. Puede haber algunos derechos a cobrar, pero irán a parar al banco que le hizo el préstamo para el depósito de esta casa y los pagos atrasados de la hipoteca.

—¿Atrasados?

—Sí. Willy consiguió la hipoteca basándose en sus ganancias del año pasado y pensando que mantendría ese nivel. Pero luego el grupo se disolvió y él se quedó sin nada. No creo que haya hecho ni un pago a la inmobiliaria. Yo me enteré de todo esto recién cuando murió y tuve que revisar su correspondencia —agregó con amargura.

—¿Así que no es una viuda rica?

—Señor París, no creo que haya venido aquí para hablar de casas e hipotecas. Y si es así, sus cinco minutos y mi paciencia se están acabando.

—Lo siento. Pero antes de que le pregunte lo que quería cuando vine aquí, dígame por qué compró Wüly esta casa.

—Estaba de acuerdo con la imagen que deseaba dar. Se veía como un gran terrateniente en su casa ancestral, delante de una chimenea encendida. Willy, como todos los advenedizos, no podía esperar el momento de ser lo bastante rico como para volverse conservador: La pose socialista, el submundo *hippie* de la música *rock* en realidad no significaban nada para él. Era solo una etapa por la que tenía que pasar. «Quería ser rico, tener sirvientes que hicieran todo por él. El único problema es que era un pésimo hombre de negocios y el dinero no le duraba ni cinco minutos».

Se interrumpió y miró su reloj. Charles se dio cuenta de que ya no podía dar más vueltas.

—En realidad quería preguntarle por la vida amorosa de Willy.

—Si se refiere a los últimos años no soy una experta en eso.

—No. Quiero saber algo de otra mujer.

—No me preocupaba mucho por sus otras mujeres.

Charles ignoró el rechazo y siguió adelante.

—Cuando estaba en Derby...; ya sabe que se quedó después que el grupo tocó allí;... ¿tenía alguna amiga?

—Supongo. No creo que se haya quedado por el paisaje.

—¿Nunca mencionó a nadie?

—No, no discutíamos sobre nuestras vidas privadas —miró el reloj.

—¿Sabe si en estos últimos tiempos andaba con alguien? Me refiero a la semana en que murió, concretamente.

Jean rio, incrédula.

—Yo no estaba aquí. Ya lo sabe. ¿Qué quiere que haga... que le diga si encontré manchas en las sábanas o pelo en la almohada?

—Sí, si fuera necesario.

La tomó de sorpresa. Después de un momento dijo con voz más suave:

—Está bien, diría que por el estado de las sábanas Willy cometió otra profanación de nuestro lecho conyugal entre el viernes cuando me fui y el martes en que lo mataron.

—¿Está segura?

Jean habló despacio, como si no quisiera volver a sus recuerdos.

—Sí, tuvo a alguien aquí. Pelos en la almohada y todas las viejas señales conocidas.

—¿Qué color de pelo? —preguntó Charles sin aliento.

—Rubios —miró el reloj—. Cinco minutos. Adiós, señor París. Espero que no volvamos a vernos.

Ese mediodía había más público para presenciar la competente actuación de Charles París. Obtuvo algunas risas, aunque al oírlas solo pudo pensar en esas máquinas automáticas que usan en la televisión. Mientras la voz de Charles se abría camino entre los tortuosos juegos de palabras de Thomas Hood, su mente estaba en otro lado.

Después de la función juntó sus cosas para irse. Tenía que hacer algo importante antes de las 15:00.

El pabellón de mujeres del hospital que quedaba cerca de Lauriston Place era muy parecido al de otros hospitales. Charles entró en uno en que la variedad de pacientes era la habitual. Una anciana miraba hacia adelante con sus acuosos ojos azules y el pelo blanco extendido sobre la almohada; una rubia bastante gorda charlaba con su malhumorado marido; la cara de un ama de casa todavía mostraba su sorpresa al estar hospitalizada y escuchaba a medias las expresiones de consuelo de una señora con sombrero. Un biombo ocultaba una cama y daba que pensar. Una mujer delgada, muy delgada, de piel brillante, estaba tan inmóvil como su almohada. Vio en una esquina a la chica joven con la pierna enyesada.

Las visitas terminaban en diez minutos; no podía perder tiempo.

—Hola. ¿Usted es Lesley Petter?

La chica lo miró y dijo que sí. Pelo castaño, ojos marrones inteligentes, facciones agradables pero comunes. Era el tipo de rostro que necesita de la emoción para animarse, en reposo era vulgar.

La aparición de Charles le iluminó los ojos. Cualquier cosa era más interesante que la pila de revistas, policiales y manoseadas novelas románticas que tenía a un costado.

—Soy Charles Paris.

—Ah, usted es el que tomó mi lugar en el espectáculo del mediodía.

—Sí. Mala suerte la suya.

Ella se rio con aspereza.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien.

—¿Es sobre Thomas Hood, no?

—Sí —no quería seguir ese argumento, a pesar de que los ojos inteligentes de la chica indicaban que podía tener opiniones válidas sobre el tema—. En realidad vine a verla por algo especial.

—Por supuesto —parecía desilusionada, pero lo tomaba con filosofía—. Aunque no puedo imaginar de qué se trata.

—Verá —trató de buscar la mejor manera de empezar—. Yo... hay... no sé, su grupo... está pasando algo raro.

—Es un grupo raro para alguien que viene de afuera.

—No es eso, soy un hombre maduro y conozco un montón de gente joven; me esperaba algo por el estilo. Cuando digo raro es en otro sentido... eh... la muerte de Willy Mariello, por ejemplo.

Una sombra de sospecha pasó por los ojos de Lesley.

—Sí, fue terrible.

—Y por supuesto el accidente que tuvo usted.

—Ah —parecía ansiosa por desviar el diálogo en una dirección más superficial—. Alguien debe haber silbado en el camarín o mencionado a Macbeth o puesto flores de verdad en la escena o todo se debió simplemente a alguna extraña maldición teatral.

Charles rio. Él también se sentía aliviado de posponer la pregunta.

—Se las sabe todas, ¿eh? ¿Piensa dedicarse al teatro?

—Sí, eso pensaba. Pero no sé aún si soy una buena actriz. Sí, no me ha ido mal en algunos papelitos, pero el baile es mi fuerte —miró su grotesca pierna suspendida en el aire.

—Va a quedar bien.

Se veía que no confiaba en su diagnóstico, pero asintió en silencio, como si no hubiera dudas al respecto.

Charles se retiró a un terreno más seguro.

—De todas maneras creo que debe de ser una buena actriz. Al fin y al cabo, estaba actuando en *María* y en la revista...

—Sí, obtuve ambos papeles, pero no sé cómo lo hubiera hecho, cómo habrían sido las crónicas...

—Bueno... —no podía pensar en nada adecuado para decir.

—Anna tuvo muchos elogios por la revista —era una afirmación, sin celos ni malicia.

—Sí, creo que sí —Charles sintió la necesidad de hacerlo sonar como si casi no conociera al personaje.

—Y pienso que en *María* estará mejor que yo.

—Quién sabe —se ruborizó—. Le repito, es mala suerte.

—Ajá.

Se hizo un silencio. Desde un pabellón cercano se oyó el ruido apagado de una campana y Charles decidió arrojar su pregunta.

—Dígame, Lesley, ¿Willy Mariello la empujó por la escalera?

Ella lo miró sorprendida y abrió la boca para hablar, pero se tragó la respuesta instintiva y musitó con voz controlada:

—No, ¿por qué?

Era demasiado controlada. Charles no estaba convencido.

—¿Está segura? He oído rumores de lo contrario.

—La gente no debería andar desparramando rumores —replicó Lesley con voz cortante. Tenía aire confundido—. Mire, Willy está muerto. Tengo la pierna rota y no se puede hacer nada al respecto. ¿Es importante acaso para usted?

—Sí.

—Bueno, no lo sé. Para serle franca, no lo sé —hablaba con torpeza, como una buena chica ante algo que no podía tragar—. Cuando sucedió me sentí muy confusa y supongo que me enojé con la persona que tenía más cerca. No sé... Willy no hubiera sido capaz de hacer una cosa así... ¿Qué podía ganar?

Charles se limitó a contestar la primera pregunta.

—Willy era capaz de hacer algo así; era un verdadero sinvergüenza.

Lesley pareció molesta al oír hablar así de un muerto. Afuera del pabellón sonó una campana. Se sintió el ruido de papeles de los paquetes y los últimos mensajes de los visitantes; lo miró implorante.

—Si lo hizo, estoy segura de que fue en broma, una payasada...

—¿Entonces lo hizo?

—No lo sé. Yo...

—¿La empujó?

—Sí. —Al decirlo, se cubrió el rostro con las manos.

Charles la dejó asegurándole que trataría de visitarla otra vez. Y lo haría. Pobre chica, clavada en un hospital de una ciudad desconocida, y todos sus amigos demasiado ocupados para recordarla.

Cuando se fue, los ojos marrones de Lesley tenían un brillo de preocupación. Y no se debía precisamente a la soledad. Desde el accidente había logrado convencerse de que se trataba de una equivocación suya, un desafortunado desborde de exuberancia juvenil. Ahora se había visto obligada a destruir esa ilusión y su naturaleza amable encontraba difícil pensar que alguien pudiera ser tan malvado.

Charles no pensaba lo mismo. De pronto, la capacidad humana para causar maldad le parecía infinita.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO DIEZ

*Y así el placer elude muchas veces nuestra mano
justo cuando creemos tenerlo atrapado;
y persiguiendo a la felicidad,
no hacemos más que atrapar una pantufla.*

La Cacería de Epping

Dos COSAS estaban claras. Una, que la confrontación con Anna ya era inevitable. Y la otra, que no podía afrontarla. Todavía conservaba la esperanza de que todo se resolvería solo, que habría una explicación inocente para esa perturbadora cadena de sucesos que su lógica había acumulado. Y si sus sospechas eran infundadas, no quería que arruinaran la floreciente relación con Anna. Arriesgaba demasiado. Hacía años que una mujer no lo conmovía de esa manera.

Consideró la posibilidad de disfrazarse, pero la rechazó. Como actor era capaz de lograr una transformación física convincente, y no sería la primera vez que usaba un disfraz para conseguir información. Pero no se trataba de ocultar su identidad a gente que conocía, sino de engañar a una chica con la que se había acostado. En esas circunstancias no existía un disfraz que pudiera funcionar. Ni siquiera el variado guardarropa de las muchas casas de ropa usada en Edimburgo, o la magia del maquillaje, con rellenos de gomapluma, máscaras de látex y lentes de contacto coloreados podrían soportar un escrutinio de cerca.

Lamentaba no poder usar la idea del disfraz que apartaba su mente de los caminos depresivos por los que circulaba; como a casi todos los actores,

le resultaba más fácil llevar a cabo una tarea difícil personificando a otro. Se imaginó apareciendo ante Anna completamente disfrazado, confirmando su inocencia con unas pocas preguntas bien pensadas y sacándose la máscara para convertir todo en una broma.

Pero no era más que una fantasía. Estaba influenciado por Martin Warburton y la fuerte atracción de canalizar las partes desagradables de sí mismo a través de otra identidad. El hecho era que disfrazarse no le serviría de nada.

Pensó en un interrogatorio por teléfono. Podía llegar a simular una voz anodina. ¿Pero a quién podría Anna dar información por teléfono? No había más que dos respuestas... o a alguien que conociera o a un policía. La primera no servía y Charles no se sentía inclinado a arriesgarse con la segunda. En otra ocasión le habían advertido que hacerse pasar por policía era un delito grave. Y si Anna tenía algo que ocultar, un policía sería la última persona que obtendría sus confidencias. Lo que necesitaba era alguna otra persona que tuviera una razón justificable para verla e introducir en una conversación normal las preguntas necesarias.

Y eso significaba un cómplice. Era miércoles. Gerald Venables ya debía estar de vuelta de su fin de semana en Cannes Charles llamó a su oficina de Grosvenor desde una cabina pública de Royal Mile.

—¿Cómo anda ese trabajo de detective, Charles?

—A decir verdad, no sé. Creo que estoy sobre una pista.

—¿Te puedo ser útil? —la voz sonaba ansiosa. Para Gerald, que pasaba su vida sumergido en las pequeñas trampas de las rupturas de contratos en su firma de asesoramiento legal del ambiente artístico, el crimen resultaba fascinante. Tenía un entusiasmo casi juvenil por todo lo misterioso—. ¿Hay que revisar testamentos, analizar muestras de sangre, aplicar el tercer grado a algún espía de la ley, borrar del mapa a pistoleros? Dímelo y haré lo que pueda.

Charles deseó poder compartir su entusiasmo de detective de ficción ante este caso; pero para él todo era muy real y depresivo.

—Hay algo que puedes hacer por mí. Pero tendrás que venir a Edimburgo.

—Perfecto. Uno de mis clientes actúa en el *Tartufo* de la Compañía de Actores y tengo un contrato de cine cocinándose para él. Puedo arreglar para ir y discutirlo.

—¿Es urgente?

—No, pero no tiene por qué enterarse de eso.

—¿Y le harás pagar la cuenta? —Charles se sintió obligado a protestar en nombre de su colega actor.

—No te preocupes. Tendrías que ver lo que le van a pagar por la película. Y me puede descontar de los impuestos. En realidad le estoy haciendo un favor.

—Umm —no valía la pena discutir de dinero con Gerald—. ¿Cuándo puedes venir?

—Si Polly me consigue un vuelo, llegará esta noche —era típico de Gerald malgastar el dinero de sus clientes viajando siempre en avión.

Desde el punto de vista de Charles eso sonaba perfecto.

—Bien. Si llegas a tiempo, me gustaría que vieras una revista que se da a las 23:00. Ah, ¿podrás traer uno de tus grabadores?

—¿Quieres grabar una conversación?

—Exacto.

—¿En secreto?

—Sí. ¿Crees que podrás llegar hoy?

—Haré lo posible. ¿Puedo llamarte?

—No, estoy en una cabina pública.

—Lláname de nuevo dentro de una hora y te diré cómo van las cosas.

Charles decidió que no podía pasar otra noche con Anna hasta que sus sospechas fueran aclaradas. Trataba de convencerse de que después de todo sería mejor. A lo mejor se quedaba en Edimburgo más tiempo. A lo mejor aún lejos de Edimburgo podían...

Pero primero había que aclarar las cosas.

Salió de la cabina telefónica y se dirigió a la oficina de reservas de Cokbum. Buscó su valija en Coates Gardens y para las 17:00 estaba instalado en la casa de huéspedes Aberdour, propiedad de la señora Butt. Había alquilado una habitación por dos noches.

Desde allí llamó a la oficina de Gerald. La eficiente Polly había obrado maravillas y su jefe ya estaba en camino al aeropuerto en un taxi. Llegaría al aeropuerto de Edimburgo a las 21:30 y a la terminal de ómnibus más o menos a las 22:00.

Charles decidió que tenía que ver a Anna. Luego de beberse un par de *whiskies* para darse ánimo en un bar de la calle Rose, volvió a Coates Gardens, adonde, como suponía, estaba llegando a su fin otra cena a base de repollo. Le hizo señas a Anna, que se levantó discretamente y se reunió con él en el *hall* desierto.

No le fue difícil mentir.

—Anna, lo siento, esta noche no iré a tu departamento. Al mediodía apareció un viejo amigo, Alastair Newton, a ver la función. Me invitó a cenar con él. Está un poco alejado de Edimburgo, así que me dijo de quedarme allí a pasar la noche y que a la mañana me acercará. Es una lata, pero no me pude librar de él.

Anna pareció desilusionada, lo cual no le facilitó las cosas.

—De todas maneras no me vendrá mal dormir un poco —sonrió.

Charles también sonrió. Era preciosa, y sus ojos azul marino tenían un aspecto tan abierto y honesto que deseó poder borrar todas las sospechas del libreto de los últimos días. Estaba seguro de que las cosas saldrían bien. Era posible que más adelante hasta pudieran reírse juntos del asunto.

—Pero mañana... —arriesgó—. ¿Te parece bien que vaya después de la revista como siempre?

—Como siempre, por supuesto —su voz era cálida, pero todavía prefería la discreción y no quería que los vieran juntos—. Será mejor que regrese a la mesa.

Cuando estaba por irse, Charles le tomó la mano y se inclinó para besarla. Sus labios se juntaron.

Un crujido en las escaleras hizo que Charles se apartara con aire culpable. Anna mantuvo su serenidad como siempre y miró a la persona que los observaba. Se volvió hacia Charles.

—Nos vemos —y sin perder su compostura regresó al comedor.

Martin Warburton se hizo a un lado para dejarla pasar, miró a Charles, lanzó una de sus risitas sardónicas y se dirigió hacia afuera cerrando la

puerta de un golpe.

No importaba. Era Anna la que quería mantener su relación en secreto y tarde o temprano alguien tenía que descubrirla.

Charles recordó que había dejado su cepillo de dientes en uno de los baños del primer piso. En el descanso se encontró con James Milne que bajaba corriendo y enojado.

—Ah, hola Charles. Ya les dije que no golpearan la puerta. No solo es malo para la puerta sino que molesta a los vecinos, y luego recibo quejas. ¿Vio quién fue?

—Martin Warburton.

—Ah —el tono del Lord viró del enojo a la confidencia—. Quería hablarle de Martin Warburton. Suba a tomar una copa.

—Va a tener que ser rápida porque estoy invitado a cenar —era importante seguir con la mentira.

—Seré breve.

Más *whisky* en la biblioteca forrada de cuero. El Lord se ubicó delante de su chimenea de mármol para darle más dramatismo a su discurso.

—Siguiendo con nuestra charla sobre el disfraz de Martin Warburton, le diré que esta mañana lo seguí.

—¿Desde aquí?

—Sí, hasta la calle Nicholson, como usted me dijo. Esperé hasta que salió con la barba y el resto y lo volví a seguir. ¿A qué no sabe adónde fue esta vez?

—No tengo ni idea —Charles no lograba interesarse en las extrañas andanzas de Martin Warburton. Había decidido que Martin no tenía nada que ver con la investigación.

—Al Palacio de Holyroodhouse —replicó James Milne con aire teatral—. ¿Por qué irá a la Galería de Retratos y a Holyrood disfrazado?

—No sé. A lo mejor le da vergüenza ser considerado un turista.

El Lord no recibió con agrado esta respuesta superficial porque pensaba que Martin era el asesino. Charles deseaba poder compartir esa simple fe; hubiera sido un alivio para el embrollo que tenía en su cabeza. Pero no sentía ganas de contarle a su confidente las novedades. Era mejor seguirle la corriente con su teoría sobre Martin.

—Creo que en su mente hay algo que no funciona —continuó James Milne—. Estoy seguro de que todo está conectado con la historia de *María, Reina de Escocia*, Rizzio no fue más que el primero de una serie de asesinatos de la gente cercana a esa dama.

—No tengo muy claros los detalles de su vida. Lo único que recuerdo es que era muy alta y que cuando la ejecutaron le levantaron la cabeza y se le cayó la peluca.

—Los detalles que recuerda son bastante insólitos, Charles. Estoy seguro de que alguno de sus psicólogos tendría algo que decir sobre los procesos selectivos de su mente. Pero déjeme decirle que en la vida de esa infortunada reina hay episodios más significativos. Los conozco muy bien, porque de chico pasé unas húmedas y largas vacaciones en Glenloan leyendo todo lo que encontré sobre el tema. Como sabrá, María era la hija de Jaime V de Escocia y María de Guise...

Charles no estaba de humor para una conferencia didáctica. La preocupación lo hacía menos tolerante que de costumbre.

—Lo siento James, pero tengo que irme.

—Bueno, entonces deje que le preste un libro que trata de eso. No voy a darle uno de mis pesados libros de texto, sino la biografía escrita por Antonia Fraser. Es un libro popular, pero bueno —su catálogo mental lo llevó al lugar correspondiente de la biblioteca.

Charles estaba ansioso por irse. Estiró la mano para tomar el libro mientras musitaba las gracias, pero James Milne no lo soltó y le hizo un guiño.

—Si me permite citar al gran desconocido, Sir Walter Scott, le diré: «Por favor, devuelva este libro; he descubierto que muchos de mis amigos son malos matemáticos, pero casi todos son buenos bibliotecarios». Si tomamos en cuenta los orígenes, es un chiste bastante bueno.

Charles sonrió y se las arregló para irse. No tenía ganas de intercambiar citas literarias. En Dundas encontró un bar donde era poco probable que aparecieran los del grupo de teatro y se dedicó a pasar el tiempo hasta la llegada de Gerald acompañado por la invalorable presencia de Whisky Bell, Ltd.

El abogado llegó a la terminal vistiendo un traje príncipe de Gales inmaculado. Llevaba una valija que parecía una billetera gigante de cuero de cerdo y que sin duda contenía la camisa bien planchada y el pijama que correspondían a una persona de su refinamiento.

—Hola muchacho, cuéntame todo.

Charles tembló ante el pensamiento de la cantidad de policiales que debía haber leído Gerald, y sugirió que fueran a un bar.

—¿Por qué no en el del hotel? Así puedo registrarme y dejar la valija.

—¿Qué hotel?

—El North British —tenía que ser, era típico de Gerald. Polly se las había arreglado para conseguirle la reserva y de alguna manera el cliente se las arreglaría para pagarlo.

Los hoteles elegantes no eran la preferencia de Charles, pero el *whisky* era *whisky* en cualquier lado. Se sentaron en un rincón oscuro y Gerald se inclinó hacia él con aire de conspirador.

—Bien. Escupe todo —susurró de manera poco adecuada.

—¿En este momento tu firma está interesada en alguna película importante?

—Siempre lo estamos. Ahora se trata de una producción colosal ambientada en España. Comienza a filmarse en setiembre si terminamos con los contratos.

—¿Tienes participación?

—La firma, sí —era una respuesta discreta. Gerald nunca admitía su participación en las producciones cinematográficas, aunque todo el mundo sabía que incrementaban sus ya sustanciosas ganancias con inteligentes inversiones.

—¿Así que no te costaría mucho fingir que eres un productor cinematográfico?

—No tendría que fingir demasiado —replicó Gerald de manera presumida, pero al darse cuenta de que así admitía sus intereses financieros en la película, cambió de rumbo—. Creo que podría arreglármelas.

—Bien. Lo que quiero es que vayas a ver una revista que se llama *Derby Oscuro* en el Auditorio Masón de Lauriston Place. Empieza a las 23:00. En el espectáculo trabaja una chica que se llama Anna Duncan. Es

buena actriz. Aunque no pienses lo mismo quiero que después de la función vayas a verla, te presentes como productor de cine, le digas que te gustaría hablar con ella y la invites a almorzar mañana. —La traición le sabía amarga en la boca, pero era necesaria. Tenía que saber.

Los ojos de Gerald brillaban de excitación.

—¿Y mañana?

—La llevas a almorzar. Ya te diré lo que tienes que preguntarle.

—De acuerdo. ¿Esa es la conversación que quieres que grabe?

Charles asintió.

—Si te es posible.

—Dalo por hecho —otra vez el lenguaje parecía chocar con el príncipe de Gales—. ¿Tengo que usar algún seudónimo?

—No creo. Si no te importa.

—No, por supuesto que no —estaba un poco alicaído por perder ese elemento dramático, pero enseguida volvió a recuperar su humor—, ¿Anna Duncan es tu sospechoso número uno?

Charles no podía contestar esa pregunta ni siquiera en su mente.

—No diría eso. Necesito saber algo de ella, eso es todo. Pero, para mí, es difícil conseguirlo.

—¿No vas a darme todos los detalles del caso hoy?

—Mañana. Ahora no hay tiempo. Tienes que ir a ver la revista.

Fijaron una cita para la mañana siguiente y Charles regresó a la casa de huéspedes Aberdour. No le bastó la media botella de Bells que había bebido; pasó una noche terrible, durmiendo de a ratos.

La luz del día no apresuró demasiado el paso del tiempo y la llegada de Gerald a las 10:30 agregó otro retraso al programa. Anna tenía ocupada la hora del almuerzo con los ensayos y recién podía liberarse para la cena, lo que agregaba otras ocho horas a la espera. Aparte de eso, todo había salido bien la noche anterior.

Charles le contó a Gerald su versión revisada de los hechos que rodeaban a la muerte de Willy Mariello y le aclaró la información que necesitaba, con algunas insinuaciones de la mejor manera de lograrla. Esperaba haber juzgado bien el carácter de Anna y pensaba que respondería

de acuerdo con lo previsto. Pero cada vez se sentía más despreciable ante este elaborado engaño.

A las 13:15 dio su función sin pensar demasiado en ella. La audiencia había aumentado casi a ochenta personas y parecía receptiva, pero apenas lo tuvo en cuenta. Hasta tuvo una discusión con un melancólico académico irlandés que sostenía que el trabajo de Hood no contenía una alta seriedad moral; lo único que funcionaba eran los reflejos de su mente, el resto se torturaba de ansiedad y culpa.

A la tarde trató de distraerse y pensar en las otras posibilidades del caso. Lo que tenía que hacer era investigar la visita de Martin Warburton a Holyrood para ver si eso le inspiraba alguna idea. Pero mientras lo pensaba, se daba cuenta de que no le sería posible. Todos sus pensamientos se centraban en Anna.

Vagando por la ciudad encontró a Frances sentada en un banco en el parque. Había logrado librarse de Candy y Jane, enviándolas a una excursión en ómnibus por Edimburgo y disfrutaba del descanso. Charles sabía que ella notaría que estaba preocupado pero se exigió a sí mismo no descargarse con su exmujer. Sabía que lo iba a comprender y tranquilizar, porque eso era lo que más le molestaba de ella, su capacidad para comprenderlo. Era una opción que no deseaba tomar. Sus culpas por Frances se juntaron con los pensamientos intragables que giraban en su cabeza.

Apenas escuchó lo que Frances le decía. Casi todo se refería a Candy y Jane, a los espectáculos que habían visto, a lo cansador que le resultaba el viaje y cómo necesitaría unas verdaderas vacaciones después. Pensaba quedarse en Escocia unos días más cuando las chicas se fueran. Charles estaba sentado, escuchando a medias y nervioso. De pronto inventó una cita y se puso de pie. Hicieron planes muy vagos para encontrarse a comer en los próximos días cuando tuvieran más claro el panorama y Charles se alejó sin mirar atrás, con miedo de ver el dolor en sus ojos.

Todavía faltaba bastante para que abrieran los bares. Se acercó a un cine, pero cambió de idea y continuó su deambular sin rumbo.

Al fin llegaron las 17:00 pero el *whisky* no le sirvió de nada. Era como tener un fuerte resfrío que embotara sus sentidos. Cuando llegaron las 19:30

pensó con tristeza en Gerald y Anna encontrándose en el restaurante Cosmo de North Castle. Se sentía impotente, como si estuviera contemplando un accidente desde lejos, sin poder impedirlo.

Eran casi las 22:00 cuando la señora Butt, de mala gana, admitió a Gerald en su pensión. Tenía el rostro arrebatado por la excitación o el vino y traía su grabador en el portafolios.

—Logré una grabación especialmente larga. No sé cómo será la calidad porque lo único que pude hacer fue apoyar el portafolio en la mesa y confiar en que resultara.

Charles no tenía ganas de hablar.

—Vamos a escucharlo.

Gerald sacó el grabador como un chico de colegio exhibiendo con orgullo un diploma que premiaba su habilidad en ciclismo. Conectó la máquina y rebobinó el casete. Cuando comenzó, movió los diales para obtener un sonido óptimo.

La calidad no estaba mal. La voz de Gerald se escuchaba lejos porque el micrófono había estado apuntando en dirección contraria, pero él mismo se ocupó de aclarar las dudas cuando sus preguntas eran inaudibles. Había mucha interferencia cuando traían los platos o golpeaban cubiertos, pero casi todas las respuestas de Anna se oían bien. Charles sintió escalofríos al escuchar su voz. No era precisamente atracción, ni tampoco culpa, sino una mezcla de emociones que nunca antes había sentido.

El cassette empezaba con una graciosa conversación entre Gerald y el mozo, donde este decía, que estaba seguro que el *Signor* preferiría poner su portafolios en el piso. Esto fue seguido por un pedido muy detallado. Gerald no se privó de nada y Anna siguió su ejemplo. No cabía duda de que el cliente iba a pagar caro el asesoramiento por su contrato.

Después de este preámbulo Gerald comenzaba a explicar el porqué de su presencia en Edimburgo. Era productor de cine, estaba preparando una nueva película, aprovechaba para encontrarse con algunos de los otros accionistas, disfrutaba del festival... y a lo mejor seleccionaba algunos actores y actrices.

La reacción de Anna fue poco comprometedora y Charles empezó a sentirse doblemente culpable. Si era inocente, lo que estaban haciendo Gerald y él era imperdonable. Ninguna aspirante a actriz debería sufrir semejante manipulación de sus esperanzas.

Ahora la voz distante de Gerald contaba el argumento de la película, tal como lo habían planeado. Dejó caer algunos nombres importantes y habló con entusiasmo de las locaciones en España y Finlandia. En realidad no todo era mentira; se había basado en la película que estaba preparando. La única parte falsa era que necesitara una actriz, para el papel de una joven cuyo amante (un conocido actor hacía esa parte), un sinvergüenza, la trataba con crueldad y era acuchillado en la mitad de la historia. «Por supuesto —ronroneó la voz distante de Gerald—. Será difícil, se va a necesitar mucho realismo. Cuando lo matan, la chica tiene que expresar sus complejas emociones. Sabe que es un mal tipo, pero... le es difícil aceptarlo. Creo que van a ofrecerle el papel a Diana Rigg o a alguien de ese tipo, pero el director está empeñado en la locura de buscar una desconocida. Es que ha leído demasiadas revistas de cine».

Luego le trajeron el primer plato. Gerald probó el vino como un experto y el sonido posterior semejante a unas cataratas del Niágara de bolsillo le sugirió a Charles que la copa de Anna estaba cerca del micrófono. Por un rato no oyó nada en la cinta, salvo el ruido de gente comiendo y algunos comentarios sin importancia. Para Charles fue un purgatorio. Luego la voz de Gerald retomó su táctica. «Oh. Discúlpeme por haber mencionado el detalle de la cuchillada. Leí en el diario acerca del terrible accidente en su grupo. No debí hablar de eso».

«No se preocupe, está bien», se oyó la voz de Anna muy clara y controlada. ¿Era genuino ese control o era fruto de su solvencia actoral?

Gerald seguía disculpándose. «No, lo siento, no debí haberlo mencionado. Son cosas terribles. Seguramente se habrá sentido mal. Pero piense cuánto peor hubiera sido si la persona muerta era un amante o alguien cercano. No puedo ni pensarlo».

«No, es espantoso». Charles trató de separar las distintas capas de entonación para poder entender lo que Anna quería decir. ¿Estaba

mordiendo el anzuelo? Se sentía dividido entre su deseo de justificarla y la satisfacción de probar que su enfoque psicológico era correcto.

Se escuchó la voz de Gerald, más apagada que nunca. «Ese es el problema. Toda tragedia deja a alguien detrás. Supongo que este Mariello... ¿se llamaba así?... Supongo que tendría una chica... habrá sido tremendo...».

«Sí, tenía una chica...». No había ninguna duda sobre el modo en que pronunció la frase. Estaba soportando la prueba, sin perder ni un ápice de su capacidad dramática. Pero su significado era claro. Charles Paris lo intuyó íntimamente y su dolor fue casi físico.

La reacción de Gerald en la cinta era innecesaria, pero el grabador siguió su camino. «¿Usted?».

«Sí; Willy y yo fuimos amantes». La voz era suave, muy emocionada. Tragó aire y se oyó un sollozo. «Fuimos amantes...».

«Lo siento, no lo sabía. No hubiera sacado el tema si...». Las disculpas de Gerald se mezclaban con las llorosas aseveraciones de Anna de que ya estaba bien. Estaba aprovechando la escena al máximo.

Se llevaron su plato de paella sin terminar y se calmó lo suficiente como para que recomenzara el interrogatorio. «Tiene que haber sido terrible para usted. Estar allí y... oh, disculpe. ¿Habían terminado o seguían siendo amantes?».

Se produjo una larga pausa en la que Charles casi pudo ver el desconcierto de Anna ante la pregunta y su indecisión ante qué camino tomar. La voz se volvió a escuchar, tranquila pero bien impostada. «Seguíamos». «Dios mío». Sonaba real. Gerald también había actuado como correspondía. «Usted está en la misma situación que la chica de la película. Es increíble». Charles ya no se sentía culpable por el engaño. La culpa había sido desalojada de su mente por la ira mientras escuchaba a Gerald tenderle la siguiente trampa. «La sensación de pérdida es terrible. Es tan difícil explicar a alguien lo que uno siente, sus verdaderas emociones. Y es aún más complejo para la chica de esta película, porque su amante no es precisamente galante con ella. Un bastardo, que hace locuras, cosas crueles, criminales. Me parece que el personaje está un poco recargado. Ninguna mujer sería capaz de quedarse con un hombre como ese».

«No lo sé...». Otra vez un simple comentario, pero cargado de todos los matices que podía imbuirle su considerable talento.

«Pero...».

«Oh, ¡basta! ¿Por qué no hay que hablar mal de los muertos? Él ya está muerto y de todos modos no lo quise por su bondad cuando vivía. Conocía sus fallas. Podía ser cruel y maligno» —estaba entrando en calor—. «Actuaba como un loco. Hacía cosas malvadas y decía que lo hacía por mí».

Gerald se limitaba a gruñir su interés; Anna no necesitaba que la alentaran. «¿Quiere un ejemplo? Hace poco casi mata a alguien por mí». Dejó que el dramatismo lograra su efecto. «En nuestro grupo había una chica que iba a actuar en la revista. Tenía mi parte. Alguna vez le había dicho a Willy que la envidiaba. No es que estuviera celosa; era una chica encantadora y la apreciaba mucho,... pero, no sé, habré mencionado que tenía un papel fabuloso o algo así. ¿Y sabe lo que hizo Willy?».

«No», replicó Gerald en el momento adecuado.

«La empujó por las escaleras».

«Dios mío».

«Sí. Fue una crueldad. Lo siento, pero usted estaba en un error cuando dijo que yo no sabía lo que era estar enamorada de un bastardo. Lo sé, para mi desgracia».

Charles se levantó y apagó el grabador.

—Fue muy emotivo —exclamó Gerald—. De veras. ¿Te parece que toda esta información es útil? *Cherchez la femme*, dice en los libros policiales. Flaqueza, tu nombre es mujer. ¿Es Raymond Chandler el que las llama debilidades?

—¿Falta mucho? —preguntó Charles con brusquedad.

—Un par de platos más. Después se anima un poco.

—Después de superar la prueba.

—Sí, supongo que puedes decir eso.

—Voy a repasar la cinta para ver si hay algo importante.

—Deja que lo haga yo, Charles —Gerald parecía inquieto—. Tengo que decir que es una chica preciosa. Esos ojos azul marino... ¿La conoces bien?

—Eso creía, al menos.

—Ah —de pronto comprendió—. Ah —se afanó con el grabador, reproduciendo trozos de diálogo. Casi toda la conversación se limitaba a una serie de banalidades sobre cine y teatro.

«... ¿Tiene mucha experiencia como actriz?».

«Sí. Pero hasta ahora solo a nivel universitario».

«¿Y quiere ingresar en el teatro profesional?».

«Por supuesto. Ya he recibido un par de ofertas».

«¿De qué tipo?».

«Bueno, me han llamado para actuar en *Hedda Gabler* en el Haymarket de Leicester...».

—¡La muy perra! —gritó Charles. Con la exactitud incuestionable con que coinciden las piezas de un rompecabezas, vio su propio rol en ese procedimiento calzar a la perfección. No era más que un actor de reparto en el escenario teatral más antiguo del mundo... la cama del acomodo.

Gerald adelantó la cinta y la detuvo en otro extracto de conversación.

«Bueno, ya lo sabe —érase la voz de Anna—. Mi espectáculo termina a la medianoche...». Gerald detuvo la cinta.

—¿Qué era eso? —preguntó Charles.

—Nada.

—¡Vuelve atrás! —Gerald se sintió impotente ante este arranque de furia y sin decir nada apretó el botón. La voz de Anna continuó. «Si usted quiere podríamos encontrarnos después».

«Me alojo en el North British, en la calle Princes. Podemos encontrarnos en el *foyer* a las 00:30...». —Gerald sonrió débilmente ante el sonido de su propia voz.

«De acuerdo. Nos vemos». Charles se sintió asqueado ante el tono familiar de Anna.

Apagó el grabador y se volvió hacia su amigo.

—Por favor —exclamó Gerald contrito— no me juzgues mal. Pensé que si estabas planeando tener una confrontación con ella querías saber hasta dónde era capaz de llegar, y que eso sería importante. Me refiero a que... por Dios, ¿no creerás que yo...? Soy un hombre casado. Kate y yo tenemos una relación perfecta y...

Todavía murmuraba sus disculpas cuando Charles salió furioso de la habitación.

Al principio caminó enloquecido sin saber adonde ir, pero poco a poco se fue calmando lo suficiente como para pensar en su próximo paso. Era medianoche y tenía que enfrentarse con Anna. La cólera había desalojado todos los sentimientos delicados que lo habían frenado hasta ese momento.

Ya conocía bien sus movimientos. A las 00:15 terminaba la obra; podía ir a buscarla al auditorio, o dirigirse a su departamento y esperarla allí. Pero un masoquismo perverso le hizo rechazar ambas alternativas. A las 00:20 se instaló fuera del Hotel North British. Se recostó contra una esquina del edificio en la parte superior de la escalera que llevaba a la estación Waverley y no pudo evitar un ruego interior porque Anna no apareciera. Por lo menos eso le evitaría que el cuchillo se revolviera en la herida. La idea de Anna engañándolo con Gerald era el pensamiento más intolerable de todos los que lo torturaban. Decidió esperar hasta las 00:45 e ir después al departamento. Anna llegó a las 00:30. Charles oyó primero el taconeo y luego la vio avanzar con paso decidido hacia él. Tenía puesta la misma camisa amarillo pálido con los bailarines de foxtrot y los pantalones de terciopelo que usaba cuando la invitó por primera vez a cenar. Se sintió mal.

Al ver que ella se acercaba Charles se separó de la pared y avanzó para enfrentarla. El dolor era tan intenso que no podía hablar. Se detuvo enseguida, balanceándose en los talones.

Cuando Anna lo vio tuvo un fugaz sobresalto, pero de todos modos habló con voz serena.

—Hola, Charles, Me pareció entender que nos íbamos a encontrar en el departamento.

Charles logró gruñir un «Sí».

—Por suerte te encontré porque voy a llegar tarde, tengo que ver a alguien en el North British.

Casi sintió respeto por la franqueza de su explicación, hasta que oyó la frase siguiente.

—Es una tía que se quedará en Edimburgo poco tiempo.

—¿Vas a visitar a una tía a las 00:30?

—Sí. Estuve ensayando todo el día, así que no he tenido otra oportunidad de hacerlo. Iré al departamento en cuanto me libere de ella. Sonrió. Era la misma sonrisa, la que lo había alegrado toda la semana. De pronto se dio cuenta de que Anna era como una máquina bien aceiteada. Tenía todo el encanto y la inteligencia de un ser humano y sabía usarlos a la perfección, pero por dentro había una fría computadora egoísta y controladora. Las demás personas, y el sexo y las emociones no era más que programas que la alimentaban para producir resultados rápidos. Charles supo que jamás volvería a creerle. Anna no estaba gobernada por los principios éticos habituales, sino por el criterio de la máxima ventaja.

—Estás mintiendo —la interrumpió con tono cortante—. Vas al North British para ver a Gerald Venables. Los vas a ver porque crees que es un importante productor de cine y te puede ayudar. Igual que te acostaste conmigo porque soy un director de teatro y con Willy Mariello porque era una estrella y podía tener contactos interesantes —deseó que sus acusaciones tuvieran algo de dignidad en lugar de expresar su torpeza.

Cuando Anna respondió sus ojos azul marino centelleaban de ira, pero la voz continuaba serena.

—Entiendo. Tú arreglaste lo de Gerald Venables.

—Sí.

—... Que en realidad no es un productor. El papel del que hablaba no existe tampoco, ¿verdad?

—Es una especie de productor ocasional. Pero, no, el papel no existe. Echaba chispas. La había tocado donde más le dolía. En su carrera.

—Qué asquerosa trampa.

Por un momento Charles se sintió culpable, pero luego recordó la situación. Anna era tan convincente...

—Supongo que esto me pasa por meterme con viejos. Lo único que se logra es que se pongan pesados y celosos.

—¡Dios! ¿Crees que armé todo esto como una broma macabra para poner a prueba tu afecto por mí? —casi gritaba, se sentía herido. Una pareja madura que pasaba en ese momento se dio vuelta para mirarlos y siguió.

—¿Qué otra razón puede haber?

La pregunta de Anna sonó convincente, pero todo lo que decía sonaba convincente en su boca. Pero ahora Charles no pensaba detenerse. Era la hora de la verdad. Y de las acusaciones.

—Le pedí a Gerald que obtuviera alguna información sobre ti.

—¿Como qué?

—Quería saber, entre otras cosas, si tú y Willy Mariello eran amantes.

—¿Y qué tiene eso de malo? Por lo menos él tenía mi edad. Ves, estás celoso. Celoso de un muerto. De todas maneras Willy y yo habíamos terminado. Fue algo que sucedió cuando yo estaba en Derby. Pensábamos que continuaría al llegar aquí, pero no resultó.

—A Gerald le dijiste que duró hasta la muerte de Willy.

—Ah, no te has perdido nada de esa conversación. No era verdad. Lo dije para parecerme más a la chica de la película.

Eso también parecía posible. Anna podía haber dicho cualquier cosa que la ayudara a obtener el papel. Pero Charles no estaba satisfecho.

—¿Willy estaba de acuerdo con terminar?

—No. También se puso pesado. Quería conquistarme. Pero yo lo había superado.

—¿Cómo trataba de reconquistarte?

—Cometiendo estupideces.

—¿Como por ejemplo empujarla a Lesley Petter por las escaleras del castillo?

Eso sí la golpeó. Se produjo una larga pausa.

—Sí, supongo que esa fue una tentativa para lograr que volviera con él.

—¿Tú se lo sugeriste?

—¡No, de ninguna manera! Pude haber mencionado que era su reemplazante, que los papeles que tenía eran buenos, pero no...

Charles podía imaginar sus «menciones» dichas con la inocencia de Lady Macbeth.

—Estás metida en un lío muy serio, Anna.

—¿Qué demonios quieres decir?

—El asesinato es algo serio.

—¿Qué? ¿Me estás acusando de asesinato?

—Sí.

—Estás loco. ¿A quién se supone que asesiné?

—A Willy.

—Dios mío —en ese momento pareció titubear, estupefacta por la acusación—. Nunca se me ocurrió que hubiera sido asesinado. ¿Cómo crees que hubiera podido hacerlo? ¿Y por qué, por Dios?

—Primero el porqué. Tú incitaste a Willy a empujar a Lesley.

—No es cierto. Fue idea suya.

—Más o menos. Lo hizo pensando que estarías agradecida y que volverías volando a sus brazos. Él creía que ante su acción tú te verías obligada a volver a él.

—No fue así.

—Entonces, como tú dices, se volvió pesado. Era una molestia y resultó que no tenía ninguna influencia en el ambiente teatral, pero no era fácil sacárselo de encima porque compartían las culpas por lo de Lesley. Entonces decidiste matarlo.

Anna lo miraba sorprendida.

—¿Y cómo cometí el asesinato?

Charles resumió todo el asunto de los cuchillos desparramados por Coates Gardens antes del asesinato.

—Era una gran oportunidad. Podía descubrirse antes de que tomaran las fotos, pero había algunas posibilidades de que funcionase. Y así fue.

Anna sonrió.

—Pero si como tú dices Willy y yo hubiéramos estado juntos, yo habría dormido en su casa e ido al ensayo directamente desde allí. No hubiera ido para nada a Coates Gardens durante ese período.

Era un golpe para la lógica de Charles. Pero Anna ya había mentido tanto que esa podía ser otra mentira.

—Pudiste haber ido a Coates Gardens durante la noche.

—Oh, sí. ¿Alguna fuente extrasensorial me informó que los cuchillos estaban tirados allí?

—Sí —aseguró, pero con menos convicción.

—Bueno, pues estás equivocado. No estaba durmiendo con Willy, pero tengo una coartada para esas horas. Pasé la noche en mi departamento con otra persona.

—¿Quién?

—El dueño. Lestor Wanewright. Rompí con Willy por causa de él. Lo conocí en Niza cuando estaba de vacaciones. Tiene una casa allí. Volvimos juntos y se quedó hasta que tuvo que volver a Londres por negocios. En la mañana del día en que murió Willy, Lestor fue derecho a la estación y yo a ensayar al auditorio.

—¿Por qué debería creerte?

—Lo puedes controlar. Lestor trabaja con su padre en Londres. Wanewright, del Banco Mercantil.

—Pero te acostaste conmigo dos días después.

Se encogió de hombros.

—¿No te sientes halagado?

—No. Lo hiciste para obtener algo.

—Sí, pero también me gustabas bastante.

—Oh, sí —ya no había peligro de creerle. Excepto lo de Lestor Wanewright. Eso sonaba verosímil. Si lo único que quería era una coartada, ya la tenía con Willy (había descuidado ese punto en su reconstrucción del crimen). Si le ofrecía una coartada comprobable con Lestor Wanewright era porque decía la verdad.

—Adiós, Charles, No creo que volvamos a vernos.

—No.

Se alejó, todavía enérgica y decidida. Encantadora pero inhumana. Charles volvió a apoyarse en la pared del hotel North British y dejó que las emociones que se agitaban en su interior se las arreglaran solas.

De algo estaba seguro. Anna Duncan era una perra deshonesto y una puta. Pero no una asesina.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO ONCE

*Hasta los más brillantes extremos de alegría
traen consigo finales penosos
como los dulces capullos de mayo,
cuya fragancia se extingue en el moho*

Oda a la Melancolía

CUANDO EL amanecer puso fin a esa larga noche, Edimburgo había perdido su encanto. El ánimo burbujeante con el que había llegado Charles había ido disminuyendo día a día, y la noche anterior se había llevado lo poco que le quedaba. Sin el sostén de la esperanza y la excitación —del romance se sentía cansado y miserable, y sobre todo estúpido—. Se veía desde afuera un hombre maduro enamorado de una chica joven, convencido de que ella podía detener el paso del tiempo. Era como un personaje cómico de una comedia barata, un viejo idiota, sin duda con algún nombre alusivo y poco sutil. Cuanto más pensaba en las fantasías que había construido sobre él y Anna, más deprimido se sentía. Su contrato de alquiler se había convertido de la noche a la mañana en una orden de desalojo.

Más o menos a las 09:00 llamó a Frances. Se convenció a sí mismo de que llamaba tan temprano para pescarla antes de que se fuera al concierto de Mahler de las 11:00 y no porque en su lastimero corazón necesitara algo de comprensión.

Decidieron encontrarse a la hora de cenar como si se tratara de una cita común y corriente, pero ella intuyó que había pasado algo y Charles cortó

abruptamente para detener la corriente de conmiseración que fluía por el teléfono. Todavía no estaba dispuesto a soportarla.

Y aún faltaba Gerald. A su edad Charles no quería perder un amigo a causa de una maldita mujer. Fue hasta el North British al tardío desayuno del abogado.

Gerald apareció en la recepción secándose la boca, con la cara arrebatada.

—Hola, vine a darte las gracias por lo de anoche.

—Ah... umm... no fue... nada. Espero haber obtenido la información que necesitabas.

—Sí, eso me probó que estaba en el camino equivocado.

—Bueno, lo siento.

—En cierto sentido fue un alivio.

Gerald lo miró en silencio, algo inseguro, como si esperara recibir un golpe en la nariz.

—Mira, viejo, sobre lo... umm... demás...

—Ya está olvidado.

—Me alegro. Pero ya sabes, es el tipo de cosa que... umm... no era más que una broma, pero es el tipo de cosa... me refiero a que la chica se estaba ofreciendo...

—Ya sé.

—Sí. Pero... no es como para bromear... es decir, si tú llegas a estar en casa... con nosotros. Kate tiene... un sentido del humor muy limitado en algunas cosas.

—Nunca lo mencionaré.

—Gracias —el alivio fluyó en el interior de Gerald—. ¿Quieres tomar un café?

Cuando estuvieron sentados delante de sus tazas, el abogado comenzó a hacer preguntas sobre el caso.

—Es poco lo que sé —contestó Challes—. Estaba casi seguro de que Anna era la culpable.

—Dios mío. Yo creí que lo único que querías era información.

—¿Si no, no hubieras estado tan ansioso de arrastrarla a tu cama?

—¡Charles! Dijiste que no lo mencionarías.

—Disculpa.

—¿Y ahora quién es el próximo sospechoso? ¿A quién vas a dedicarte ahora?

—Oh, no me interesa. No puedo pensar más allá de Anna. Estoy confundido. Y de todas maneras mi última actuación es mañana. Lo único que quiero es irme de Edimburgo.

—Pero ¿y el caso?

—Ni siquiera sé si es un caso. Suponte que Willy Mariello haya muerto por accidente... Eso es lo que piensa todo el mundo. ¿Por qué no pueden estar en lo cierto?

—Pero Charles, tu instinto...

—Al demonio con mi instinto. Y aun si no fuera un accidente, ¿a quién le importa? Nadie guardó luto por Willy. Un sinvergüenza menos, ¿qué importa si fue asesinado? No es asunto mío.

—No tienes que tomar esa actitud.

—¿Por qué no? —contestó—. Soy un actor, no un detective. Si fuera un detective ya me hubieran despedido hace mucho por incompetente. Hay cosas que uno puede hacer y otras que no. Es cuestión de reconocerlo antes de hacer el papel de tonto. Y he comprobado que tengo tantas aptitudes para ser un detective como un eunuco para cometer una violación.

—¿Así que no piensas seguir con el caso?

—No.

—Um. Entonces tomaré un avión de vuelta.

—Bueno, gracias por tu ayuda.

—De nada.

—Te veré en Londres, Gerald.

—Si cambias de idea y sigues investigando, no me dejes sin noticias.

—De acuerdo. Suerte —Charles se arrastró fuera del hotel.

Al parecer su función de *Tantos chistes, tanta sangre* fue bastante buena y la concurrencia ascendía a ciento veinte personas; pero a él no le importó mucho. En lo único que pensaba era en su partida de Edimburgo lo más rápido posible.

Tenía que arreglar algunos cabos sueltos profesionales. Y eso significaba una visita a Brian Cassells en Coates Gardens. Charles esperaba

que el elenco de *María* estuviera ensayando en el auditorio; no tenía ganas de encontrarse con Anna Duncan. Nunca más.

Sus esperanzas fueron respondidas desde lo alto. La casa estaba sumida en un silencio poco común. El gerente se encontraba en su oficina pegando Letraset como de costumbre.

—Pensé que necesitaríamos inflar un poco a *¿Ahora Quién?* Se estrena el lunes en su horario del almuerzo. Tenemos que mantenernos al frente en este jueguito de la publicidad o nadie se entera de qué obra están dando.

—No, es verdad —replicó Charles sordamente, pensando en la publicidad de su espectáculo.

Pero no valía la pena gastar su ironía en Brian.

—He cambiado «Una nueva obra perturbadora» por «Una macabra y sangrienta muestra de violencia por Martin Warburton». Lástima que no puedo agregar... «en donde sucumbió acuchillado Willy Mariello». Eso sí que atraería a la gente. De todas maneras la policía todavía debe estar investigando, así que a lo mejor obtenemos un poco más de publicidad.

Charles miró la cara del gerente para ver si encontraba allí algún rastro de humor, pero no pudo hallarlo.

—«Sucumbir acuchillado» implica un acto volitivo, como un asesinato, Brian. No pega con un accidente.

Era una velada tentativa de saber si un miembro común del grupo universitario abrigaba alguna sospecha sobre la muerte de Willy. Pero, al parecer, no era así.

—Eso es pura semántica. No hay que pensar tanto en el significado de las palabras sino en el impacto que pueden producir.

—Umm. ¿Piensa dedicarse a la publicidad?

—Puede ser, si no me sale el trabajo que estoy buscando.

—Creo que sería muy bueno.

—Gracias —otra vez sin darse cuenta de que este comentario podía tomarse de dos maneras.

—En realidad quería hablar de dinero.

Quedaron de acuerdo en que Brian le mandaría un cheque a Londres para cuando el miserable cincuenta por ciento de la miserable recaudación estuviera listo. Charles no esperaba mucho; hasta podía llegar a la cifra

exacta basándose en la simple aritmética; pero prefería no hacerlo. Siempre quedaba abierta la posibilidad de una agradable sorpresa.

Pero ya sabía que su ganancia no alcanzaría a cubrir los gastos. Le dolía pensar en la cantidad de succulentas comidas con Anna que iban a figurar en esos gastos. El clásico estúpido, el imbécil vejete cariñoso... sintió una oleada de disgusto consigo mismo.

Comprendió que necesitaba dinero con urgencia. A lo mejor terminaba pronto la huelga de la B.B.C. y obtenía ese papel en las series de televisión. Era la primera vez desde su llegada que pensaba en algo que no fuera Edimburgo. Una frase resonó en su mente. «Hay un mundo en otra parte». ¿Era Shakespeare? No se acordaba. Pero la sensación era melancólica y tranquilizante.

Esperaba alejarse de Coates Gardens sin ver a James Milne, pero se equivocó. Así que se encontró ante la desagradable perspectiva de decirle al doctor Watson que había abandonado la investigación.

—¿Alguna novedad? —susurró el Lord con entusiasmo cuando se encontraron en el *hall*. Volvió su cabeza canosa de derecha a izquierda con cuidadosa precaución ante la presencia de posibles espías. Charles estaba cansado de los entusiastas detectives aficionados. Gerald con su estúpida manera de hablar. James Milne con sus melodramáticos susurros.

—No, no mucho —trató sin éxito de hacerlo sonar como si el tema estuviera agotado.

—¿No ha vuelto a seguir a Martin?

—No... no —nunca le había mencionado a Anna y no veía la necesidad de hacerlo en ese momento, cuando el rol del doctor Watson se estaba volviendo inútil.

—Pero en este par de días debe haber seguido alguna línea de investigación.

—Sí, pero no... no tengo ganas de hablar de ello.

—¿Algo personal?

—Sí, descubrí que está mezclado alguien a quien conozco bien y... — Esperaba que con eso la conversación se desviara. Seguramente la educación a la antigua del Lord respetaría la discreción de un hombre sobre sus asuntos privados. En fin, cuando hay una dama en baile...

Pero la curiosidad de James Milne superaba su caballerosidad.

—¿Y adónde lo llevan esas sospechas? —preguntó muy intrigado.

—A ninguna parte. Bueno, llevarán adonde tengan que llegar. No vale la pena seguir. Solo quiero olvidarme del caso.

El Lord lo miró con aire interrogativo.

—Pero antes estaba tan interesado... Me refiero a que fue idea suya. Y ahora me quiere convencer de que no pasa nada. No puede abandonarlo así, sin más.

—Sí puedo. Ya lo he hecho.

—¿Pero no cree que deberíamos investigar un poco más a Martin, sus movimientos, su comportamiento?

—Lo siento. He perdido el interés.

—Oh. ¿Se va mañana?

—Sí.

—Bien, será mejor que le devuelva su Hood —James Milne ignoró las protestas de Charles, buscó el libro y se lo entregó.

—¿Le gustó? —Charles se aferró a esa entrevista posibilidad de alejarse del tema del crimen aunque cayese en el área impersonal de la crítica literaria.

—Sí —fue la seca respuesta.

—Hood tiene una sorprendente sensibilidad para las palabras.

—Sí.

—Se discute mucho sobre si lo suyo es nada más que un don al servicio del humor. A veces un juego de palabras o un chiste refuerza una afirmación seria. Piense en algunas líneas de estos poemas.

—Oh, sí —el Lord mostró un poco más de interés en el tema.

Charles aprovechó su ventaja.

—Y algunos de los poemas serios tampoco son malos. ¿Leyó *El Ruego de las Hadas del Verano*?

—Sí. Me hizo pensar en un Keats menor.

—Exacto. Pero *La canción de la camisa* está muy bien, aunque sea un poco repetitiva y el *Puente de los Suspiros* es bastante emotivo. ¿No leyó *El sueño de Eugene Aram*?

—No —replicó el Lord—. Nunca lo oí nombrar. —Y volvió a caer en la melancolía. Charles se sintió como un grosero por haber abandonado el caso. Tenía que suavizar el golpe de su partida.

—¿Por qué no nos juntamos mañana a la mañana a tomar una copa? En el bar de al lado del auditorio Masón. ¿Le parece bien a las 11:00? Antes de mi última función. ¿De acuerdo?

El Lord asintió, pero parecía muy alicaído y Charles tuvo la sensación de que se había comportado mal con ese hombre.

La cena con Frances fue refrescante porque al revés de Gerald Venables y James Milne, ella no lo alentó a seguir su trabajo de detective. En realidad cuando él le contó un resumen de sus investigaciones, Frances lo desalentó. Desde su punto de vista el asesinato era un asunto muy desagradable y cuando sucedía a pesar de todo, lo mejor era dejarlo en manos de la policía y no en la de aficionados sin experiencia. Podía ser muy peligroso. A pesar de estar separados, Frances conservaba por su marido un protector instinto maternal. En general este hecho se manifestaba en forma de medias abrigadas y camisas de Mark & Spencer en cada cumpleaños y Navidad.

Cenaron en el Henderseon Salad Bar, un lugar menos elegante que los que había frecuentado con Anna, pero con excelente comida y precios más accesibles. Charles comenzó a relajarse, y al hacerlo todo el cansancio del día se apoderó de él. Estuvo a punto de quedarse dormido sobre su guiso de lentejas. Frances estiró su mano y tomó la de él.

—Estás agotado.

—Mmm.

—Te has estado excediendo.

—Supongo.

—Volvamos temprano.

—Buena idea.

—Yo también estoy bastante cansada. Esas dos chicas me hicieron bailar mucho. Pero por suerte mañana toman el tren de vuelta. Me parece mentira. Creo que me quedaré un tiempo sola en Escocia.

—¿No tienes que escoltarlas hasta su casa?

—No. Una vez que deposite a esos dos monstruos en el tren ya no tendré nada que ver con ellas.

Charles sonrió ante el incipiente alivio de su voz.

—¿Y te tomarás unos días de vacaciones?

—Sí, qué maravilla. Antes de que empiecen las clases —dudó—. No sé si...

—¿Qué?

—No sé si deseas tomarte unos días de vacaciones. Si pudiéramos hacer una reserva en algún lado...

Era raro verla ruborizarse. Ruborizarse por hacerle proposiciones a su propio marido. Al acariciarla rozó la cicatriz familiar que se había hecho Frances en el pulgar con el cuchillo de la cocina. Cuando contestó, lo hizo con los párpados cargados de sueño.

—He oído cosas peores.

Antes de la función del sábado el bar parecía un salón de fiestas. Un montón de miembros del grupo que nunca habían saludado a Charles, se sentían en la obligación de despedirlo, y si, por ventura, el espectáculo había dejado algo de dinero, este se estaba yendo en anticipos para poder pagar las copas de toda esa gente que ni conocía.

Pero a Charles no le importaba. Una noche de sueño había obrado maravillas y el alcohol y la compañía habían logrado que solo ocasionalmente sintiera una punzada de dolor por Anna, o que por su mente cruzara algún pensamiento sobre la muerte de Willy. Le tomaría tiempo recobrase de esas dos obsesiones, pero no era algo imposible.

Frances también estaba allí, celebrando la partida del tren en dirección a Kings Cross. Por un increíble golpe de suerte habían logrado armar sus vacaciones. Stella Galpin-Lord estaba en la fiesta y para justificar su consumo de vodka y Campan acababa de conseguirles una reserva en el hotel Clachemmore en Loch Fyne. En realidad la reserva era para ella, pero el amigo actor que iba a acompañarla esa semana había conseguido un papel en una película y tuvo que cancelar su viaje. Su presencia en el bar estaba justificada por su necesidad de un trago consolador después de la desilusión. Pero su desgracia fue la suerte de Charles y Frances. Un llamado

arregló el cambio de reservas y Charles se sintió tan excitado por la velocidad con que había sucedido todo que no tuvo tiempo de preguntarse si era muy acertado ir de vacaciones con su exmujer.

Sentía afecto por toda la gente de Derby y en ese momento en que su partida era inminente, hasta se permitió sentir pena porque todo terminara. Sam Wasserman hablaba con entusiasmo (y sin duda alegóricamente) con Pam Northcliffe. Ella le daba la espalda a Charles, pero este podía imaginar el velo de aburrimiento que cubría poco a poco sus ojos. Frances trataba de sostener una conversación con el hombre de la iluminación, Enchufe, que tenía que ocuparse de las luces de *¿Ahora Quién?* pero prefería aprovechar un trago gratis. Martin Warburton gesticulaba con aire salvaje mientras exponía una de sus teorías a Stella Galpin-Lord. Todos parecían animados y alegres menos James Milne, sentado un poco aparte con su vaso de cerveza.

Como el Lord era la primera persona a la que Charles había invitado, se sentía en la obligación de hacerle compañía y se sentó a su mesa.

—¿De veras piensa abandonar la investigación, Charles?

Se sintió molesto de tener que enfrentar los ojos del hombre mayor.

—Sí.

—Estoy seguro de que no deberíamos hacerlo. Si vuelve a ocurrir algo nos sentiremos muy mal.

—¿Qué otra cosa puede pasar?

—Otro crimen.

—¿Por qué?

—No sé. No es más que... —el Lord se inclinó y bajó la voz—. Estoy convencido de que hay algo raro en el comportamiento de Martin. Tendríamos que investigar un poco más. No podemos dejarlo así como así.

Era perturbador. En el fondo, Charles estaba de acuerdo, pero había logrado alejarlo tanto que casi no le molestaba. Tendría que hacerle alguna concesión a su conciencia.

—¿Se refiere al departamento de la calle Nicholson?

—Algo así, Charles.

—También está lo de Holyrood —de pronto tuvo una inspiración—. Iremos allí esta tarde —el Lord pareció aliviado porque todo se ponía en movimiento nuevamente y Charles, por su parte, sintió que era una

alternativa satisfactoria. Daba la ilusión de que estaba interesado y era una manera agradable de pasar la tarde. Una visita al famoso palacio de Edimburgo sería una despedida apropiada.

—¿Otro trago? —la voz se escuchó aguda detrás de Charles. Al darse vuelta vio a Martin Warburton sosteniendo un par de vasos vacíos—. Voy por otra vuelta.

Charles miró su reloj.

—Será mejor que no. Si bebo una copa más voy a necesitar ir al baño en medio de la función.

James Milne también se rehusó con cortesía, pero Martin no se alejó enseguida. Se quedó inmóvil un instante y dijo casi para sí mismo: «Holyrood».

—Sí —dijo Charles— esta tarde vamos allí. ¿Ha ido alguna vez?

—No —replicó Martin inocentemente—. Nunca.

La última función de *Tantos chistes, tanta sangre* anduvo muy bien y justificó el entusiasmo del *Glasgow Herald*. Tal vez el mayor mérito provino de la elocuencia etílica de su protagonista respaldado por un auditorio más que alegre debido a los presumibles efectos del alcohol. Al terminar la función Charles fue atacado por el melancólico sentimiento que sigue a toda última función, matizado por una súbita urgencia de beber algo de inmediato al saber que los bares cerraban a las 14:30.

Un par de copas más y se despidió del grupo en medio de una nube de indescriptible compañerismo. Frances había salido de compras por Edimburgo en busca de un par de botas de goma que, según aseguró a Charles, eran esenciales si pensaba estar unos días en la costa oeste de Escocia. Mientras James Milne lo esperaba afuera del auditorio, Charles se dirigió al camarín a recoger sus pertenencias.

Ya estaban preparando el escenario para el ensayo de luces de *¿Ahora Quién?* y Martin Warburton estaba conferenciando con Enchufe. Charles tomó el bolso que había dejado allí.

—¿Están aquí todas las diapositivas, Enchufe?

—Sí, jefe.

—Adiós, entonces.

—Adiós.

Charles acomodó alegremente el bolso sobre su hombro.

—Adiós, Charles París —musitó ausente Martin Warburton.

El guía del palacio de Holyrood era un caballero jovial con gorra verde, saco verde y pantalones escoceses. A su buen humor no le hacía mella el esfuerzo de tener que mostrar el viejo edificio diez veces por día (o más en época del festival) a una mezcolanza de turistas internacionales, pero sus chistes tenían a veces un aire prefabricado.

Charles dejó que todo fluyera agradablemente. Confiaba en que los efectos del alcohol le durarían hasta que los bares volvieran a abrir a las 17:00. Después de la tensión de los últimos días se merecía una noche sin problemas.

Mientras tanto las informaciones sobre la historia y el arte de Escocia seguían brotando del guía; «Carlos II reconstruyó el palacio... Jorge IV quería que lo retrataran vistiendo un kilt... se puede reconocer un mueble tallado por Grinling Gibbons por su firma, cinco arvejas en su vaina... la reina da fiestas en estos jardines... el clavicordio de Johann Rucker de Antwerp, todavía funciona a la perfección... los retratos de reyes ficticios son obra de Jacob de Wet».

Cada tanto el Lord sacaba a Charles de su ensoñación con un susurro.

—¿Le parece que eso puede significar algo?

—¿Qué?

—El tapiz del siglo dieciséis sobre la Batalla de los Centauros.

—¿Por qué?

—Bueno, ¿es violento, no? Y Martin está muy obsesionado por la violencia.

Charles fingía interés por un momento y luego su mente volvía a dormitar. Con la lucidez que da el alcohol, comprendía que, en lo que a él tocaba, ese caso de Mariello había terminado. El alivio que le daba esa decisión hacía que pudiera mirarlo con objetividad. Veía el largo sendero de sus sospechas erradas enroscándose a lo lejos, como una farsa, y se veía a sí mismo como el protagonista que sobreactuaba, abriendo siempre la puerta equivocada después que los ladrones se hubieran ido, cuando la chica linda

ya se había puesto la ropa, o los pantalones del vicario habían desaparecido para siempre.

Y sin la presión de estar obligado a pensar en ello, una nueva lógica invadió el caso. Primero, que lo más probable era que la muerte de Willy Mariello fuera accidental. Y de no haber sido así la única persona que había tratado con él era James Milne, que le había vendido la casa. A lo mejor allí existía algún motivo, tal vez (tomando en cuenta la insinuación de Michael Vanderzee), entre Willy y el Lord había habido alguna *liaison* homosexual. Tal vez, tal vez. Los motivos y las sospechas tenían la fascinación de las palabras cruzadas. Tal vez algún día alguien hiciera el esfuerzo de descubrir lo que había pasado. Algún policía. Pero no Charles Paris. El trabajo de detective era tan lento y poco satisfactorio como leer a Dickens en busca de partes puercas. No era para él. Siguió al guía aún envuelto en su nube de alcohol.

Las partes más viejas del castillo, situadas en la torre de Jaime IV, se dejaban siempre para el final. Eran los departamentos de María, reina de Escocia, y su marido, Lord Darnley, y era imposible entrar a ellos sin sentir emoción.

El dormitorio de Darnley estaba abajo y había una pequeña escalera que llevaba a los aposentos de la reina. La puerta de al lado pertenecía a la habitación donde había sido asesinado David Rizzio, su secretario, músico y acompañante italiano, por Darnley, Patrick Ruthven y otros nobles descontentos. En su cuerpo se habían hallado entre cincuenta y sesenta puñaladas.

—Y aquí —culminó el guía con dramatismo— está el lugar exacto en el que sucedió —y girando con rapidez echó mano al remanido chiste—. No vale la pena buscar manchas de sangre. No hay más que una placa de bronce, el piso es nuevo. Pero todo lo demás está tal cual.

—¿Todo? —preguntó Charles haciéndose el gracioso—. ¿Es el mismo reloj?

—¿Qué reloj? —preguntó el guía, confundido por primera vez.

—Pues, el reloj... —Charles recorrió la habitación con la vista. No había ningún reloj—. ¿Entonces qué es ese tic-tac?

Miró despacio su bolso, lo apoyó en el piso y lo abrió con sumo cuidado. Los turistas lo miraban fascinados.

No había dudas. En los diarios aparecían suficientes fotos de Irlanda del Norte como para no reconocer ese desprolijo artefacto casero hecho con el cuadrante de un reloj y alambres.

También lo reconoció el resto de la concurrencia. A pesar del pánico y los gritos que siguieron a la precipitada huida de los turistas por la angosta escalera, alcanzó a oír la voz del Lord, agudizada por el miedo.

—¡Una bomba! ¡Pudo habernos matado! ¡Una bomba!

OceanofPDF.com

CAPÍTULO DOCE

*El perro saltó, pero no ladró,
Tiraron del cordón pero la campana no sonó.
El horrible llamador subió y bajó
Sin hacer ruido;
Todos sabemos muy bien que la muerte
Es muy silenciosa.*

Jack Hall

LAS BOMBAS colocadas en los sitios públicos son asunto de la policía y no pueden ser investigadas por aficionados indiferentes. Charles sintió un gran alivio cuando aparecieron los tipos de uniforme azul. Tuvo la impresión de que hubiera podido pasarse la vida intentando desconectarla en la oscuridad; la policía tenía la ventaja de que la investigación era su negocio. Y lo llevaban con eficiencia.

Un experto del ejército salvó a las habitaciones de la reina de ser destruidas. Mientras esperaba que lo interrogaran en el Departamento de Policía de Edimburgo, pensó en lo que hubiera ocurrido si el artefacto explotaba. La destrucción completa de veinte turistas y un guía reducía materialmente el asesinato de Rizzio al tamaño de un poroto. Pequeña placa de bronce hubieran necesitado...

Al descubrir la bomba había pensado que todavía no había llegado a la hora fijada, pero recibió un *shock* cuando los expertos le dijeron que estaba puesta para que explotara veinte minutos antes. El minuterero ya había llegado al tomillo de bronce del cuadrante y solo la suerte había impedido

que detonara. Era un artefacto construido por aficionados y el movimiento del bolso de Charles parecía haber roto los alambres mal soldados. Si no hubiera sido por la manera en que el caballero borracho había manejado su bolso, la bomba habría explotado, sin lugar a dudas.

Ese fracaso no le sirvió de consuelo. La intención era igual de destructiva. La bomba era una mezcla a base de ácido de poco alcance en un lugar abierto, pero en esa habitación... No quería pensar en ello. Sobre todo porque había sido él quien la había transportado. Aun en el supuesto caso de que hubiera sobrevivido a la explosión nunca más podría haber hecho otro papel que no fuera el de Long John Silver o Toulouse-Lautrec.

Cuando habló con la policía se sorprendió de lo mucho que sabían. Se dio cuenta de su ingenuidad al pensar que habían clasificado la muerte de Willy Mariello como un accidente y que solo esperaban la confirmación del fiscal para archivar el caso. Habían estado investigando desde el momento del crimen y vigilaban los movimientos del grupo de teatro. Sabían que Martin tenía una doble identidad y seguían sus movimientos con especial interés.

Charles se sintió como un pobre aficionado. No solo porque sus torpes investigaciones parecían en ese momento tan patéticas, sino porque además le demostraban que tenía una imagen equivocada de la policía; una imagen anticuada de gordos agentes de pueblo cuya única función era ser abochornados por los brillantes detectives aficionados. Así los representaban en casi todas las obras en las que había participado, esas obras que eran su contacto más íntimo con la policía. Lo que había tomado por inactividad letárgica, era en realidad una discreta investigación para lograr reunir suficientes evidencias para un arresto.

Y pensaban que la bomba era suficiente. Por lo menos para justificar el registro del departamento de la calle Nicholson.

La policía centraba su interés en Martin. Opinaban como el Lord que su comportamiento era sospechoso, y no los detenía ninguno de los inconsistentes motivos de Charles, acerca de que el muchacho era un incomprendido y que tenía que haber alguna otra explicación para sus acciones. Charles se sintió como una vez en Oxford en que después de trepar a medianoche por los muros del colegio, atravesar techos, bajar por

cañerías y pasar por el dormitorio del rector, descubrió que la puerta principal estaba abierta.

También se sentía aislado y ajeno, a pesar de estar en el centro de operaciones. Por lo menos mientras se dedicaba a sus abortadas investigaciones había tenido la ilusión de hacer algo importante por cuenta propia. Allí en el Departamento de Policía no era más que una fuente de información a la que le pedían con cortesía que esperara, o que consultaban cuando era necesario. Estaban interesados en lo que sabía y no en lo que pensaba.

Así que en lugar de manejar él mismo los dramáticos acontecimientos, tuvo que enterarse por otro de todo lo que pasaba. La investigación en el departamento de Nicholson había dado suficientes evidencias de la culpabilidad de Martin. Era literalmente una fábrica casera de bombas, con productos químicos y demás componentes desparramados sobre las mesas, sin el menor asomo de disimulo. También había una desagradable colección de cuchillos y otras armas, incluso una cuchilla de carnicero. Las fantasías de violencia del muchacho estaban tomando un cariz bastante tangible.

Pero la policía no encontró a Martin Warburton en el departamento. Había una botella de goma de pegar y un pincel, pero ni rastros de la barba o los anteojos. De todos modos existía la posibilidad de que anduviera disfrazado por algún lugar de Edimburgo.

Buscaron en todos los sitios obvios, como Coates Gardens y el auditorio, pero tampoco allí estaba. Al parecer había abandonado la sala luego de una discusión con Enchufe por un efecto de luz. Eso había sido antes de las 15:00 y desde entonces nadie lo había vuelto a ver.

El caso ya no era un interrogante sino una cacería.

Le agradecieron a Charles su cooperación y le pidieron que si salía de Edimburgo dejara una dirección adonde pudieran encontrarlo.

Para ese entonces eran más o menos las 19:00. Sabía que Frances tenía una entrada para ver *Alcestes* en el Teatro King. Sin esa terapia tranquilizante para sus nervios destrozados no encontró una razón valedera que lo hiciera cambiar sus planes del día y se emborrachó.

Mientras estaban en el Departamento de Policía Charles había quedado en encontrarse con James Milne a la mañana siguiente en su departamento, para tomar un café y charlar acerca de lo que había pasado. Comprobaba que el dicho del doctor Johnson sobre la concentración de la mente ante la proximidad del fin era cierto, y su decaído interés en el caso volvía a renacer.

Llegó a Coates Gardens más o menos a las 11:00 del domingo.

—¿Le molestaría darme algo más fuerte que café?

—¿Todavía en estado de *shock*? Yo también.

—Bueno, el mío no es más que un estado de *shock* indirecto, James. Ayer estaba tan mal que tuve que beber bastante. Por eso necesito algo más fuerte. Esa bebida de color miel...

El Lord largó una risita y agarró la botella de *whisky*.

—Bien —dijo una vez que estuvieron sentados y el primer trago de alcohol comenzó a irrigar la cabeza deshidratada de Charles— parece que yo andaba por el buen camino.

—¿Se refiere a Martin?

—Sí.

—Umm. Yo sabía desde el principio que había algo en él que no funcionaba. Ahora que lo pienso, la primera noche que pasé aquí oí a alguien llorar en el baño... ahora estoy seguro de que era él. Debe de haber estado al borde de un colapso nervioso. Una personalidad esquizoide agravada por el exceso de trabajo durante sus exámenes finales.

—Mucho trabajo y nada de diversión...

—Vuelve loco a Jack, lo sé.

—«El exceso de estudio lo ha vuelto muy delgado...».

—«Y pálido y con ojos encapotados». —Charles completó la cita automáticamente, sin pensar. Pero el caso de Martin le parecía más importante que los juegos literarios—. Lo que me sorprendió es que todas sus fantasías se manifestaran de manera real. En general ese tipo de personas concentran toda la acción en la mente.

—Pues parece que, en este caso, no es así.

—No —se interrumpió, pesaroso—. Pobre chico. Parecía tan confundido. Y era un sospechoso tan obvio que nunca lo tomé en cuenta —

se rio—. Tengo que mirar a los criminales con menos subjetividad.

—¿Qué quiere decir?

—Míreme... en este caso me pierdo la solución lógica nada más que porque le tengo simpatía a Martin. En cambio ando por ahí sospechando de casi todos los que conozco —la atmósfera amistosa entre ellos lo empujaba a una confesión—. ¿Sabe que en cierto momento hasta sospeché de usted?

—¿De veras? ¿Por qué?

—Dios sabrá. No sabía qué pensar y sospechaba de todos. Pero aunque no nos hubiéramos enterado de lo de la fábrica de bombas de Martin, ahora tendría que borrarlo de la lista de todos modos. El asesino promedio no suele volarse a sí mismo deliberadamente.

—No —ambos se rieron.

—Me gustaría tener las cosas un poco más claras —suspiró Charles—. Aunque ahora sé que Martin puso la bomba y que a lo mejor también planeó la muerte de Willy, no veo muy bien por qué.

—Es un desequilibrado.

—Sí, pero... no sé. Supongo que, para mi mente ordenada, me gustaría encontrar algún tipo de método en su locura, alguna secuencia lógica.

—¿Y qué le parece lo de *María, Reina de Escocia* que le sugerí hace poco?

—Eso explicaría el asesinato de Mariello. Willy hacía el papel de Rizzio, así que allí puede haber un problema de identidad pero ¿y la bomba?

—A Damley lo hicieron volar con pólvora, Charles.

—¿De veras? Dios mío.

—Estoy seguro. Y Bothwell fue el instigador.

—¿Bothwell? Ese es el personaje de Martin en *María, Reina de Beodia*. Umm... una vez él me habló de lo fácil que era identificarse con los personajes de la historia.

—Ahí tiene.

—Pensemos un poco, Está en una obra sobre *María, reina de Escocia*, y se obsesiona con su vida.

—Una vida de intrigas y asesinatos.

—Exacto. Se identifica con Bothwell y... se me acaba de ocurrir; apuesto a que hay un retrato de Bothwell en la Galería Nacional.

El Lord asintió con entusiasmo.

—Lo hay. Es una miniatura. Y es el único retrato de él que existe.

—Perfecto —Charles acomodó las piezas—. Martin se identifica tanto que en su mente confusa se convierte en Bothwell y la espantosa obra de Sam Wasserman se convierte, para él, en la realidad. Y esa realidad se une a las obsesiones de violencia ya existentes.

—Así que Rizzio tiene que ser acuchillado. Para Martin, Willy Mariello no existe; es David Rizzio. Y Martin debió haber dicho algo que asustó a Willy, lo que explica lo que me contó en el Juego de la Verdad. Gracias a un golpe de suerte el asesinato parece un accidente y Martin queda libre para planear su próximo crimen; Darnley... —de pronto detuvo la carrera de sus pensamientos—. Eso es raro. Si la obra era su realidad, ¿por qué me identificó a mí con Darnley y no al tipo que lo representaba?

—A lo mejor estaba un poco confuso —aventuró el Lord.

—No me convence. Estoy seguro de que si la obsesión es tan complicada como parece, tiene que haber una lógica detrás, alguna loca justificación de los hechos.

—¿Cree que faltará algo en la historia de *María*?

—No sé. ¿Qué le pasa a Bothwell al final?

—Creo que muere en la cárcel. Loco.

Charles sonrió.

—Temo que esa parte horrible también se cumpla. No; hay algo que se nos escapa. ¿Por qué me convierte en Darnley?

—Porque piensa que usted lo persigue.

—No se ajusta a su obsesión histórica. A menos que... —la solución llegó como un rayo—. ¡Dios mío, Anna!

—¿Qué?

—Anna Duncan. Hace de *María*. Y Willy Mariello anduvo con ella. Martin tiene que haberlos visto juntos y lo mató por celos. Y después yo. Hace un par de días nos vio juntos.

—¿Usted y Anna?

Charles sintió que se ruborizaba, pero el asunto se aclaraba con demasiada rapidez como para darle tiempo de ser discreto.

—Sí, tuve un flirt con ella; por eso después de que nos viera juntos empezó a identificarme con Darnley. Tenía que hacerme volar.

—¿Para que Anna cayera en sus brazos?

—Supongo. James, esto puede darnos una pista sobre quién será el próximo.

—¿Por qué?

—¿Quién es el próximo asesinado en la historia de María?

El Lord reflexionó con una lentitud desesperante.

—Bueno, creo que después de Darnley los asesinatos son más escasos. Hay intrigas y batallas, pero me parece que no asesinan a ninguna otra figura importante.

—¿Ninguna?

—No. Por lo menos hasta que le cortan la cabeza a María. Hay muchos escoceses que siguen pensando en que eso fue un asesinato.

Charles gimió repentinamente con una sensación de náusea en la garganta.

—¡No! Tengo que ir a Lawnmarket —en lo único que podía pensar era en la cuchilla de carnicero que había encontrado la policía en el departamento de la calle Nicholson.

Se sintió tan aliviado al ver que la propia Anna les abrió la puerta que pasó un rato antes de darse cuenta de lo absurdo de la situación.

—Buenos días —Anna los miró inexpresivamente.

La urgencia se sobrepuso a la turbación de Charles.

—¿Has visto a Martin?

—Sí.

—¿Cómo, aquí?

—Sí, estuvo aquí.

—¿Cuándo?

—Se fue hace más o menos media hora.

—¿Y cuánto tiempo estuvo?

Los ojos azul marino se endurecieron.

—Oye, si vas a empezar otro de tus jueguitos complicados...

—No. Esto es serio. Tenemos que encontrar a Martin. Su estado es peligroso.

—Sí, ya me di cuenta. Dijo que la policía lo buscaba o algo así.

—Es cierto.

—¿Por qué?

—Lo buscan por el asesinato de Willy Mariello y el intento de asesinato de Charles París.

Ella abrió la boca y una expresión de horror cubrió su cara. Era la primera reacción espontánea que le veía Charles.

—¿Adónde está?

—No lo sé, Charles. Anoche llegó en un estado desastroso y me pidió que lo dejara quedarse. Pensé que estaba loco, así que no protesté.

—Mejor así. Creo que eres la próxima en su lista.

—¿Qué? —de pronto empezó a llorar sin poder contener más la tensión y su rostro se afeó. Charles no se fijó en la belleza de su expresión natural, a pesar del llanto.

—¿Tienes idea de adónde iba?

—No, pero estaba disfrazado.

—¿Disfrazado?

—Sí. Pensé que estaba bromeando cuando me lo dijo, pero se puso tan violento e insistente que le presté las cosas.

—¿Qué cosas?

—Un impermeable y una cartera. También una peluca enrulada y mis anteojos negros.

—¿Cuando se fue tenía puesto todo eso?

—Sí.

—Gracias —dio media vuelta para irse.

—¿Charles? —susurró Anna.

—¿Sí?

—¿Crees que me hubiera matado?

—Sí, Anna.

Mientras bajaba corriendo los escalones que llevaban a la estación Waverley sabía que tenía muy pocas posibilidades, pero no podía pensar en otro lugar adonde ir. Si Martin quería desaparecer de Edimburgo, ese podía ser el método más rápido. Charles tenía la vaga idea de que había un tren a las 14:00. Solo veinte minutos más tarde.

El sudor frío de la borrachera se le mezclaba con el sudor caliente de la carrera. Los paseantes miraban asombrados al ver a ese hombre maduro pasando a la carrera en medio de la calma del domingo a la tarde. James Milne lo seguía rezagado, corriendo con el paso de pingüino que caracteriza a los hombres que llevan cosas en los bolsillos.

Charles entró por la plataforma de taxis de la estación y se detuvo en la repentina sombra para tomar aliento. Después se movió despacio hacia la plataforma 1/19 desde donde salía el tren hacia Londres. Martin no había llegado todavía. Caminó a lo largo de las rejas que separan la plataforma mirando a los pasajeros que esperaban con sus equipajes. Todos parecían normales. Siguió caminando. Las mujeres que vio no daban pie a la menor sospecha.

Se detuvo para mirar otra vez a una de ellas. La ropa era normal. Impermeable rojo, vaqueros azules, pelo enrulado, la cartera colgando de una mano. Tenía que ser él.

Pero dudaba. Había algo tan femenino en la actitud. Y estaba tan tranquila.

Pero tenía que ser él. La habilidad de camaleón de Martin para adoptar otra personalidad le permitiría pararse de manera diferente, compenetrarse tanto en el papel hasta hacerlo sentirse una mujer. Todo actor podía hacerlo hasta cierto punto y un psicópata lo haría a la perfección.

Charles se movió con cautela. Compró un boleto y atravesó la barrera. Luego avanzó despacio hasta la «mujer». La gente empezaba a reunir su equipaje. Llegaba el tren. Apuró el paso.

Estaba justo detrás de su presa cuando el tren entró rechinando a la estación. Aun de cerca la figura parecía femenina. Charles esperó un instante; no quería arriesgarse a un suicidio bajo las ruedas del tren que avanzaba. Pero cuando las ventanillas se detuvieron dio un paso adelante. Se aproximó a la cabeza enrulada.

—Martin —exclamó con firmeza.

La violencia del golpe que recibió en el pecho lo tomó de sorpresa. Mientras caía hacia atrás tuvo tiempo de ver la maestría del maquillaje del muchacho.

El golpe lo aturdió y pasó un momento antes de que pudiera reponerse. Para ese entonces Martin había atravesado la barrera y se alejaba entre la sorprendida muchedumbre de la plataforma central. Charles arrancó en una carrera sin aliento.

El muchacho estaba por lo menos a doscientos metros cuando Charles salió a la luz del sol y corriendo cuesta arriba por donde él acababa de bajar. Martin era joven, estaba en buen estado físico y se movía con la velocidad que le daba la desesperación. Las condiciones físicas de Charles eran desesperantes y mientras subía la cuesta podía sentir cómo se alargaba la diferencia.

Después la suerte lo ayudó. Martin se mantenía a la derecha del camino porque pensaba doblar hacia el Mound para perderse entre los turistas. Pero de pronto se detuvo. Charles podía ver por qué. James Milne le cortaba el paso. Martin se paralizó por unos segundos y luego saltó hacia un lado, atravesó el camino y subió los escalones que llevaban a Lawnmarket, volviendo sobre los pasos de Charles.

Estaba yendo directamente a lo de Anna.

Al darse cuenta del peligro que corría Anna, Charles recibió una carga de adrenalina y aceleró su marcha. Mientras pasaba al lado del Lord escuchó que el hombre musitaba algo entrecortadamente sobre la policía.

Cuando Charles llegó a la cima de la escalera vio a Martin apoyado contra la puerta de Lawnmarket, golpeándola con los puños. Sin duda Anna estaba bajando los cinco pisos. Charles gritó el nombre de Martin, atrayendo la atención de un grupo de japoneses.

El muchacho giró como si le hubieran disparado y se inmovilizó como una liebre delante de los faros de un auto, incapaz de tomar una decisión. Charles avanzó.

Tenía que ser en ese momento, no tenía más fuerzas para seguir.

Estaba tan cerca de Martin que casi lo podía tocar y alcanzó a ver la confusión en sus ojos, cuando de pronto el muchacho saltó a un lado y

comenzó a correr de nuevo. Charles avanzó a los tropezones, maldiciendo. Si Martin se dirigía a Grassmarket podría perder con facilidad a su exhausto perseguidor a través de la telaraña de callejas de la ciudad vieja. Pero Martin no hizo eso, sino algo mucho peor.

En lugar de buscar la libertad de Grassmarket, volvió sobre sus pasos y corrió hacia el castillo. En otras palabras, se introdujo en un callejón sin salida. Con una nueva sensación helada de miedo Charles fue tras él, corriendo entre los puestos de la retreta en la explanada y entrando al castillo.

Su miedo era justificado. Encontró a Martin detenido junto a los muros del primer nivel, desde donde apuntan a la ciudad nueva los enormes cañones negros. Un grupo de turistas boquiabiertos miraban al muchacho en silencio mientras se sacaba la peluca y el impermeable y los dejaba caer al vacío.

Charles trepó al muro y avanzó por él, tratando de no ver los arbolitos y la gente como cucarachas en los jardines más abajo.

—Martin.

Martin giró lentamente y lo miró con una extraña serenidad. Así también era la voz que le hizo eco.

—Martin. Sí. Martin Warburton. Ese soy yo —se limpió el lápiz labial de la boca con el dorso de la mano—. Empecé como Martin Warburton y como Martin Warburton voy a terminar.

—Sí, pero todavía no. Todavía hay mucho tiempo. Muchas cosas para disfrutar. Necesitas ayuda y hay gente que está dispuesta a dártela.

Martin entrecerró los ojos.

—La policía me busca.

—Lo sé, pero lo único que quieren es ayudarte —esto fue recibido con un resoplido burlón—. Es verdad.

Todos queremos ayudarte. Habla. Puedes hablar conmigo.

Martin lo miró con aire de sospecha. Charles era consciente del sol, de la preciosa vista de Edimburgo más allá de ellos. Una apacible tarde de domingo en pleno festival. Y un hombre joven pensando en suicidarse.

—No lo hagas, Martin. Las presiones que sientes no son por tu culpa. No puedes evitarlas.

—El pecado original —replicó el muchacho como si fuera una broma—. Soy malvado.

—No.

Por un instante la duda invadió sus ojos. Charles aprovechó su ventaja.

—Baja y hablemos. Todo parece mejor si se habla.

—¿Hablar? ¿Y la policía?

—No te preocupes por la policía.

Martin avanzó un paso con los ojos fijos en los de Charles. La mirada del muchacho era tranquila y opaca, pero de pronto la apartó y miró algo por sobre el hombro de Charles, quien se dio vuelta para ver que dos policías habían aparecido en medio de la creciente multitud.

Cuando volvió a mirar hacia adelante, Martin Warburton ya se arrojaba al vacío como un nadador comenzando una carrera.

Pero no había agua y el camino a recorrer era largo.

Brian Cassells tendría otra historia interesante para agregar a su publicidad.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO TRECE

*¡Que caiga una plaga sobre todas las cañas,
y encima de húmedos pescadores viejos y jóvenes!
¡Después de todo lo que dijo de la pesca como
si fuera lo más fácil del mundo!
Cuando todo haya terminado, nuestras preocupaciones
Y demás, seguiremos sin tener nada para ofrecer en el plato;
Así que ya ve, señor Walton; al final no se obtiene
Ningún resultado con su famoso libro de pesca.*

Al Padre de la Pesca

CHARLES CONTEMPLÓ la dorada superficie de la laguna volverse marrón en pocos segundos y luego las marcas como de viruela de las pesadas gotas de lluvia. Detrás suyo Frances trató de acomodarse al pie de un árbol para mantener su libro lo más seco posible. La lluvia no era menos agradable que el sol.

Ya sabía por experiencia que si a uno no le gusta la lluvia, no vale la pena ir a la costa oeste de Escocia. Toda la zona está mojada. La tierra es como una enorme esponja húmeda. Por todos lados se cruzan arroyos y jamás hay silencio total; siempre se escucha el acompañamiento del agua corriendo por la superficie. Esa humedad no es la típica humedad deprimente de medias mojadas e impermeables con mal olor, sino que estimulaba tanto como un agudo beso de rocío en la mejilla. Y era muy relajante.

Charles estiró la capucha de su anorak sobre su cabeza y pensó en lo intranquilo que se sentía aún. Quizás sufriera de «anorexia nerviosa», sugirió su mente, mientras trataba de calmarla. Pero siguió emitiendo juegos de palabras sin sentido, pensamientos e ideas. Ya conocía los síntomas. Era siempre lo mismo después de levantar una obra. Un lento proceso de distensión en el que el cerebro seguía funcionando fuera de hora y la mente tardaba más que el cuerpo en relajarse.

El cuerpo se portaba bien; apreciaba las vacaciones. Clachenmore era un sitio encantador, aunque fuera tan pequeño que casi no valía la pena ponerlo en el mapa. Aparte de una casita con el absurdo título de «Correo», no había otra cosa que el hotel, un blanco cubo sólido con un par de cornamentas de ciervo sobre la puerta. Cada ventana ofrecía una vista gratuita de algo hermoso... la curva abierta de brezos de la colina, el bosque que rodeaba el lago (pesca gratis para los residentes), y los campos verdes que llegaban hasta el resplandor de la niebla sobre Loch Fyne.

La situación era relajante. Y estar con Frances era relajante. Llegar a un hotel desconocido con la propia exmujer le producía la excitación perversa de un fin de semana clandestino con otra mujer, pero con más seguridad. Y Frances se estaba portando muy bien; sin hablar de definir su posición ni mencionar si iban o no a divorciarse porque no era fácil estar casada a medias y más difícil aún era conocer a alguien nuevo, bueno, a nadie en particular, pero a veces se conoce gente, y todo eso. Parecía satisfecha de poder disfrutar de su presente idilio doméstico sin pensar en el futuro. Le volvió a la mente una carta de Hood: «Mis hábitos domésticos son muy domésticos; como la caridad, empiezo y termino por casa; así que si la fe y la esperanza quieren conocerme, tendrá que venir a visitarme».

Pero se sentía tenso. No le importaba que las frases de Hood le llenaran la cabeza; era natural, siempre sucedía después de una representación, pero había otros pensamientos que aparecían sin que los convocara y que no eran bienvenidos. Cerró los ojos y todo lo que pudo ver fue las contorsiones de los gordos gusanos grises que habían desenterrado esa mañana como carnada. No servía; le hacía pensar en gusanos y epitafios. ¿Cuál sería el epitafio de Martin Warburton? Abrió los ojos.

Los peces ya no picaban. Más temprano, ante un tirón de su anzuelo prestado había enrollado su línea muy excitado, para encontrar en el extremo una trucha marrón de apenas quince centímetros. Como sus últimas experiencias eran de pesca común, había olvidado la fortaleza de una pequeña trucha. Pero desde ese momento no habían picado más. Tal vez por el tiempo o porque no estaba en el lugar adecuado.

Incluso con la lluvia que distorsionaba su superficie, esa laguna no parecía bastante profunda como para contener nada muy grande. Pero se suponía que había salmones. Por lo menos era lo que decía el señor Pilch, de Coventry, que venía a Clachenmore todos los veranos y que adoraba pontificar en el salón después del almuerzo.

—Ah, sí. Tendrá que preguntarle a Tam, el guardabosque. No hace más de cinco años que trabaja aquí, pero conoce cada rincón del lago. Dios, he visto algunos de los salmones monstruos que ha agarrado. Los ponen en el congelador del hotel. Pero... —hizo una pausa para encender su pipa, un artefacto de aluminio y plástico que parecía un imponente pero inexplicable componente electrónico—. Pero lo que no tiene que preguntar es *cómo* los pesca. Creo que en los círculos de pescadores hay algunas reglas, pero él solo recorre el agua al acecho, y sabe dónde están —no sé cómo hace— y tiene trampas y esas cosas y su gancho. Es una especie de cuerda con un montón de anzuelos triples. Bueno, los saca del agua y después los remata con el «cura»... ¿sabe por qué le llaman el «cura»? Porque les da la extremaunción a los peces. Es un invento maléfico, un palo corto con un extremo pesado. El asunto es que le aplasta la cabeza al pescado y allí va otro para el congelador. Ilegal, pero delicioso, ¿no es verdad?

Pero los salmones no se dejaban agarrar. Y tampoco las truchas. Y ni siquiera los camarones de río que andaban por ahí. Al parecer el grupo de gusanos que mandaba al fondo en la punta del anzuelo no era suficiente. Charles se volvió hacia Frances y recitó con voz de fiesta escolar: *El Adiós del Pescador*, por Thomas Hood.

Ni una trucha había en ese lugar,
Ni un miserable pescadito digno de mención,
Y por más que mirara con atención

Nunca pude ver en mi anzuelo una tenca^[3].

Frances aplaudió y Charles hizo una reverencia.

—Gracias, gracias, y como siguiente programa propongo caminar un poco para bajar el enorme desayuno de la señora Parker y preparamos para su previsiblemente enorme almuerzo. ¿Quieres venir?

—Estoy terminando este libro y me siento muy cómoda —se la veía cómoda, envuelta en su impermeable y acurrucada como un gnomo de jardín al pie del árbol.

—Está bien. ¿Qué estás leyendo?

—Ese libro tuyo. *María, Reina de Escocia*.

—Dios, no es mío. Tendría que haberlo devuelto. Me lo prestó alguien de Edimburgo. Ja, me recuerda a Anatole France.

—¿Sí?

—«Nunca prestes un libro porque nadie los devuelve; los únicos libros que tengo en mi biblioteca son los que me han prestado».

—No sabía que te dedicabas a citar cosas gratis.

—El tipo que me lo prestó lo hubiera apreciado.

Un entusiasmo Victoriano por la búsqueda del Nilo lo impulsó a ir corriente arriba hacia el manantial que debía alimentar el laguito. Toda esperanza de encontrarlo antes del almuerzo chocó muy pronto contra la resistencia del arroyo al volverse más estrecho y lo empinado de la pendiente por la que bajaba. Siglos de agua torrentosa habían abierto en la roca una profunda hendidura, y el pedregullo encerraba laguitos marrones que recibían desde arriba torrentes cremosos o hilos de agua plateada.

Las orillas eran barrosas y las rocas por las que tenía que trepar brillaban con una peligrosa humedad. Más de una vez tuvo que aferrarse a matas de pasto para no resbalar. Finalmente llegó a una parte que parecía más tranquila que el resto. Todavía el agua corría con fuerza, pero el sonido estaba amortiguado por árboles inclinados que se juntaban arriba de su cabeza y que le daban a la escena una luz verdosa. Había tres lagunitas simétricas, alineadas con prolijidad, como tres platos de sopa en el brazo de un mozo.

Identificó el lugar por una descripción que le hiciera el señor Pilch después del almuerzo. «Algunas de las lagunas son muy profundas, construidas en la roca por la constante presión del agua. Creo que le damos poca atención a la importancia del agua como elemento perforador. Pero es claro, su trabajo dura varios siglos. Se dice que algunas de esas lagunas tiene sesenta metros de profundidad. Tam dice que pescó salmones allí arriba, aunque no puedo imaginarme cómo pueden subir tan alto. Tal vez dando esos increíbles saltos que uno ve en los afiches de turismo, ¿no?».

Pero Charles no tenía ganas de pensar en Pilch. Los árboles entrelazados y el ruido apagado del agua hacían que el lugar tuviera el aspecto de una cueva de hadas. Todo era mágico y a pesar de la extraña atmósfera, calmante. Estaba agitado por la subida por lo que se puso en cuclillas bajo un árbol para enfrentar los pensamientos que no querían abandonarlo.

Sabía por qué estaba intranquilo. Porque la explicación de los recientes sucesos de Edimburgo no era completa. Al morir Martin Warburton todo el asunto había quedado estancado. Pero su frustración era semejante a la de alguien a quien le faltan cuatro palabras para terminar un juego de palabras cruzadas y que sabe que no tiene esperanzas de llenar los vacíos. Podía hacer cualquier combinación de letras que le pareciera razonable, pero no tendría la satisfacción de saber si era lo correcto. Y lo peor de estas palabras cruzadas era que el resultado no saldría publicado en el diario del día siguiente...

En parte era culpa suya por querer una visión completa y no conformarse con las hilachas de la realidad. Un error básico, como su idea de que la policía estaba muy atrasada en la investigación.

Pero no podía dejar de pensar que las motivaciones de Martin según la versión suya y de Lord no eran satisfactorias. Había demasiados cabos sueltos, hechos aislados que había descubierto y que todavía no tenían explicación. Aunque en líneas generales todo estaba bien, había detalles del comportamiento obsesivo de Martin que no estaban claros.

Comenzó a reconstruir los hechos. El suicidio de Martin demostraba que era culpable de algo, aunque más no fuera en su propia mente. El descubrimiento de la fábrica de bombas caseras de la calle Nicholson hacía

suponer que una de las facetas de su culpa era el artefacto que había colocado en el bolso de Charles.

¿Pero qué pruebas tenían de que hubiera asesinado a Willy? Mirándolo de lejos parecía posible. Martin había manipulado el arma y Fizzio era obviamente la primera víctima en aquel juego macabro de reconstrucción histórica. Pero si el crimen había sido bien planeado, la ejecución dejaba bastante que desear. Suponiendo que Martin hubiera cambiado el arma falsa por la real, no habría podido estar seguro de obtenerla para la sesión de fotos. Si a Willy lo mataba algún otro actor inocente, ¿qué clase de satisfacción hubiera obtenido Martin? Charles no sabía cuán exacta debía ser la reconstrucción de los hechos para un psicópata; no tenía mucha información al respecto.

Pero había decidido terminar con los cabos sueltos. Para su propia satisfacción. Decidió pues, sentarse después del almuerzo y organizarse como James Milne, tomando notas en una hoja de papel de todas las preguntas importantes del caso. Se sintió más feliz al haber tomado esa decisión y emprendió el regreso al hotel.

—¿Sabes que hace tres días no hubiera podido creer que sería capaz de comer un almuerzo de la señora Parker luego de haber sido víctima gastronómica de uno de sus desayunos y con la perspectiva de la cena asomando en el horizonte como un misil enemigo?

Frances rio mientras lo contemplaba ingerir su plato de pescado y papas fritas sin señales de agotamiento.

—Es el famoso aire de Escocia que agudiza el apetito.

Charles tomó un trago de su segunda cerveza.

—¿Terminaste el libro?

—Sí.

—Bien. Así me lo puedes contar. Quiero saber algunos detalles sobre el conde de Bothwell.

—De acuerdo —Frances se acomodó con aire expectante, confiando en su mente de maestra para recordar sus flamantes conocimientos.

—Bien, sabemos que Bothwell mató a Darnley haciéndolo volar en Holyrood. Lo que quiero saber...

—No hay nada de eso. Holyrood todavía está en pie. Darnley vivía en una casa en Kirk O'Field. Y además a Darnley no lo volaron, fue estrangulado.

—¿De veras? —Charles permaneció pensativo—. ¿Y el asesinato de David Rizzio? Sé que Bothwell no lo hizo por cuenta propia. ¿Quién estaba con él en...?

—Bothwell no tuvo nada que ver con la muerte de David Rizzio. De veras Charles, creí que tenías una educación universitaria.

—Oh, eso fue hace muchos años. Y estudié literatura inglesa, no historia.

—De todas maneras, mis alumnas de cuarto saben más. Rizzio fue asesinado en forma salvaje por un grupo entre quienes estaban lord Damley, lord Patrick Ruthven (que se levantó de su lecho de enfermo), Andrew Ker de Fawdonside, George Douglas, umm... —su depósito de información se había terminado.

—¿De veras? —exclamó ausente Charles todavía más despacio—. De veras...

Martin había estudiado historia en Derby. Si estaba en las garras de una identificación psicopática con un personaje histórico, los datos de su obsesión al menos hubieran sido correctos. Charles comenzó a lamentar la facilidad con la que había aceptado que la muerte de Willy y la bomba estaban asociadas.

—Buenos días. ¿Todo en orden? —el señor Parker, propietario del hotel a su vez propiedad de la señora Parker, apareció en la mesa con el característico vaso de *whisky* que parecía una extensión permanente de su mano.

Charles y Frances sonrieron.

—Sí, gracias —Charles se palmeó el estómago que ante tal régimen de comidas comenzaba a agrandarse—. Excelente.

—Bien, bien.

—¿Puedo invitarlo con una copa, señor Parker?

—Bueno, si usted también acepta...

—¿Por qué no?

—¿Señora París?

—No, yo...

—Vamos.

—Está bien.

Llovía otra vez con fuerza. A lo largo del cristal de la ventana se deslizaban largos hilos de agua. Era agradable estar dentro con un *whisky*.

Charles propuso un brindis.

—Por Stella Galpin-Lord, sin la cual no estaríamos aquí.

—Stella Galpin-Lord —el señor Parker se rio entre dientes—. Sí, por Stella Galpin-Lord.

—¿La conoce bien?

—Ha estado aquí cuatro o cinco veces. Le pusimos el sobrenombre de Stella la Aprovechadora.

—¿Aprovechadora?

—Disculpen. Si es amiga suya...

—No —replicó Charles de tal manera que alentó la indiscreción.

—Bueno, la llamamos la Aprovechadora, apócope de aprovechadora de menores. Digamos que cuando viene aquí, siempre trae algún jovencito.

—¿El mismo?

—No. Eso es lo divertido. Siempre se registran como el señor y la señora Galpin-Lord, debe creer que somos idiotas o algo así. No creo que todos se llamen Galpin-Lord.

—No es nombre muy común, por cierto.

El señor Parker rio.

—No acostumbramos meternos en la vida ajena. Me refiero a que no me importa lo que hace la gente, pero la señora Parker y yo nos reímos bastante con el asunto de la señora y los señores Galpin-Lord —se dio cuenta de que eso sonaba a una falta de etiqueta profesional—. No porque sea nuestra costumbre reírnos de los clientes.

—No, por supuesto —lo tranquilizó Charles—. ¿Así que son siempre muchachos jóvenes?

—Sí; casi todos actores, creo. Le gustan los corderitos. Lo siento, no tendría que haber dicho eso.

—Umm. Y gracias a que su último actor consiguió un trabajo, es que estamos aquí.

—Sí.

—Una razón más para brindar por ella.

El señor Pilch se acercó desde la mesa adonde la señora Pilch y los pequeños Pilches estaban terminando su tarta de duraznos.

—Señor París, el guardabosque Tam me va a llevar a la laguna a pescar salmón. Por supuesto que con la mosca que corresponde —guiñó un ojo—. ¿No quiere venir?

Charles se sentía demasiado alcoholizado para una excursión de pesca, y además quería empezar a tomar notas.

—No, gracias. Creo que esta tarde prefiero descansar.

—Ya tendremos otra oportunidad —el señor Pilch se alejó sonriente.

—Por supuesto, señor París —le susurró el señor Parker— le pediré a Tam que lo lleve otro día. Veremos lo que saca. Cuando nuestra Stella Galpin-Lord estuvo aquí el último verano, salió con Tam y pescaron uno de siete kilos. No está mal.

—¿Y el señor Galpin-Lord de turno fue con ellos?

—Oh, no —el señor Parker se rio con malicia—. Me atrevo a decir que prefirió descansar.

La abulia de la tarde los llevó en forma automática a hacer el amor, lo que fue muy agradable, si se exceptúan las sábanas de nylon del Hotel Clachenmore.

—¿Sabes que lo hacemos muy bien? —murmuró Frances, adormilada.

Charles emitió un gruñido de asentimiento.

—¿No crees que podríamos probar estar juntos otra vez?

Otro gruñido que no desdeñaba del todo la idea, pero tampoco era afirmativo.

—Si no, tendríamos que divorciarnos o algo así. Nuestra posición es ambigua —su voz no parecía muy preocupada, sino con sueño.

—Lo pensaré —mintió Charles. No quería pensar en el círculo vicioso de volver a Frances y que las cosas anduvieran bien un tiempo y luego mal y que él volviera a engañarla, y ella lo perdonara y... En algún momento tendría que pensarlo, pero en ese momento estaba ocupado con otras cosas.

El alcohol del almuerzo había agudizado su percepción en lugar de embotarla y pensaba con extraordinaria claridad. La maravillosa construcción de lógica que había creado, había quedado reducida a escombros, y tenía que construir una nueva estructura usando los mismos ladrillos y algunos que otros que al principio se habían descartado por inútiles.

Pensar en los dos crímenes por separado le otorgaba otra perspectiva de los hechos. Los que habían aparecido hasta ese momento borrosos o sin importancia de pronto entraban en foco. Los arenques rojos cambiaban su piel y se convertían en movedizos peces plateados listos para ser atrapados.

Repasó los movimientos de Willy en los días anteriores a su muerte. El melodrama con Anna y los sucesos posteriores habían alejado de su mente esos pensamientos, pero de pronto se volvían importantes y los detalles inexplicables que había descubierto eran de nuevo piezas fundamentales del rompecabezas.

Se deslizó sin ruido fuera de las sábanas de nylon para no molestar a Frances, se vistió y bajó a hablar por teléfono.

Primero buscó en la guía y después tragó aire y pidió operadora. No se podía hablar con Londres directamente, lo que hacía más arriesgada su impostura, pero no se le ocurría otra manera. Para cuando logró su comunicación, ya la operadora de Clachenmore, la de Londres, la recepcionista del banco mercantil de Wanewright y la secretaria de Lestor Wanewright habían escuchado el acento de Glasgow del supuesto sargento detective McWhirter. Si alguna vez se producía una investigación de la verdadera policía, habría una cadena de testigos para condenar a Charles París por usurpación de cargo oficial.

Por suerte Lestor Wanewright no mostró ninguna señal de sospecha. Cuando el detective le explicó que después de las muertes de Edimburgo tenía que controlar las coartadas de algunas personas como simple rutina, el joven banquero mercantil confirmó enseguida la declaración de Anna. Habían compartido su departamento de Lawnmarket desde el domingo 4 de agosto, cuando llegaron de Niza, hasta el 13 de agosto, día en que tuvo que volver al trabajo. Sí, durante ese tiempo habían dormido juntos. Charles París sintió un leve pinchazo de dolor ante esa visión, pero como detective

sargento McWhirter no hizo más que agradecer la colaboración del señor Wanewright.

Charles permaneció pensativo al lado del teléfono. Tenía dos testigos independientes que decían que Willy había dormido con una mujer en su casa durante los tres o cuatro días anteriores a su muerte. Jean Mariello hablaba de cabellos rubios en la almohada y no tenía ninguna razón para inventarlo. Y según Michael Vanderzee, Willy había dicho adiós a alguien que estaba en el piso alto cuando lo arrastrara a ensayar el lunes.

Es cierto que la vida sexual de Willy era variada y podía haberse acostado con cualquiera, pero Charles no podía pensar en otra candidata que tuviera cabello si no rubio, aclarado y una marcada preferencia por los muchachos jóvenes.

No era algo clave, pero como todavía se sentía culpable por la muerte de Martin, pensaba que le debía una investigación.

Con súbita claridad Charles recordó la primera vez que había visto a Willy Mariello, la tarde de su muerte. Volvió a ver la alta figura entrando con pasos desgarrados al auditorio Masón. Seguido de cerca por Stella Galpin-Lord resoplando. ¿Llorando? Parecían recuerdos de hacía años y no de quince días antes. Pero eran muy claros. Aún recordaba el rostro de la mujer distorsionado por la rabia durante el juego del odio.

Eso lo decidió. Volvió a levantar el tubo y pidió un número de Edimburgo.

Al principio la línea parecía ligada y la voz de una mujer madura se mezclaba con la de James Milne, pero luego se aclaró y los dos hombres pudieron hablar.

—James, he estado pensando en algunos aspectos del caso.

—Yo también.

—¿No está muy claro todavía, no es así?

—Oh, no estoy de acuerdo con usted —la voz del Lord no sonaba del todo convencida. Ambos habían encontrado una solución que desde su punto de vista era satisfactoria y no tenía ganas de cambiarla. Era como si le dijeran que su teoría había sido rebatida por otra publicación universitaria.

—Tal vez tenga razón, James. Pero para mi propia tranquilidad quisiera controlar algunos detalles con una o dos personas. Así que vuelvo a

Edimburgo.

—Oh, ¿me está pidiendo que me vuelva a poner el sombrero de doctor Watson?

—Si está de acuerdo.

—Encantado. Se alojará aquí, supongo...

—Sí, gracias. No esperaba menos de usted.

—¿Cuándo llega?

—No sé la hora exacta. Mañana, en algún momento. Como ya sabe estoy en Clachenmore y volver significa tener que tomar un taxi hasta Dunoon, cruzar en el *ferry* de Clyde a Gourock, desde allí un ómnibus a Glasgow y Dios sabe qué más. Así que no me espere hasta tarde.

—De acuerdo. ¿Cuando llegue me contará todo?

—Sí. Hasta mañana.

—Y entonces pasó algo extraño. Charles sintió que colgaban dos veces. Dos clics separados.

Dos clics separados... ¿qué demonios podía significar? Estaba por dejar de lado el asunto considerándolo una peculiaridad de los teléfonos escoceses cuando tuvo una idea. En Coates Gardens había dos extensiones telefónicas, una en el departamento del Lord y otra en el *hall*. Tal vez lo que había tomado al principio como la línea ligada era alguien contestando el teléfono de abajo. Y, el primer clic, esa persona colgando. En otras palabras, alguien podía haber escuchado toda la conversación.

Solamente una persona en Coates Gardens podía tener una voz madura como la que Charles había oído.

El viaje a Edimburgo se volvió complicado cuando trató de pedir un taxi. La única compañía que se ocupaba de eso estaba en Tighnabruich y a la mañana siguiente habría un funeral que ocuparía todos los autos; no podrían llegar al hotel hasta las 14:30.

No se podía hacer nada al respecto. Tendría otra mañana de pesca y otro pantagruélico almuerzo a manos de la señora Parker. Había cosas peores.

La mañana siguiente era muy muy húmeda. La lluvia caía como si Dios hubiera dado vuelta un balde sin fondo. Frances decidió no aventurarse afuera; se arrellanó en el sofá del salón con un libro.

—¿Le parece que se podrá ir a pescar? —preguntó Charles deseando que la respuesta del señor Parker lo excusara de salir.

—Sí, no está feo para pescar.

Maldición. Charles se puso su anorak.

—En realidad —continuó el señor Parker—. Tam estaba preguntando si le gustaría ir a buscar algún salmón.

Eso sonaba bastante más atractivo que sacar gusanos de los terrones húmedos con la ilusión de pescar otra trucha de quince centímetros.

—¿De veras? ¿Está por aquí?

—Estaba. Al menos lo llamaron por teléfono. Me voy a fijar.

Encontró a Tam, más que dispuesto a hacer una visita guiada a las lagunas con salmón (sin duda anticipando una jugosa propina). Su único problema, según le dijo el señor Parker a Charles, era que no le gustaba llevar mujeres a pescar, ¿la señora París iba a ir? Charles tranquilizó al guía al respecto y salieron a la lluvia.

El guardabosque era un hombre de edad indefinida y acento impenetrable. Tenía la piel arrugada como un chicle viejo. Usaba una gorra chata y un piloto que alguna vez había sido marrón, con grandes bolsillos afuera (y sin duda otros más grandes adentro).

Tam abrió la boca y emitió unos extraños sonidos escoceses que podían interpretarse como la pregunta de si Charles estaba listo para comenzar la marcha.

—Sí —aventuró—. ¿Necesito una caña?

Tam rio con desprecio. Los métodos legales de pesca eran sin duda un mito creado para los turistas.

Se pusieron en marcha siguiendo el curso del arroyo. La charla era limitada. Cada tanto Tam hacía un comentario sobre algo que veían (por ejemplo una oveja muerta) y todo lo que se necesitaba de las habilidades de Charles era elegir el «Sí», «¿De veras?», «Es cierto», «¿No me diga?», apropiados, o un gruñido adecuado. No se sentía seguro para iniciar una conversación y contestar era más fácil. Recordó las palabras del señor Pilch: «Los hombres locales son muy orgullosos. Tiene que tener cuidado con lo que dice. Y son muy leales con sus superiores. En cierto sentido es casi una sociedad feudal. Aunque muy pobre. Por aquí no hay muchas

posibilidades de trabajo. Todo cambiará cuando llegue el petróleo... si es que viene. Que Dios lo impida. ¿Sabe que están planeando poner plataformas en Loch Fyne? Espero que no arruinen la costa oeste».

Nada de eso ofrecía temas de conversación muy prometedores. ¿Qué es ser orgulloso? ¿O vivir en una sociedad feudal? ¿Es usted muy pobre? ¿Cuál es su opinión acerca del plan de desarrollo de las reservas naturales de petróleo en la costa oeste de Escocia? Ninguna de estas parecía una pregunta apropiada para hacerle a Tam, y por suerte al guardabosque no le molestaba el silencio.

Finalmente dio indicios de haber llegado a destino. Era la serie de lagunas comunicadas entre sí adonde Charles había estado el día anterior. Los árboles seguían amortiguando el sonido del agua que corría y hasta la lluvia sonaba más suavemente.

—¿Así que los salmones llegan hasta aquí?

Tam se las arregló para comunicarle que era así. Había encontrado uno de diez kilos un kilómetro más arriba.

—¿Y adónde van? ¿Hay que nadar en las lagunas para encontrarlos?

No. Se mantenían quietos en el fondo. El asunto era descubrirlos y sacarlos enseguida del agua. Tam haría una demostración.

Bordearon con cuidado las rocas resbalosas hasta la orilla. A medida que se acercaban aumentaba el ruido del agua. La lluvia había aumentado su volumen y las cataratas caían con fuerza sobre las rocas más abajo. Era fácil ver cómo se había formado la hendidura en la piedra con el paso de los años.

Tam se agachó en silencio en las rocas de la orilla y escudriñó las verdes profundidades burbujeantes.

—¿Se ve algo? —susurró Charles, lo que hizo que Tam se llevara un dedo a los labios. El guardabosque se deslizó como un cangrejo por las piedras, sin dejar de mirar. De pronto se detuvo y se puso de pie.

—Uno grande —susurró. O Charles se estaba acostumbrando al acento o era más claro.

—¿Dónde?

—Justo debajo de esa roca. Mire. Pero no hable y no haga movimientos bruscos.

Charles se arrodilló y aferrando con las manos el borde resbaladizo de la laguna, movió despacio la cabeza sobre el agua.

En ese momento resbaló sobre su mano izquierda, lo que le salvó la vida. Mientras su cuerpo caía hacia un lado pudo ver el brillo de la cabeza de bronce del «cura» de Tam bajando sobre él. El golpe destinado a su cráneo cayó con terrible fuerza sobre el hombro de Charles.

La sorpresa del ataque lo afectó más que su violencia. Por un momento permaneció inmóvil de costado, con las piedras lastimándole la espalda, y el pelo empapado por las salpicaduras del agua. Y entonces vio a Tam avanzando otra vez hacia él con el «cura» en la mano...

El guardabosque creía que había desmayado a su víctima; no estaba preparado para la patada en el estómago que logró aplicarle Charles desde su posición yacente. Tam trastabilló, quedó un instante al borde del agua y luego cayó sobre las rocas.

El único pensamiento que cruzó la mente de Charles fue desaparecer de allí cuanto antes mientras tuviera la oportunidad de hacerlo. Trepó como un loco por las piedras resbalosas, aferrándose a los arbustos y las ramas para salir de la cañada. Su brazo derecho crujía de dolor como una palanca de cambios en una caja rota. Pero se estaba alejando.

Al llegar arriba giró y miró hacia atrás. Tam estaba de pie, pero Charles le llevaba ventaja. Entonces vio algo soltarse con fuerza de la mano del guardabosque. Cuando los anzuelos triples mordieron su pierna y sintió el tirón inexorable hacia el caldero hirviente de abajo, Charles supo que lo habían atrapado.

CAPÍTULO CATORCE

*Brumas y terror oscurecían el cielo,
un halo de misterio atemorizaba el alma;
y se oyó, tan claro como un susurro en el oído:
¡Este lugar está embrujado!*

La Casa Embrujada

EN EL TREN que lo llevaba de Glasgow a Edimburgo, Charles musitó una breve oración de gracias y pensó en lo frustrante que debía ser para Dios que lo llamaran solo en momentos de peligro, y recordó a aquellos brillantes zapateadores que esperan que el zapateo se ponga otra vez de moda. De todas maneras, Dios le había salvado la vida y Charles Paris estaba agradecido.

No. Había otra explicación que la intervención divina. El dolor en el hombro y los largos surcos en su pierna izquierda hacían que la escena fuera difícil de olvidar. Todavía recordaba vívidamente la orilla deslizándose a su lado mientras lo arrastraban al agua. Todavía podía sentir el puntapié en el estómago con el que Tam lo había inmovilizado y el fugaz destello del «cura» otra vez preparado para un golpe que ya no iba a fallar.

Y en aquel momento, cuando Charles ya había cerrado los ojos en una vana tentativa de negar el fin inminente, la amenaza había desaparecido. En forma literal. El golpe parecía no llegar nunca por lo que Charles había abierto un ojo. Tam había desaparecido.

Su pie había resbalado quizás en la roca y al perder el equilibrio había caído al agua. La fuerza del torrente lo había arrastrado de una laguna hasta

la otra, adonde flotaba como un trapo gigante lleno de aire.

Charles entonces había tratado de soltar el gancho de su pierna, pero el dolor era terrible, de modo que había tenido que usar un palo para arrastrar el cuerpo de Tam hasta el borde. Usando los dos brazos (a pesar de que el derecho lo sentía como separado del cuerpo por un soplete), había logrado subir esa masa empapada a la orilla.

Se había sorprendido al ver que Tam estaba vivo todavía, inconsciente, pero con el pulso firme. Recordando unos conocimientos adquiridos en una revista de *boy-scouts* cuando era adolescente había dado vuelta el cuerpo haciendo presión sobre la zona debajo de los hombros unos minutos, siendo recompensado con un chorro de agua que había salido de la boca del hombre herido. Enseguida había pensado que lo mejor era dejar a Tam allí; no había peligro de que muriera o escapara. El cuerpo había quedado apoyado en la orilla llena de musgo mientras Charles iniciaba su dolorosa vuelta al hotel.

Más tarde el señor Parker se había ocupado de todo con rápida eficiencia. De pronto Clachenmore no parecía tan aislada. Luego de llamar a un médico, un grupo de obreros forestales que estaba en el bar había ido en busca de Tam.

El médico no había hecho comentarios sobre la historia de los dos hombres resbalando en la orilla, Tam cayendo en el agua y Charles enredado en los anzuelos y golpeándose el hombro con una roca; se había limitado a hacer su trabajo. Lo peor había sido sacar los anzuelos, pero el doctor estaba acostumbrado. Mientras trabajaba había ido explicando que un par de pinzas era parte del equipo indispensable para un médico de esa zona, aunque casi todos los anzuelos tendían a clavarse en las mejillas de gente que caminaba detrás de pescadores demasiado entusiastas. Los anzuelos triples eran más difíciles, había admitido, pero el principio era el mismo... empujarlo hasta que saliera de la piel, sacarlos con las pinzas y después limpiar de restos la herida. Mientras se llevaba a cabo esta dolorosa operación, Charles había jurado que nunca volvería a pescar, nunca había pensado en lo que sentiría el pez.

A pesar del dolor, los arañazos de su pierna no eran profundos. Lo peor había necesitado un par de puntos y los otros una limpieza y un vendaje. El

hombro presentaba menos problemas. Al comprobar que no había nada roto, el doctor lo había atado con una especie de cabestrillo y se había ido a atender a Tam, al que acababan de traer y que todavía estaba inconsciente.

Charles había quedado listo para el almuerzo, Frances había aceptado sentarse enfrente de él en ansioso silencio, respetando su promesa de esperar que todo terminara para exigir un recuento en detalle de toda la historia. En el comedor se vivía una atmósfera de *shock*. Hasta el señor Pilch estaba apagado y no dedicó mucho tiempo a pontificarle a sus hijos sobre las reliquias de la edad de piedra que había en Argyll.

El taxi había llegado a las 14:30, y en contra de las órdenes del médico y de los consejos de Frances, Charles había decidido emprender su viaje a Edimburgo. Y es por eso que estaba sentado en el tren agradeciendo a Dios y pidiéndole si podía obtener un poco más de protección para culminar lo que lo esperaba.

Había sido Stella Galpin-Lord quien les recomendará Clachenmore. Conocía a Tam. Con su atentado contra Charles ella había puesto sus colores en el mástil, un mástil que solo Charles podía ver, ella pensaba que él ya estaría muerto. Su mejor arma sería la sorpresa.

En efecto, pareció muy sorprendida cuando la encontró en el auditorio. Acababa de dar su charla estimulante a los actores de *Sueño de una Noche de Verano* (le quedaban nada más que tres funciones antes de ser reemplazada por *María, Reina de Beodia*). Después de Clachenmore a Charles le resultó difícil volver a pensar en fechas. Hizo un esfuerzo para recordar que era el jueves 29 de agosto.

—Stella, me gustaría hablar con usted.

—Por supuesto. Qué sorpresa. Creí que lo había visto por última vez cuando partió hacia Clachenmore.

—¿Ah, sí? —exclamó Charles entre dientes.

—¿No le gustó?

—Hubo algunas cosas... que no me gustaron.

Fueron al bar cercano al auditorio donde se habían visto antes del viaje. Stella tomó otro de sus vodkas con Campan y Charles un Bell doble. Le

resultaba difícil concentrarse por el dolor de sus heridas, pero no tenía la intención de hablar mucho.

Stella levantó su copa.

—Bueno, este es un placer inesperado.

—Quiero hablarle de Willy Mariello.

La llaneza de Charles la tomó de sorpresa. Se ruborizó debajo del maquillaje y apoyó la copa como si tuviera miedo de dejarla caer.

—¿Willy Mariello? —repitió con aire estúpido—. Pero... está muerto.

—Sí. Como usted bien sabe, está muerto —Stella abrió la boca pero no pudo formar las palabras—. Y creo que la causa de su muerte hay que buscarla en lo que estaba haciendo en los días anteriores a su muerte.

—Fue un accidente —replicó ella con voz ronca—. No puede haber tenido que ver con...

—¿No? Supongamos que sí por un instante. Me interesa mucho lo que Willy hizo en esos días. Hasta ahora lo único que pude descubrir es que ensayó un poco, decoró un poco su casa... y durmió con una mujer que no era la suya.

El rubor se extendió a la zona de su cuello no cubierta por maquillaje.

—¿Qué me quiere decir?

—Que usted era esa mujer.

—¿Y qué? ¿Quién se cree que es, el vigilante de moralidad de Edimburgo? Si dos personas se sienten atraídas y quieren acostarse juntas, ¿a usted qué le importa?

—Nada. Así que, ¿cuándo empezó ese asunto?

—Nos encontramos en un bar un sábado a la noche. Se veía que yo lo atraía —Charles sonrió para sus adentros. Tenía una visión más realista de la situación: Willy, furioso por el rechazo de Anna, buscando cualquier cosa con tal de que tuviera formas de mujer—. Y esa noche fui a su casa.

—Entiendo.

Stella vio en ese comentario más de lo que Charles había tenido la intención de decir.

—Supongo que va a decir algo sobre la diferencia de edad.

—No. No tengo esa intención —su reciente comportamiento haría que un comentario así fuera hipócrita. De todas maneras no tenía importancia

—. ¿Y la cosa continuó por un par de noches más?

—Sí.

—Hasta el martes por la mañana cuando Willy le dijo que se fuera.

Sus ojos echaron relámpagos bajo las pestañas postizas.

—¡No hizo nada por el estilo! Fue idea mía. Me pareció que no tenía sentido seguir. Creo en el amor por impulso; no en las ataduras.

Una filosofía muy conveniente si nadie ha tratado de atarlo y uno es el que tiene que hacer todo el gasto, pensó Charles. Pero no lo dijo.

—Entiendo. Bueno, gracias por contarme esto. Estoy seguro de que la policía no lo sabe.

Ella torció la boca y al hacerlo se le notó la edad.

—¿Qué quiere decir? Estoy segura de que la policía cree que la muerte de Willy fue un accidente... Y si no, que ese tal Martin...

—Si no fue un accidente, pienso que deberíamos ir a contarles todo sobre los días previos a su muerte.

—No creo que tenga importancia.

—Usted no, pero yo sí. Tal vez haya otras cosas interesantes durante ese período. ¿Qué estaba *haciendo* Willy?

—Willy estaba... como usted dijo... ensayando y redecorando. La casa estaba llena de polvo de cemento y pintura y toda clase de basura. Mire, señor París, me gustaría saber por qué me pregunta todo esto...

—Porque creo, señorita Galpin-Lord, que después de una pelea con Willy Mariello, en la que él hizo algunos comentarios desagradables sobre su aspecto y su atractivo, usted lo hizo matar.

La cara de Stella se derrumbó hasta mostrarla en edad de jubilarse.

—¿Qué? ¿Un asesinato?

—Sí.

—¿Y qué pruebas tiene?

—La prueba es que cuando usted se dio cuenta de que yo sospechaba también quiso hacerme matar. Pero por desgracia, Tam el guardabosque falló y es por eso que me está viendo ahora.

—¿Tam? —su voz era chillona.

—En Clachenmore. Vamos, me mandó porque sabía que, en caso de haber problemas, Tam estaba allí. No se haga la que no lo conoce.

—Ya sé a quién se refiere, pero no lo conozco bien.

—Lo conoce lo suficiente como para saber cuán pobre es y lo que sería capaz de hacer por dinero.

—¿Y cómo se supone que arreglé eso?

—Muy simple. Lo llamó al hotel. Sé que esta mañana recibió un llamado.

—No sea ridículo. Apenas lo conozco —ahora hablaba casi a gritos.

—Lo conoce desde que empezó a trabajar en Clachenmore.

—No lo he visto más de un par de veces.

—Entonces a lo mejor lo conocía de antes. De su otro trabajo. Era algo en la misma zona.

—No lo conocía entonces. Para nada. Nunca he estado ni siquiera cerca de Glenloan.

—¿Dónde?

—Glenloan.

Había una sola persona a la que Charles había oído mencionar ese nombre. Alguien que había vendido una casa en Meadow Lane.

La casa de Meadow Lane estaba oscura y vacía. Se dirigió a la puerta principal con idea de romper uno de los paneles de vidrio para alcanzar el picaporte, cuando recordó la traba rota de la ventana que había mencionado Jean Mariello y se deslizó con facilidad.

Una vez adentro agradeció la luz que venía de la calle y que le daba un pálido resplandor a la habitación blanca.

Recordó muchas cosas. Volvió a ver a Willy Mariello sentado enfrente de él durante el juego de la verdad, con el largo pelo castaño blanqueado por el polvo de yeso. Recordó a Stella repitiendo el hecho de que había estado redecorando; las palabras de Jean Mariello sobre su marido... «De pronto se cansaba de lo que lo rodeaba y quería cambiarlo todo»...

Estaba sobre la pared izquierda. Cuando recorrió la pared pudo ver como la luz descubría la leve prominencia en el yeso adonde había estado la chimenea. En su lugar había un radiador de calefacción central.

El radiador giró sobre sus soportes hasta quedar casi en el suelo. Detrás el yeso era todavía más desparejo, como si lo hubieran puesto con apuro.

Aun con la poca luz de que disponía, podía ver que la pintura de esa parte era más nueva que la del resto de la habitación.

Tuvo suerte. Todavía estaba allí la pila de escombros de la última vez que había visto a Jean Mariello. Encontró un destornillador herrumbrado y empezó a sacar el yeso.

El difunto Willy le facilitó la tarea por la manera descuidada en que había colocado los ladrillos. Mientras escarbaba en el yeso y llegaba a la argamasa, Charles trató de visualizar la escena. Willy Mariello, el niño malcriado, viendo cómo las cosas se volvían en su contra, el grupo se había disuelto, su nueva carrera de actor no lo iba a llevar a un estrellato instantáneo, su matrimonio estaba deshecho y Anna lo había rechazado. Aburrido y frustrado, decidió de golpe que no le gustaba su casa. ¿Adónde estaba la chimenea con la que había soñado?... reemplazada por una asquerosa calefacción central. No iba a ser fácil arreglarlo. Pero Willy era un impulsivo, no le gustaba encarar las cosas de la aburrida manera que correspondía. Primero romper lo que cubría la chimenea y después ver si le gustaba.

Pero algo lo había decidido a cubrir de nuevo el agujero. Charles sacó un ladrillo, pero no alcanzó a ver nada. Si tuviera una linterna...

Tuvo que sacar seis ladrillos antes de poder ver algo a través del agujero. Pero cuando estaba sacando el sexto, la luz entró en el espacio vacío y Charles compartió el asco que habría sentido Willy ante su descubrimiento. A pesar de la suciedad y el paso del tiempo y el estado de la tela de los pantalones y las medias, lo que vio había sido alguna vez una pierna humana.

Con las náuseas invadiendo su garganta, se obligó a confirmar su impresión inicial. No había duda. La carne se había secado hasta el hueso. En la chimenea había un cuerpo entero.

Al levantarse se dio cuenta del tiempo que había pasado arrodillado. La pierna le quemaba. Decidió usar la puerta principal.

Al abrirla hacia adentro un gran pedazo de piedra desprendido del marco se estrelló enfrente de él. Era aquel trozo que tenía grabado la fecha, 1797. Si no hubiera recordado el cierre defectuoso de la ventana al tratar de entrar, la losa lo habría matado.

CAPÍTULO QUINCE

*Al fin cerró el pesado tomo,
abrochándolo con fervor y rapidez.
Juntó bien las tapas polvorientas
y aseguró el bronceño candado:
¡oh señor! ¡Si así pudiera cerrar mi mente, y asegurarla con
una llave!*

El Sueño de Eugene Aram

JAMES MILNE abrió la puerta de su departamento.

—Oh —fue lo único que dijo. No era una exteriorización de sorpresa sino la comprobación de algo ya sabido—. ¿No va a entrar?

—Sí. Gracias.

—¿*Whisky*?

—Gracias.

Era exactamente como antes, los dos sentados en los cómodos sillones con sus vasos de *whisky* y rodeados de libros.

—Me enteré de su llegada a Edimburgo por uno de los estudiantes de Derby.

—Sí, ya sé que usted sabía que estaba aquí.

El Lord entendió.

—¿Estuvo en Meadow Lañe?

—Sí, y como ve, la losa no me descuartizó. Otro de sus planes que no funcionó.

—Y bien... —no parecía molesto sino cansado—. Lo único que me sorprende es que haya venido solo.

—¿Se refiere a que el *whisky* puede estar envenenado o que tiene un arma escondida por ahí?

—Todo es posible.

—No, no es su estilo. Sus métodos tienen que ser indirectos, sin que usted esté presente. Solo así puede negar los hechos, hacer como que nada ha pasado y encerrarse en sus libros.

—Usted me entiende muy bien, Charles.

—Creo que sí. Gracias a varias de las cosas que me dijo. Algo acerca de que envidiaba a los escritores por vivir a control remoto.

—Sí, pero usted me dijo que no era así.

—No lo es.

El Lord rio entre dientes, como si se hubiera reestablecido su antigua amistad. Luego permaneció un rato callado.

—Está bien, ¿qué es lo que sabe?

—Casi todo. Como puede ver por mi cara y mis manos, he estado desmantelando una pared.

Una expresión de dolor atravesó la cara de Milne.

—Como Willy Mariello —acotó Charles.

—Sí. Vino a decírmelo la mañana antes de morir.

—¿Y le dijo que iba a hablar con la policía?

—No, para nada. Me sugirió que ya que yo era un hombre rico...

—Chantaje. Eso concuerda con todo lo que he oído de Willy. De ese modo hubiera podido pagar la hipoteca atrasada. Y vivir de usted por el resto de sus días.

—Exactamente. Eso es lo que me sugirió. Pagos regulares o... iría a la policía —el Lord asintió—. Y por eso lo mató.

Dudó un segundo antes de susurrar afirmativamente.

—¿Quién era, James?

Milne parecía agitado y patético.

—Nadie. Era... alguien que conocía... un... Nadie.

—¿Quién?

—Un muchacho. De la escuela. De Kilbruce. Un alumno mío. Se llamaba... Lockhart —el Lord hablaba con dificultad—. Era un buen chico. Me gustaba. Parecía interesado en mis libros y... él... solía venir a tomar el té o... Eso era todo, de veras. A pesar de lo que digan, eso era todo.

»Pero una noche vino... no estaba de uniforme... y me dijo que se escapaba a Londres y que había dejado una nota en la escuela y otra para sus padres. Le dije que me parecía una tontería pero no pude retenerlo. También dije que lo iba a... extrañar... Nada más que eso.

»Pero cuando se lo dije me contestó algo... vil... un comentario de por qué lo iba a extrañar. Dijo que... él era como todos los demás... que yo... ¡No era cierto! —sus manos recorrían los brazos del sillón—. No sé lo que pasó en ese momento. Yo... estaba muerto. Tal vez lo estrangulé, no sé. Solo recuerdo que de pronto estaba muerto.

»Entonces supe que tenía que librarme del cuerpo. Recién acababan de instalar la calefacción central en Meadow Lañe. Pensé en la chimenea inmediatamente. No había ningún plan de construcción en esa zona. No iban a demoler la casa y nadie iba a volver a usar la chimenea teniendo calefacción central. —Nadie más que un tonto impulsivo como Willy Mariello, pensó Charles con amargura—. Nunca lo encontrarían mientras yo viviera y a nadie le importaría una vez que estuviera muerto. Así que eso es lo que hice.

—¿Y todo el mundo creyó que el chico había ido a Londres como decían sus notas y desaparecido allí?

Hubo una pausa.

—¿Y pudo seguir viviendo en la casa y olvidarse del asunto?

—Sí. Fue tan rápido. A veces hasta pensaba que no había sucedido nada, que lo había leído en un libro o que... No pensaba en eso.

—Así como tampoco hubiera pensado en mí si Tam me ahogaba o la losa me aplastaba el cráneo.

—Exacto —replicó Milne con una honestidad desarmante—. Siempre he tenido dificultades para creer en la realidad ajena. Me interesa pero no soy capaz de verla, como si nunca hubiera existido. Salvo mi madre, ella sí era real.

Su mirada se nubló y Charles tuvo que hacerlo volver al tema.

—Bien. Así que ahora sabemos por qué tuvo que matar a Willy Mariello.

—Sí. En realidad lo del cuchillo no fue más que un ensayo. Nunca creí que funcionaría. Pero los vi abajo el martes a la hora del almuerzo y pensé que bastaría hasta que encontrara un método mejor. Siempre existía la posibilidad de que diera resultado —sus ojos se iluminaron de satisfacción intelectual—. Y así fue. El crimen perfecto.

Charles asintió torciendo la boca.

—Y entonces me puse en sus manos al nombrarlo mi doctor Watson.

—Así fue, pero por lo menos me dio la seguridad de que yo no estaba en su lista de sospechosos. Por lo menos hasta mediados de la semana pasada.

—¿Por qué? ¿Qué ocurrió?

—Comenzó a ser evasivo, lo que me pareció extraño. Me dio la impresión de que se guardaba algo. Pero lo que más me asustó fue cuando dijo que abandonaba el caso porque una persona que conocía bien estaba complicada en él. En ese momento pensé que se refería a mí.

—Por Dios. No quise decir nada de eso. Hablaba de Anna. Ya le dije que andaba con ella. En ese momento sospechaba de ella.

—Oh —el Lord parecía decepcionado—. Entonces fue inútil colocar la bomba.

—¡Fue usted! —Charles se enderezó en su sillón.

—Sí. Le sugerí de mil maneras la culpabilidad de Martin Warburton para mantener alejadas sus sospechas. Por mi parte lo seguí y logré entrar en el departamento de la calle Nicholson. Cuando vi todo el equipo para fabricar bombas pensé que me podía ser útil. Martin estaba en tal estado que no sería capaz de contar sus andanzas con coherencia. Así que cuando creí que estaba hablando de mí, busqué la bomba y se la puse en el bolso. Una vez colocada no tenía más que mantenerme cerca esperando que la descubriera; de ese modo usted no sospecharía más de mí. Y que pasara en Holyrood no hacía más que agregarle emoción al asunto.

—¿Así que rompió la conexión deliberadamente? ¿Sabía que no iba a explotar?

El Lord asintió con afectación, encantado con su astucia. Charles comprendió que el hombre tenía totalmente desconectados sus procesos intelectuales de sus reacciones emocionales. Para James Milne la vida era un elaborado juego mental en el que la pasión era un intruso. Continuó su relato.

—Y desde luego que Martin Warburton cayó por completo en mis manos. Sabía que estaba muy confuso, pero su suicidio fue más de lo que me permití esperar. Fue el broche final; un caso cerrado, con un problema y su incuestionable solución. Y desde mi punto de vista una perfecta secuencia de crímenes en la que nadie tendría necesidad de volver a pensar.

»Y si usted no hubiera descubierto todo en Clachenmore, o si Tam (que era el sirviente preferido de mi madre y haría cualquier cosa por mí) lo hubiera despachado al otro mundo, el asunto estaba terminado. —Charles volvió a maravillarse ante la indiferencia con que podía dirigirse a quien había tratado de asesinarlo dos veces. El Lord continuó hablando en el mismo tono parejo—. De paso, ¿qué lo hizo estar tan seguro de que había sido yo?

—Y bien... —Charles no tenía la menor intención de admitir que había necesitado recorrer una ruta tortuosa para llegar a una solución. Y de pronto su mente relacionó dos incidentes cuyo significado tendría que haber visto mucho antes—. *El Sueño de Eugene Aram* —replicó con seguridad.

—¿Qué?

—El poema de Hood. Cuando me devolvió el libro le pregunté si lo había leído y me respondió que no con mucha vehemencia. Pero más tarde citó parte del poema...

El Lord pronunció las palabras como si estuviera en trance.

—«El exceso de estudio lo ha vuelto muy delgado, pálido y con ojos encapotados».

Charles asintió, satisfecho con su pequeña mentira.

—Y eso me hizo preguntarme por qué quería desviar mi atención de *Eugene Aram*. Busqué el poema y allí estaba... la historia de un maestro que comete un asesinato y al que no descubren sino años después, cuando encuentran el cuerpo.

El Lord asintió en tono neutro.

—No creí que se hubiera dado cuenta.

—Oh —exclamó Charles con una entonación que esperaba fuera sutil, y procedió a citar unas estrofas de *El Sueño de Eugene Aram*.

«Y entonces me arrojé de cara al suelo,
y comencé a llorar,
Porque supe que mi único secreto
la tierra se negaba a guardar;
la tierra o el mar, aunque ya debía yacer
A diez mil brazas de profundidad.

Así lo quiere el terrible espíritu vengador,
¡hasta que la sangre con la sangre termine de pagar!
Ay, aunque está enterrado en una cueva,
y aplastado bajo las piedras,
y los años hayan corrompido su carne...
¡El mundo verá sus huesos!».

—Entiendo. ¿Eso es lo que lo hizo sospechar?

Charles no tuvo la hipocresía de asentir.

A James Milne no pareció importarle.

Hubo una larga pausa durante la cual Milne volvió a llenar los vasos.

—¿Y qué va a pasar ahora, Charles?

—¿Eh?

—Supongo que se siente obligado a ir a la policía —había algo de ruego en su voz, pero Charles lo ignoró.

—Sí, James, creo que sí. No porque lo odie ni nada de eso. Como ya le mencioné una vez, tengo una visión muy estereotipada de los criminales y siento que deben ser siempre personas malvadas que me repugnen. Usted no encaja en el cuadro. Le tengo aprecio y me apena tener que hacer esto. Ni siquiera estoy demasiado escandalizado por algunos de sus crímenes. Lo del chico no lo puedo juzgar; no sé cuál es la verdad de la historia. Pero me parece un acto de pasión, un súbito estallido de locura que podría pasarle a cualquiera al ser provocado. Ni tampoco me importa mucho lo de Willy Mariello. Y en cuanto a mí, sus ataques fueron la consecuencia lógica de su

posición y de mis investigaciones. Pero nunca podré perdonarle el crimen que no cometió, James... el suicidio de Martin Warburton. Ese muchacho estaba muy trastornado. Pero era valioso; estaba pasando por un momento difícil de su vida. Necesitaba ayuda. Al presionarlo de esa manera, usted hizo algo que muy pocas personas en su sano juicio podrían tolerar. Sé que no pensaba en él como en una persona. No era más que una pieza en su juego. Y es por eso que lo considero peligroso; usted debe estar entre rejas.

Se produjo otra pausa. James Milne no parecía derrumbado como debería estar un hombre cuya vida acababa de ser arruinada, sino ofendido como si acabara de ser derrotado en una discusión. Se levantó, suspirando.

—Entonces tal vez debiéramos ir a la policía.

—Creo que sí.

—Voy a llevar un libro —se volvió hacia los estantes y tomó un ejemplar encuadernado en cuero de *De Profundis* de Oscar Wilde—. Creo que tendremos que esperar bastante en el Departamento de Policía.

CAPÍTULO DIECISEIS

*Las sienes me laten, mi pulso hierve,
estoy cansado de la canción, la oda y la balada...
Toma el aceite de medianoche, Tirse
y échalo en la langosta de la ensalada.*

A Minerva... de los Griegos

DURANTE LOS DOS días siguientes Charles pasó mucho tiempo con la policía y no pudo volver a Clachenmore. Frances se reunió con él el domingo en Edimburgo. Se alojaron en la pensión Aberdour, donde la señora Butt dio claras muestras de no creer que estuvieran casados.

Frances quería volver a Londres para prepararse para el próximo período escolar, pero Charles la convenció para que se quedara hasta el martes a la mañana de modo de poder ir al estreno *de María, Reina de Beodia*. Sin ver el espectáculo, su estadía en el festival no iba a ser completa. También se las arregló para visitar a Lesley Petter, a la que encontró feliz ante la perspectiva de dejar el hospital en un par de días.

Cuando llegaron al auditorio el lunes a las 19:00 encontraron a Pam Northcliffe y otros apilando con energía las sillas de la parte trasera de la sala. Un grupo de hombres en equipo de gimnasia los contemplaban con aire solemne.

—¿Qué pasa, Pam?

—Dios, hola Charles. Hay un lío terrible. Esta gente dice que los lunes juega bádminton aquí. Parece que lo cancelaron nada más que por dos semanas y no piensan moverse.

—¿Quién tiene la culpa?

—Brian Cassells se encargó de todo.

—No digas más. ¿Adónde está? Debería estar aquí con su traje de etiqueta arreglándolo todo.

—Se fue.

—¿Se fue?

—Sí, consiguió el trabajo que quería, así que se fue a Italia para tomar unas vacaciones antes de empezar.

—¿En qué ministerio es ese trabajo?

—Servicios Sociales, creo. Se va a ocupar de las jubilaciones.

Parecía lógico. Después de todo había algo de justicia en el mundo. Charles podía vaticinar una brillante carrera para Brian a costa del dinero de los ancianos.

—¿Así que no habrá función?

—Oh, no. El espectáculo debe continuar, como dice Sam —anunció Pam con orgullo.

—¿Por qué? ¿Sam dirige?

—Sí y también hace el papel de Rizzio y de Bothwell y la música.

—¿Dónde está Michael Vanderzee?

—Le ofrecieron dirigir *Gangrena*, de Humpe en el teatro Almost Blue.

—¿Y se fue?

—Sí. Es la oportunidad de su vida.

—Entiendo.

En ese momento apareció Sam Wasserman detrás del telón, con jubón y calzas y aire desesperado.

—Pam, Pam querida, se me corrieron las medias.

—No te preocupes, tesoro, en el bolso tengo aguja e hilo. Perdona, señor París, tengo que irme.

—Está bien, buena suerte —Pam salió corriendo, ruborizada. Charles decidió que tenía tiempo de tomar una copa con Frances. Y que les vendría bien.

Así fue. La teoría de Brian Cassells sobre la publicidad morbosa era incorrecta y la mayoría de los habitantes de Edimburgo, ya ofendidos por el título de la obra, ni siquiera se dignaron ir a verla. La atmósfera en la sala

tampoco ayudaba mucho, por la iluminación necesaria para jugar al bádminton, los saltos de los jugadores y las ocasionales maldiciones.

Pero fue la obra la que convirtió la velada en un desastre. Las pesadas alegorías de Sam Wasserman eran tan aburridas en escena como fuera de ella. Eran presentadas en monótonos versos libres que solo podían ser producto de un curso de Literatura Creativa y estaban intercaladas de canciones tan variadas como un sándwich relleno de pan.

Cuando apareció Anna, quién lucía preciosa en su traje Tudor, Charles se puso tenso, pero al oírla hablar se relajó. No lograba transmitir emoción, sino que daba la impresión de ser muy teatral. Tenía talento, pero sobreactuaba. Dos años de teatro en una buena escuela le harían bien.

Durante el intervalo Charles y Frances se escaparon al bar, riendo como dos colegiales. Y no volvieron para el segundo acto.

El martes a la mañana tomaron el tren hacia Londres y Charles aprovechó para contarle a Frances su versión revisada del caso.

—Charles, no sé por qué te ha agarrado esa peligrosa manía. ¿Por qué no puedes dedicarte a los bolos o al golf como la mayoría de los hombres de tu edad?

—No sé. No lo hago porque sí. Cuando me veo mezclado en algo necesito saber lo que pasó, saber la verdad.

—Bueno, en este caso lo lograste.

—Sí, pero me tomó bastante tiempo. Tuve que ladrar a todos los árboles del parque antes de dar con el que tenía alguien adentro.

En la estación de KingCross se detuvieron un instante, un poco cohibidos. Charles besó a Frances y se despidió y luego ella se dirigió hacia Highgate y él a Bayswater.

FIN



SIMON ANTHONY LEE BRETT (Surrey, Inglaterra, 1945). Estudió inglés en la Universidad de Oxford.

Trabajó como productor de radio y televisión durante algunos años, y en 1979 se convirtió en escritor a tiempo completo.

Su primer trabajo publicado fue una obra de teatro, *Cast in Order of Disappearance* (1975), y le siguieron otros, entre ellos *Silhouette* (1998), que realizó una gira nacional protagonizada por Stephanie Beacham, *A Bad Dream* (2004) y dos pantomimas: *The Tale de Caperucita Roja* (1998) y *La Bella Durmiente* (1999). También ha escrito para la radio, incluidas las series *Sin compromisos*, *Querido diario*, *Olor a rosas* y *Después de Henry*.

Brett ha escrito cuatro series de novelas policiacas (Charles Paris, Mrs Pargeter, Fethering y Blotto & Twinks). La mayoría de estas novelas están en la tradición de la «Edad de Oro» de la ficción policiaca, entreteniendo al lector a través del humor, personajes excéntricos e intrincados giros en la trama. También ha escrito varias obras de misterio y algunas novelas que no

pertenecen a la serie, de las cuales *A Shock to the System* (1984) es probablemente más conocida porque la versión filmada la protagonizó Michael Caine como el ejecutivo de negocios que se venga después de haber sido pasado por alto para la promoción. En 2014, Brett fue elegido para recibir el Cartier Diamond Dagger de la Crime Writers' Association por «un trabajo sobresaliente en la ficción criminal».

Simon Brett es un orador talentoso e intérprete de dramas de «crimen en rima» de un solo hombre, y expresidente de la Asociación de Escritores de Crimen y la Sociedad de Autores. Vive en West Sussex.

OceanofPDF.com

Notas

[1] Juego de palabras intraducible con Head Gabbler, Charlatán, Cabezón
Charlatán y Hedda Gabler, título de una obra de teatro de Ibsen. <<

[2] Juego de palabras con *Specs*, anteojos y *Specks*, partículas. <<

[3] Juego de palabras con *Attention*, atención y *Tench on*, que se pronuncia prácticamente igual y significa «Una tenca en»... (Un tipo de pescado). <<

OceanofPDF.com